

SS
SERVICIO SECRETO

DONALD CURTIS

¡DIVORCIATE Y MUERE!

DIVORCIATE Y MUERE



DONALD CURTIS

¡Divórciate y muere!

1.ª EDICIÓN
AGOSTO - 1959



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES



CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

DEPOSITO LEGAL B 8726 - 1959

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcel

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
552. — El jinete del arco iris. 562. — Matar es mi destino. 579. — Hijo de la venganza.

En Colección SERVICIO SECRETO:
452. — Los tenebrosos. 459. — Horror en Broadway. 466. — Pasaje sin destino.

En Colección BUFALO:
264. — Cara de niño. 283. — Extraño en el infierno. 295. — Trampas.

En Colección PANTERA:
8. — La carga de Llano Rojo. 35. — Rancho "Perdición". 43. — Destino: Muerte.

En Colección TEXAS:
86. — Las manos de Nolan. 115. — Una cuerda para Logan. 138. — Los furiosos.

En Colección CALIFORNIA:
121. — Un alto forastero. 128. — La espía del sur 143. — El más rápido "Colt".

En Colección COLORADO:
22. — La herencia de Caín. 47. — La dama de Santa Fe.

En Colección KANSAS:
7. — Doctor "Colt".

En Colección ASES DEL OESTE:
11. — Violencia en el Cimarrón.



PRÓLOGO

La puerta vidriera del parador de carretera se abrió violentamente.

—¡Vaya nochecita! —gruñó el conductor del autobús, entrando en el local—. No sabes lo que es bueno, estando tras ese mostrador, Sammy. Sobre todo, en noches como esta...

El *barman* rio, agitando la coctelera niquelada y brillante. El conductor del autobús Los Ángeles-San Diego acercóse al mostrador frotándose las manos. Sobre su uniforme, el agua corría, abrillantándolo, para gotear copiosamente en el suelo.

—Cada oficio tiene su lado bueno y su lado malo, Lewis —comentó el *barman*—. Pero si de verdad tienes frío, pide una bebida como esta. Es un combinado explosivo.

—¿De veras? ¿Y para quién lo preparas? ¿Para ti?

—No seas tonto, Lewis. ¿Tan ciego estás que ya no ves angelitos de esta especie? —graznó el *barman*, guiñando un ojo y señalando hacia una mesa arrinconada, tras la cual el agua batía la vidriera asomada a la oscura carretera, corriendo luego por ella como un llanto inagotable. El cristal aparecía empañado por la temperatura del ambiente.

Pero el chófer del autobús no miraba al cristal precisamente, sino a lo que había ante él. Sentada a la mesa, una pelirroja con lentes se distraía al parecer en la lectura del suplemento cómico de un diario.

Para Lewis, era una pelirroja fuera de serie, Su cabello llameaba, sus gafas eran de montura ligera y estética, que en nada la afeaban, dándole, por el contrario, un aspecto enigmático. Debajo de su rostro encantador, tal vez excesivamente maquillado, un cuerpo sensacional se

recostaba en el asiento, con total descuido de sus extremidades, que el nylon satinaba deliciosamente. Por cierto que se veía bastante nylon. Y el resto de su anatomía, aunque esbelta, era una sinfonía de curvas capaz de marear a cualquiera. El ceñido suéter amarillo y la falda negra, no hacían nada por ocultarlo.

—¡Dios me asista, qué mujer! —balbució el chófer—. ¿De dónde ha salido?

—No me he parado a preguntárselo, por si me clavaba los ojos y me desvanecía —rio Sammy, escanciando el cóctel en un vaso—. Pero puedes hacerlo tú. Será tu compañera de viaje hasta San Diego.

—¿De veras? —el chófer dio un respingo—. Quiera el cielo que no se siente cerca de mí, o nos estrellaremos en cualquier árbol.

—Curvas peligrosas —Sammy le hizo un guiño y se alejó con el cóctel hacia la mesa, añadiendo—: Cuidado con la carretera, hijo...

Sammy depositó el cóctel ante la pelirroja, que le miró un momento, a través de los cristales de sus gafas. Rebuscó en su gran bolso marrón, con las iniciales F. R. en su parte delantera, y extrajo un billete de dos dólares que depositó sobre la mesa.

—Gracias —dijo la joven con voz pastosa—. ¿Falta mucho para que salga el autobús?

—Parará aquí diez minutos —declaró Sammy—. Pero tratándose de usted, señorita, el chófer esperará, si se demora algún minuto más...

—No hará falta —replicó ella secamente. Y miró con cierta impaciencia, el reloj del parador; eran las tres menos diez de la madrugada.

Sammy regresó al mostrador, donde Lewis elegía unas palomas de maíz, mordisqueándolas con fruición. El chófer le hizo una mueca, comentando:

—Hay tipos con suerte. ¿Por qué no me dejas tu uniforme para despachar a esa pelirroja?

—No adelantarías nada —comentó Sammy encogiéndose de hombros—. Es una de esas chicas que se cubren de hielo contra los tipos como tú...

—Gracias, eres todo amabilidad, Sammy —rezongó el conductor del autobús—. ¡Brrr! Hace más frío aquí que en la carretera.

En aquel momento se abrió la puerta del parador y apareció en ella un hombre. Era alto, recio y llevaba un sombrero impermeable chorreando agua. También su gabardina oscura aparecía empapada. Protegía sus ojos con unas gafas de cristales azules y, a través de estos, contempló el interior del parador con aire pensativo. Finalmente, se acercó a la cabina telefónica, y se encerró en ella, marcando un número. Mientras aguardaba, abrió la puerta de la cabina, pidiendo a Sammy:

—¡Prepáreme un hamburgués con pan tostado! Para beber, cerveza.

—Bien, señor —respondió el *barman.*

El hombre de la cabina telefónica parecía hablar muy animadamente. En una ocasión en que Lewis dirigió una mirada a la anatomía de la pelirroja, esta se hallaba con la mirada fija en el hombre del teléfono, a través de los cristales de la cabina. Pareció advertir que era a su vez observada, y tornó a clavar las inquietantes pupilas en su magazine infantil.

Nuevamente la puerta del parador se abrió. Un ramalazo de humedad y de aire frío penetraron en el local, estremeciendo a sus ocupantes. Lewis masculló algo feo, volviéndose hacia los que entraban, acompañados de ráfagas de lluvia, que encharcaron la entrada.

Pero enmudeció al descubrir sus uniformes bajo los impermeables brillantes por el agua. Las gorras de ambos también rezumaban lluvia.

—Hola, Sammy —saludó uno de ellos—. ¿Alguna novedad?

—No. ¿Por qué, Carl? —preguntó el *barman*, intrigado—. ¿Buscáis a alguien?

—Sí, una pareja se anda escurriendo de nuestras manos constantemente. Pensamos que andarían por este sector, que es donde se ha fijado su posición recientemente.

—¿Una pareja? —Sammy recorrió con la vista su desierto local—. Ya lo veis que no hay ninguna.

—Sí, ya veo —el policía que hablaba antes escrutó con atención a la pelirroja, luego a Lewis y por fin al hombre de la cabina telefónica. Con un suspiro, ocupó el asiento inmediato al conductor del autobús, en la barra. Su compañero siguió en pie—. No me gusta andar de servicio en noches como esta. Sobre todo, detrás de un asesino peligroso, capaz de cualquier cosa por salvar su pellejo. Tengo mujer e hijos, Sammy. Y no da sueños felices el pensar que en cualquier momento puede uno ser víctima...

—Te comprendo, Carl —farfulló Sammy—. Anda, tomad algo caliente para animaros. Os prepararé dos cafés de mi especialidad.

—Gracias, Sammy. Eres un buen chico...

—¿Decís que buscáis a un peligroso asesino? ¿Y va acompañado?

—Sí. Con una rubia estupenda. Pero no te encandiles, Sammy —rio el guardia—. Es tan peligrosa como él. Posiblemente quieran llegar a la frontera mejicana, pero les va a costar mucho burlar la vigilancia.

—Diablo, al menos dime cómo es él, si es que lo sabes. En cuanto vea a un tipo acompañado de una rubia de primera categoría, os avisaré.

—Eso si te dejan —el guardia rio, rebuscando bajo su capote impermeable. Extrajo un recorte de periódico, que mostró a Sammy—.

Este es nuestro hombre. Le habrás visto en el cine miles de veces.

—¡Cielos! —exclamó el *barman*, mirando al hombre de la fotografía —. ¿Este...?

—El mismo. No creo que tenga que decirte su nombre, ¿verdad?

—Claro que no. Aún recuerdo su última película: «El temible Horlock». Nunca me ha gustado su facha. Hacía papeles de pistolero y otras cosas por el estilo y uno pensaba que lo era de verdad.

—Pues ha resultado serlo —Carl guardó la fotografía—. Cuatro asesinatos en pocos días. Todo un récord, amigo.

La puerta de la cabina telefónica se abrió. El hombre de la gabardina y las gafas oscuras comenzó a cruzar el local sin prisas, camino del mostrador. Sammy había depositado ya ante una baqueta vacía el hamburgués y el pan tostado, con una botella de cerveza.

La pelirroja se puso en pie, terminando el cóctel y avanzó hacia la puerta de salida. Lewis apuró su consumición y avisó en voz alta:

—Los que vayan a coger el autobús de San Diego que se den prisa. Falta un minuto para salir. No me gusta demorarme en noches de lluvia y de asesinos sueltos.

Rio su chiste, sin que nadie le corease. Al advertir el escaso éxito de la broma, hizo una mueca y se encaminó hacia la salida. El hombre de las gafas oscuras consultó su reloj de pulsera, depositó dinero sobre el mostrador y comentó:

—Creí que saldría más tarde. Ahí tiene... —apuró un trago de cerveza y salió también en dirección a la puerta.

Entonces empezaron a ocurrir las cosas.

El compañero de Carl estaba mirando fijamente al hombre de las gafas azules con aire desconfiado. Le vio llegar a la puerta un momento después de haber franqueado la pelirroja. La muchacha se cruzó con un individuo grueso, de impermeable gris que silbó estridentemente al rozar a la joven y siguió con admiración su sinuosa figura, de ondulantes movimientos. Ello le distrajo de tal modo, que al entrar en el establecimiento, lo hizo torpemente, mirando aún atrás, a la femenina estampa que se encaminaba bajo la marquesina del parador hacia la mole gris del autobús parado enfrente.

Chocó aparatosamente con el hombre de las gafas azules y este, con una seca interjección entre dientes, tuvo que apoyarse en una mesa, para no ser lanzado atrás por la mole del recién llegado.

—Oh, perdone... —balbució torpemente el otro.

Las gafas oscuras se quebraron en tierra al caerle al hombre, de resultas del choque. Todos volvieron su vista hacia allí, curiosamente.

—Pudo haber mirado por dónde iba —masculló el perjudicado, disponiéndose a seguir adelante, pese a su pérdida.

El culpable se engalló entonces, como si realmente fuera responsable otro y no él.

¡Eh, amigo, alto! —graznó, estirando las manos para sujetar al que se iba—. ¡No me gusta que me digan cosas como esa, cuando pido disculpas por algo! J. T. Walsh nunca tolera impertinencias de los desconocidos. Usted tuvo tanta culpa como yo en que chocáramos, de modo que aguántese.

Al parecer, al otro le costó un gran esfuerzo dominar su rabia y, soltándose con aspereza del que a sí mismo se presentara como J. T. Walsh, se dispuso o salir sin pronunciar palabra.

Sammy hizo entonces públicas sus ideas, rascándose la rubia cabeza:

—¡Que me ahorquen si ese tipo no se parece a Frank Cummings, el artista de cine! —farfulló.

—Es justamente lo que yo estaba pensando —dijo el agente compañero de Carl, echando mano a su pistola enfundada—. ¡Alto, Cumming, o disparo!

El de las gafas azules silabeó algo entre dientes. El gordinflón, al oír el nombre del otro, se quedó desconcertado, cubriendo aún la puerta. Carl, saltando de la banqueta, aferró también su revólver de reglamento, empezando a extraerlo de la pistolera.

Sammy se quedó clavado, cayéndole un vaso de la mano.

Rápido, el llamado Cummings obró de forma eficaz. Disparó su puño derecho, hincándoselo al gordo recién llegado en el estómago. El tipo se dobló y un nuevo impacto, esta vez en la nuca, le derribó como un fardo por tierra.

El compañero de Carl había sacado ya su «Smith & Wesson» modelo *Magnum*, y lo apuntaba hacia el hombre de las gafas azules. Volvió a conminar virulento:

—¡Por última vez, Frank Cummings! ¡No se mueva...!

Pero Cummings no pensaba evidentemente igual. Cruzó de un salto la puerta abierta, al tiempo que el revólver policial detonaba estruendoso. Los vidrios de la puerta se destrozaron, al recibir un proyectil de calibre 38 y el maullido de la bala en el exterior se perdió bajo la lluvia. Unos pasos veloces se perdieron, corriendo por el macadam de la zona porcheada.

Carl se lanzó hacia la salida, seguido de su compañero, ambos con las armas por delante. Asustado, Lewis se había echado a un lado y en el autocar sonaron gritos destemplados al advertir sus viajeros la naturaleza de la seca detonación.

El hombre de las gafas azules corría desesperadamente camino de la oscura carretera batida por la lluvia. Una figura femenina, de roja

cabellera, se había detenido a la entrada del autocar, sin llegar a subir en él. Unos ojos asustados, brillantes, se clavaron en el llamado Cummings, a través de los cristales de los lentes.

—¡Pronto, sube en ese coche! —rugió Cummings—. ¡Estoy perdido! ¡Sálvate tú!

Pero la pelirroja hizo algo muy diferente. Giró sobre sí misma, desechando el autobús y su confortante interior, suavemente iluminado, para lanzarse en diagonal por la carretera charolada de lluvia, hacia donde se hallaba el hombre.

Los policías aparecieron en la puerta del parador, revólver en mano. Carl disparó esta vez, al tiempo que Cummings daba un brinco inverosímil de costado. El proyectil silbó muy cerca de él y el fogonazo centelleó, siniestro, en la oscuridad.

Cummings no vaciló. Hundió su mano en un bolsillo de la gabardina y aferró la fría y metálica culata de una automática. Disparó a través de la tela, apuntando alto. El luminoso situado encima de los policías llameó, al ser alcanzado, y se apagó con un chisporroteo. Rápidamente, los policías se lanzaron a parapetarse tras el surtidor de gasolina y la columna del porche respectivamente.

—¡No, tú no! —rugió, dirigiéndose a la pelirroja, que llegaba ya cerca de él, con el vestido adherido a su carne por efecto de la copiosa lluvia que caía—. ¡Vete de aquí!

—No, Frank —respondió ella serenamente—. Si hemos de caer, caeremos los dos...

Frank, agazapado ahora tras el cuerpo del autobús, que se interponía entre él y el porche del parador, clavó sus ojos de mirada centelleante en un pequeño coche azul, aparcado en la zona de estacionamiento del centro de la carretera.

—Debe ser el del gordinflón presuntuoso que entró ahora en el parador —dijo con voz sorda—. Si hubiera dejado las llaves en el coche...

—¿Por qué no probar, Frank? —le acució la pelirroja—. De todos modos, estamos perdidos...

—Tienes razón —la aferró con la mano izquierda por un brazo, mientras en la derecha sostenía la automática, sin quitar los ojos del parador—. ¡Vamos!

Cruzaron a toda carrera la cinta de asfalto, negra y brillante a los reflejos de las luces del parador y del autobús. Carl y su compañero, evidentemente dificultados por la presencia del autobús, no se atrevían a hacer fuego otra vez.

Alcanzaron el coche. Frank probó la puerta, que estaba cerrada. Achicó los ojos, escrutando el interior. El corazón le dio un vuelco al

descubrir la llave del encendido colgando en el cuadro de instrumentos.

Rápido, soltó la pistola contra el cristal del coche, destrozándolo. Metió la mano, accionando la portezuela y esta se abrió. Detrás del autobús apareció una figura uniformada de azul. Cummings volvió a disparar, ligeramente alto. La bala se perdió en la oscuridad y el policía desapareció prudentemente, tras hacer fuego sobre el fugitivo. El proyectil silbó lejos de Cummings.

—¡Adentro! —advirtió a su compañera—. ¡Pon en marcha el motor!

Ella obedeció prestamente. El motor roncó, con Cummings todavía en la portezuela. A su ruido, de nuevo asomaron los policías tras la mole del autobús. Pero el fugitivo lanzó tres disparos seguidos que tuvieron la virtud de alejar rápidamente a los contrarios, aunque ninguna de las balas parecía ir destinada a los agentes, por el amplio desvío que sufrían.

—¡Ya, Frank! —susurró ella, apartándose del volante con viveza.

Cummings brincó al interior, cerrando la portezuela y apretando el acelerador, a la vez que tomaba el volante con manos firmes, resueltas.

El coche azul se lanzó, patinando sobre sus gomas, carretera adelante. Los policías salieron esta vez a descubierto, haciendo fuego con viveza. Pero Frank, haciendo describir al coche rápidos y peligrosísimos virajes en el asfalto mojado, eludió los impactos dirigidos a las llantas.

Después descubrió ante él, parado en la esquina del establecimiento de carretera, un negro coche-patrulla con la larga antena vibrando en su parte delantera. Era sin duda el de Carl y su compañero. Sin vacilar, Cummings asomó el brazo por la rota portezuela, al pasar ante el automóvil policial, y apretó dos veces el gatillo. Tras las detonaciones, se oyó silbar el aire que huía de las dos cámaras agujereadas.

—Nos matarán por todo lo que estamos haciendo, Frank —susurró la pelirroja, alisándose los cabellos empapados de agua.

—¿Qué importa? —replicó su compañero, encogiéndose de hombros, mientras pisaba más y más el acelerador y la velocidad crecía hasta rebasar las cien millas—. Igual lo harían por lo que no hemos hecho...

—Frank, ¿tú crees que no hay todavía una solución menos desesperada que esta?

—No la hay. Es cuestión de elegir entre esto o la cámara de gas.

—Dios mío, parece una pesadilla... —gimió ella, cubriéndose el rostro con las manos. Encogía sus bellas piernas sobre el asiento, y la humedad de su vestido las silueteaba perfectamente—. Dios mío,

Frank.

Una pesadilla... Sí. También para Frank lo era.

Una pesadilla atroz, iniciada del modo más increíble ya absurdo que pudiera imaginarse.

Ahora, mientras el coche robado devoraba millas y millas por la carretera de San Diego, en una fuga que el propio Frank Cummings sabía imposible, en su mente se iban formando imágenes pasadas. Como en una película de las que rodaban en aquella maldita ciudad de la que ahora pretendía alejarse desesperadamente, las escenas que siguieron a su divorcio. Y a todo lo demás.

Encajaba los labios fieramente, inclinado sobre el volante del coche, mirando obsesivo hacia la ancha cinta de asfalto negro, bruñido, como charol resbaladizo, que se hundía en la oscuridad situada tras el haz de los faros, en una noche de lluvia ininterrumpida.

Y mientras conducía hacia su perdición, recordaba... Recordaba el pasado... Todo empezó para él una noche en que, como ahora, empuñaba un volante. Era también de noche...

Capítulo Primero
DIVORCIO

La enorme fotografía de Dolly Dawns, desde las pancartas iluminadas de Sunset Boulevard, le estaba haciendo guiños al parecer. Pero Frank Cummings sabía que era un simple efecto visual de los focos de su automóvil... proyectados sobre la carita rubia, adorada por millones de americanos.

De cualquier modo, pensó mientras hacía describir un brusco viraje a su «De Soto» naranja, introduciéndolo por Alameda Avenue, entre hileras de árboles y chalets residenciales, de los más famosos artistas de la pantalla, él era la última persona del mundo a quién Dolly Dawns hubiera hecho guiños, ni siquiera desde un «afiche» de veinte metros de altura como aquel, anunciando un producto dentífrico de gran fama.

Tampoco a él le preocupaba demasiado lo que Dolly pudiera hacer o dejar de hacer. Ya no significaba nada en su vida. Eso, si alguna vez había llegado a significar algo en realidad. Ahora, pensándolo bien, lo dudaba muy sinceramente.

Aún recordaba sus declaraciones ante el juez Markham, severo y resignado, como todos los magistrados de Hollywood, cuando una pareja se presentaba ante él para dirimir sus conflictos conyugales:

—Mi marido es un fracasado, un hombre que se ha hundido a sí mismo por su propio carácter. No se puede ser díscolo, indisciplinado y rebelde a toda norma, dentro de una industria como el cine. Le han arrojado violentamente de la productora donde trabajaba, no le quieren ya como actor en ninguna otra, es una auténtica ruina profesional. Y lo peor es que no solo pretende arrastrarme a mí, sino que lo está consiguiendo en los dos terrenos: como actriz y como esposa. Mi vida a su lado es insufrible. Frank es un hombre amargado, duro y áspero. Sus fracasos los paga conmigo y me hace la vida imposible. Busca pendencia con mis amigos, me pone constantemente en ridículo, vivimos distanciados y en el fondo no solo nos odiamos, sino que nos despreciamos mutuamente. Señor juez, ¿es posible una vida en tales condiciones, para una mujer joven y no demasiado fea?

Frank Cummings, al recordarlo, sintió ganas de reír. Pero el sonido sibilante que escapó de entre sus labios contraídos no era precisamente una alegre risa. Dolly había sido siempre una desgracia como actriz. Pero tenía unas pestañas largas, que movía deliciosamente, amén de otras peculiaridades anatómicas muy destacadas, que ella procuraba

destacar aún más, y unas bellísimas piernas que, de modo inevitable, cruzaba «descuidadamente» ante cualquiera. El «cualquiera», en esta ocasión, era el juez Markham. Y Frank no supo nunca a ciencia cierta, si el juez fue justo en su fallo o resolvió según su ángulo visual. Pero falló el caso rotundamente: divorcio, basado en manifiesta «crueldad mental» del esposo. Divorcio, con la obligación de pasarle a Dolly una pensión de acuerdo con las posibilidades económicas de él. La pensión no era mucho, pero es que tampoco su posición financiera era como para dar saltos de alegría.

Ahora, Frank Cummings era no solo un famoso galán, un galán de aquellos «duros» que Hollywood hacía famosos en películas incoherentes y comerciales, en franco declive artístico, sino que también era un hombre solitario.

Alameda Avenue le depositó en Santa Mónica, y Frank redujo la marcha por entre el abigarrado tránsito que se dirigía a Culver City.

Desde un cine, los hermosos ojos ambarinos de Dolly Dawns le miraron, sensuales y provocativos, por encima de un *deshabillé* que era el mayor éxito de la película. «La hermosa pescadora» había dado mucho dinero a la «Continental Pictures», a pesar de ser un engendro fílmico insoportable.

Frank dejó atrás aquel cine, un bloque de residencias rodeadas de altas verjas, y por último detuvo el «De Soto» frente a un edificio de varios pisos y aire modernísimo. Aparcó ante un establecimiento de radios, saltó a tierra y se encaminó con largo paso hacia la entrada del edificio, situada un poco más atrás.

Pulsó el llamador del piso doce, apartamento 125, y poco después zumbaba el mecanismo automático de entrada, accionado desde arriba. Un ascensor rápido y silencioso le condujo al piso duodécimo.

—Hola, Frank —le saludó el hombre que aguardaba en pie, junto a la puerta abierta del 125. Era alto, de cabello rojizo y facciones fuertes, e iba en mangas de camisa, con los brazos remangados hasta el codo, mostrando su abundante e hirsuto vello rojo—. Creí que ya no vendrías.

—Me he entretenido un poco en casa, recogiendo las cosas —manifestó Cummings, estrechando la mano del otro—. Aún quedan algunas, pero pocas.

—Ya —las rudas facciones del pelirrojo se ensombrecieron ligeramente. Le hizo una seña, invitándole a entrar en el apartamento. Cuando Frank lo hizo, le siguió, cerrando tras de sí—. ¿Dónde te alojas ahora?

—En una pensión de Hollywood. Vive allí gente de la que viene a esta ciudad a luchar por el éxito. Es confortable y no demasiado cara.

—¿Así estamos, Frank? —preguntó amargamente el pelirrojo.

—Sí, Billy —el actor suspiró, sentándose en un mullido canapé—. No tengo dinero. Ni la octava parte de lo que la gente cree. Y nadie cree que tenga demasiado...

—Mi pobre amigo... No soy precisamente un potentado, pero puedo prestarte cuanto te sea necesario mientras...

—No, gracias. ¿Mientras encuentro trabajo, ibas a decir? —Cummings hizo una mueca—. Nadie me dará trabajo, en tanto que Howards Hobbs me tenga declarada la guerra, Billy. Es la persona más influyente de Hollywood. También la más despiadada. Se dice de él que no tiene enemigos, por la sencilla razón de que cuantos lo fueron de él, han muerto o han desaparecido, totalmente hundidos. En el fondo, todo el mundo le odia. Pero también le temen, y el temor pesa más que el odio. Desengáñate, Billy. Estoy perdido, y lo sé.

—Podrías ver a Hobbs, tratar de arreglarlo...

—¿A esa rata nauseabunda? No, Billy. Sabes que no lo haré.

—Creo que tu carrera deberías anteponerla a tu propio orgullo. Eres aún famoso, tus películas se explotan en casi todo el país. Antes de que sea demasiado grande y te arruines, debes ceder un poco.

—Con Hobbs no cedería jamás. Ni tampoco con Cranston.

—Cranston y Hobbs son uña y carne —Billy, despectivo, hizo un chasquido con la lengua—. El director más tiránico de Hollywood, y el productor más corrompido. Pero entre ambos reúnen una buena cifra en millones de dólares. Y eso pesa a la hora de enfrentarse con ellos, Frank.

—Ya lo estoy viendo por propia experiencia —comentó con ironía el actor.

—Mira, Frank —el pelirrojo se sentó en el brazo de la butaca, junto a él, y habló persuasivamente—. No todos estamos conformes con las cosas que nos rodean, pero, si queremos seguir viviendo, hemos de transigir con muchas cosas que nos repugnan. Cuando uno se mete a vivir en un sitio como Hollywood, debe dejar de ser fiel a sí mismo y a los demás, o termina siendo aplastado. En cierta ocasión, yo quise vender mis guiones a la «Independent Corporation», y mandar al diablo a Hobbs. Los de la «Independent» me habían hecho importantes ofertas y creí que podría mejorar con ellos. Sufrí una tremenda decepción cuando supe que, si dejaba a Hobbs, ni la «Independent» ni ninguna otra me aceptarían una sola letra. Es un dictador a su modo. Y sabe imponer condiciones a los demás, porque todos le deben algo.

Frank Cummings rio entre dientes.

—¿Me cuentas eso a mí? —masculló—. He vivido esa misma circunstancia en cien productoras. Sé que a algunos les interesaba aún

mi nombre. Pero, en cambio, no tenían el menor interés en indisponerse con Hobbs y rechazar su veto.

Billy Graham asintió. El conocía bien el calvario que estaba pasando Frank, por mantenerse rebelde a la tiranía de los grandes magnates del cine. Y también sabía algo del «otro calvario», quizá el más amargo para Frank...

Aludiendo a él, cambió el tema tras unos momentos de silencio:

—¿Y tus cosas, Frank? ¿Cómo han quedado, después de... del fallo judicial?

—¿Hay algo que pueda quedarle bien a Frank Cummings? —masculló el joven actor. Su rostro firme, enérgico, cuya atractiva dureza habían reproducido las cámaras durante casi seis años de triunfo, se ensombreció. Los ojos oscuros y graves se achicaron. Pasóse los dedos sin nerviosismo por los revueltos cabellos lisos y castaños—. Ya te he dicho que recogí mis bártulos para llevarlos a mí nueva vivienda. No es el confortable *bungalow* de los Cummings, sino una residencia barata, para aspirantes a «estrellas». Y para fracasados también.

—Frank, me duele que hables así.

—Es la verdad. La hermosa, la deseada, la adorable «reina del glamour», Dolly Dawns, que debe toda su fama a su esposo que la lanzó como figura, advierte ahora que el hombre que hizo que fuera lo que hoy es le estorba porque nadie le quiere como actor. Y que le perjudica en su carrera. Pide el divorcio, y lo obtiene. Dolly obtiene siempre todo lo que quiere de los hombres. Es para lo único que sirve, porque como actriz es un desastre. Pero, ¡cómo mueve los bellos ojos al hablar! No tiene ni idea de la danza, pero, ¡qué bien sabe exhibir sus pantorrillas! Y así todo...

—Pero tú la querías, Frank. La querías cuando te casaste con ella...

—No lo sé. Supongo que sí. Ya sabes lo que nos ocurre cuando estamos en alto y vemos a una chica atractiva. No nos fijamos en más. Eso lo trae Hollywood. No todos tenemos la suerte de un tal Billy Graham, que encontró a una linda y delicada criatura llamada Mónica, de la que jamás se divorciaría por todo el oro del mundo.

—Eres muy amable, Frank —rio una voz juvenil desde la puerta del fondo.

Ambos volvieron la vista atrás. Mónica estaba allí, menuda, morenita y prieta de carnes, con un delicioso aire provinciano y modesto que parecía cosa de magia en aquella ciudad.

—No es amabilidad, Mónica —protestó Cummings—. Sabes que os aprecio a ambos, y soy feliz con vuestra felicidad. Solo lamento no haber sabido encontrar a una chica de tu especie, antes de tropezar con Dolly Dawns.

—El mundo está lleno de ellas, Frank.

—El mundo está muy lejos de Hollywood —gruñó el actor.

—Siempre tan cáustico. ¿Cómo quieres que te ayuden, si les hieres en cuanto puedes?

—Aquí nadie ayuda a nadie. Si te aferras a un arbusto para no caer al precipicio, encontrarás cien pies que te pisen la mano para hacer que te sueltes.

—Eres terrible, Frank. ¿Por qué no te olvidas de todo esto y te quedas a cenar con nosotros?

—Claro que se quedará —rio Billy, pasando una mano por sus hombros—. Después, jugaremos una partida de pinacle los tres, como en los buenos tiempos.

—Los buenos tiempos... —Frank respiró hondo, apretando los labios—. Sí, Billy. Me gustará recordarlos. Entonces, ni tú ni yo habíamos llegado aún. Sonábamos con ser algo.

—Sí. Soñábamos con ser lo que somos hoy —hizo un gesto sarcástico—. Absurdo, ¿no?

Mónica y Billy se miraron, mientras los tres pasaban al comedor reducido y acogedor de los Graham. Ellos se daban perfecta cuenta de la amargura que rebosaba Frank. Tenía motivos para ello. Había querido ser sincero y rebelde, frente a todo Hollywood.

Eso, la ciudad no se lo perdonaba ni a la más encumbrada de sus criaturas. El terrible, despiadado monstruo de celuloide, devoraba a todo el que pretendía rebelarse.

Frank Cummings, un actor que había seguido la línea dura y violenta que dejara Humphrey Bogart, cometió ese error. Y, ahora, las puertas de los grandes Estudios se cerraban ante él. Su esposa le abandonaba, todos se ponían en contra suya. Todos, excepto Billy y Mónica Graham. Pero de ellos había tan pocos en Hollywood...

* * *

—Lo siento, señorita Moore. No hay nada, de momento. Pero tenemos su fotografía, su ficha y su dirección. En cuanto surja algo, la avisaremos.

Era lo de siempre. Jane Moore respiró profundamente, moviendo la cabeza con resignación, y abandonó la oficina. Amplios y lujosos pasillos la condujeron de nuevo al exterior. Las monumentales letras y el emblema de la importante firma cinematográfica, quedaron atrás, sobre la fachada de cemento y cristal.

¿Cuántas productoras había recorrido así? Ya tenía olvidado el número. Todos tenían su fotografía, todos su ficha personal, completa y

detallada. Pero nadie parecía acordarse de ello. Nadie se sentía impresionado por su bello físico ni por su juventud, plena de encantos. Sin duda, no existía persona en Hollywood capaz de impresionarse por nada, especialmente por alguna mujer.

Jane. Moore se sentía fatigada. Al principio, había sido productivo posar como modelo de fotógrafos de mediana clase o para portadas de revistas no demasiado puritanas. Pero Jane aspiraba a algo más que a vivir de la exhibición de sus curvas en la cubierta de una publicación «especial para hombres». Ni le gustaba el oficio, ni mucho menos los ingresos. A pesar de ser provinciana, como la llamaban allí, consideraba que la moral de una chica no sería mucho peor porque tuviera que ganarse la vida posando para un fotógrafo o un pintor, pero era un trabajo fatigoso y de dudosa categoría, que, al menos, merecía ser remunerado dignamente.

Por eso lo dejó, pensando que ser «starlett» de cualquier productora era cosa fácil para una chica bonita, joven y graciosa. La realidad le demostró que eso distaba mucho de ser cierto. Hollywood estaba lleno de chicas bonitas, jóvenes y graciosas... empleadas en perfumerías, restaurantes y comercios, pero no haciendo cine. Viendo las películas que salían de allí, Jane se preguntaba dónde metían a las chicas realmente atractivas. Desde luego, no ante las cámaras.

Aquella mañana regresó particularmente irritada a su alojamiento. Las grandes esperanzas con que saliera de la pensión en busca de posible trabajo se habían ido volatilizando, a medida que recorría los diversos Estudios, en busca de un papel, de una oportunidad, por escasa que fuera, de demostrar que, además de belleza, poseía talento.

No le habían concedido oportunidad alguna. Apenas la habían escuchado. Únicamente en una de las productoras, un caballero inquisitivo y severo, a quién todos parecían respetar e incluso temer, se había dignado dirigirle una mirada larga y calculadora, había preguntado su nombre, y tras una anhelante y esperanzada pausa, había movido negativamente la cabeza, arrojándole la ducha de agua helada encima:

—Lo siento, señorita Moore. No es que haya nada por ahora. Pero trataré de recordarla en la primera ocasión...

Y esa ocasión nunca llegaba...

Jane regresó en el autobús de la Grey Line hasta North Gate, y allí descendió, cruzando la calle hacia el edificio modesto donde se alojaba. Atravesó el vestíbulo, dirigiendo un cansado saludo al conserje y telefonista. Este le sonrió, comprensivo.

—¿Nada aún, señorita Moore? —preguntó, a pesar de que ella solo llevaba allí una semana, con acento familiar.

—No, nada —suspiró ella, imaginando la cantidad de huéspedes que habrían desfilado por allí con igual afán e idéntica suerte—. ¿He tenido correo?

—Hum... Espere un momento. Tal vez haya algo. Se llama Moore, ¿verdad?

—Sí. Jane Moore. Espero carta de Garden City.

—¿Garden City? Ajá... Eso está lejos de California, ¿no?

—Algo —sonrió ella—. En Kansas.

—Kansas... Hija mía, a esta ciudad viene gente de todo el país. No sé qué pueden verle de bueno.

—El cine, ¿ya lo ha olvidado? —rio ella.

—¡Cine! ¡Puah! —y escupió a tierra con asco, repitiendo, mientras pasaba cartas ante sí—: Cine... ¡Eh, mire! Aquí está su carta. De Garden City, Kansas.

—Gracias —ella la tomó, invadida por la emoción. Se dirigió al ascensor. La carta, escrita a mano, con rasgos regulares y menudos, iba apretada contra su pecho. Para Jane, era el único consuelo en medio de tantas decepciones. Su madre nunca la olvidaba, ni siquiera ahora, en que estaban tan distantes por culpa de la propia Jane.

Iba a cerrar la puerta del ascensor, cuando un hombre cruzó apresuradamente el vestíbulo, llegando a tiempo de subir en él.

—Gracias, señorita —dijo sencillamente, asegurando la puerta—. ¿A qué piso va?

—Séptimo.

—Hum. Yo también —y apretó el botón correspondiente.

Jane frunció el ceño, mirando el perfil de aquel hombre. Le recordaba algo, sin saber concretamente qué. El advirtió la observación de que era objeto y giró el rostro, enarcando sus cejas con interés. Sonrió a la joven mecánicamente, y ella le identificó entonces, con cierta excitación.

—¡Cielos! ¿No es usted Frank Cummings, el famoso actor? —preguntó, incrédula.

—Podría decirle que soy su «doble», para salvar mi dignidad, señorita, pero la engañaría. En efecto, soy Frank Cummings en persona. ¿Ha visto alguna de mis películas?

—Todas —sonrió ella, entusiasmada—. La última fue «Cita en la frontera», y...

—Era una película nauseabunda. Como todas las que he interpretado.

—Oh, no diga eso. A mí me entusiasmaron. Y su labor sobre todo, señor Cummings.

—Gracias. ¿Quiere que le firme un autógrafo? —ironizó él

afablemente.

—Se burla de mí...

—No lo crea, señorita. Me burlo de mí mismo. Jamás podría hacerlo de usted, créame. Bien, hemos llegado. «Residencia Culver». Especial para «starletts» que prometen y «astros» en declive. Sospecho que somos vecinos de alojamiento usted y yo.

Jane se detuvo con sorpresa, ya en el corredor. Frank cerró la puerta del ascensor.

—¿Eso es verdad? La «Residencia Culver» es una pensión muy modesta para usted, señor Cummings. Voy a tener que acabar creyendo que usted es realmente un «doble suyo», no el auténtico actor.

—Pues no lo soy, señorita. Lamento defraudarla —empujó la puerta de la residencia, al final del ángulo formado por el pasillo, y la dejó paso—. ¿Entra usted?

Jane lo hizo, seguida por él. Frank preguntó a un empleado de la pensión:

—¿Algo para mí, Burns?

—No, nada nuevo, señor Cummings.

—¿Lo ve? —sonrió él, volviéndose a la joven—. ¿Se ha convencido ya?

—Sí. Y no puedo creerlo. Usted... ¡usted es el marido de Dolly Dawns! —estalló ella de repente, como recordando algo muy importante.

—Lo era. Se ve que no está al corriente del chismorreo cinematográfico, lo cual denota un indudable buen gusto por su parte. Nos hemos divorciado.

—¡Oh! —y no atinó a decir más.

—Era poco para una «estrella» de tal magnitud —se mofó él—. ¿Empieza a comprender ahora cuál es mi situación, y por qué estoy aquí?

—No, no lo comprendo —declaró ella con igual cruda franqueza—. Usted es famoso, ha sido un galán célebre en el país, ha hecho muchas películas. Tuvo que ganar dinero forzosamente, más del que pudo gastar en estos años.

—Si dice eso es que no sabe lo que significa estar casado con una muñeca frívola y caprichosa como Dolly Dawns. Hubiera precisado ganar tres veces más para cubrir solamente sus gastos.

Jane le miraba fijamente, con desusado interés. Habló de pronto gravemente:

—Una pregunta, señor Cummings. ¿Por qué me está costando usted todo eso? Soy una desconocida, ni siquiera sabe quién puedo ser.

—Claro que lo sé —rio ácidamente Frank—. No conoceré su

nombre o su lugar de origen, pero eso no altera las circunstancias. Usted es una más de las jovencitas soñadoras y locas que vienen a este lugar en busca de fama, fortuna y gloria artística. Otra aspirante a formar en la gran mentira del cine. Hágame caso, criatura. Váyase, si aún está a tiempo. Abandone este cubo de basura y lárguese lo más lejos posible de todo lo que huela a celuloide. Si sabe hacerlo, tome ejemplo de mí y busque en otro lugar su oportunidad dorada. Y si no le basta con mí caso, pregúnteme nombres. Le daré una lista completa que haría rugir de entusiasmo a los públicos del mundo, si la vieran al frente de un reparto. Solo que esa lista sería un completo catálogo de desdichas y de ruinas, y no el elenco de una gran producción cinematográfica.

Frank no esperó su respuesta, aunque difícilmente hubiera podido salir Jane Moore de su asombro. El actor giró sobre sus talones y se alejó presuroso de ella, sin añadir nada más.

Una vez sola, Jane se sintió más pequeña y hundida que nunca. Si aquellos eran los dioses de la pantalla, ¿qué sería de ella, insignificante soñadora, perdida en la ciudad sin misericordia?

Capítulo II
PASIONES

Era la última visita que hacía al *bungalow* de Beverly Hills, el bello edificio de rojos ladrillos y tejado de pizarra gris, rodeado por jardines, arriates y sendas enarenadas que terminaban en la amplia puerta de la cerca encalada. El *bungalow* del feliz matrimonio Cummings, reproducido mil y una veces en las cursilonas páginas en color de «Modern Screen» o de «This is Hollywood». La piscina en forma de corazón, con las aguas inefablemente coloreadas de un azul tan falso como la cacareada dicha de sus propietarios; las estancias decoradas al gusto indescriptible y sin armonía de las «estrellas» de cine. Todo lo que significara su hogar, un hogar de mentiras, de infortunio y de incomprensión, estaba allí de nuevo, ante sus ojos. Acaso por última vez. Pero no le emocionaba en absoluto. Estaba deseando en realidad perderlo de vista para siempre.

La puerta estaba siempre entornada. Bastaba empujarla, y ya estaba uno dentro del *bungalow.* Dolly era confiada en esas cosas, y jamás se había arrepentido de ello. Los ladrones respetaron en todo momento la casa, pese a tantas facilidades.

Bajo los zapatos claros de Frank Cummings, crujió la grava suave, familiarmente. Ascendió una leve rampa formada por el terreno desigual, y se encontró ante la fachada de la residencia. Magnolia, una negra afable y opulenta, limpiaba el porche. Le sonrió, con su ancha boca de blanca dentadura, y Frank correspondió con un ademán, sin detenerse. Rodeó la casa, mientras en el rostro de ébano se pintaba una sombra de preocupación.

En la parte de atrás estaban los entoldados de alegres colores, los asientos y mesitas para tomar el refresco, y los fulgores azul y oro de las aguas de la piscina, heridas por un tibio sol californiano de aquel apacible otoño.

Una mujer reía. Reía en forma tan insultante como histérica. Insultante era también su *bikini* de dos piezas. Frank recordaba haber visto bañadores así, pero jamás tan pequeños. Las dos piezas eran irrisorias y apenas cubrían nada de la morena piel, brillante de agua ahora, junto a la pileta en forma de corazón. Una cascada de pelo rubio, intensa y exageradamente rubio, como buen producto oxigenado, caía a sus espaldas. Erguía su soberbio torso al sol, y un hombre alto, enjuto y moreno, de velludo cuerpo cobrizo y cabellos de un gris casi blanco, se

inclinaba sobre ella, rozando con sus labios la mejilla de la hermosa.

A Frank le dejó indiferente la escena. Dolly Dawns no era ya su esposa. Aun antes del divorcio, ya no significaban nada el uno para el otro. Pero la presencia de Howard Hobbs le irritó. Odiaba a aquel hombre con toda la fuerza de su ser. Con Dolly o sin ella.

—Aún pueden esperar un poco para escenitas acarameladas, ¿no creen? —dijo duramente plantándose ante ellos con las piernas ligeramente abiertas.

Dolly se echó atrás, hinchando su busto, sin inmutarse. Reía descarada, jovial. Pero el magnate de la cinematografía, el hombre superpoderoso de Hollywood, dio un respingo y se quedó mirando con ojos coléricos al intruso.

—Ella ya no es nada suyo, Cummings —dijo con aspereza—. ¿Va a hacerse el ofendido?

—No me haga reír —se mofó Frank—. ¿Quién se ha ofendido?

—Entonces, ¿a qué viene eso? Hacemos lo que nos viene en gana. Ella es libre; se ha divorciado ya.

—Pero usted no —fue la cortante respuesta de Frank.

Hobbs se mordió los labios, irritado. Conteniendo sus nervios, repuso fríamente:

—Eso no le importa a usted. Además, entre Gertie y yo no hay ya cosa alguna. El juez fallará esta misma semana o la próxima.

—La encantadora dicha conyugal de Hollywood —rio Cummings, avanzando unos pasos—. Todos se divorcian. Unos se casan con otros y los otros con los de más allá... Da náuseas.

—No se sienta moralista, Cummings, y guarde su veneno —le espetó Hobbs—. A mí no puede dañarme.

—No esté nunca demasiado seguro de eso...

—¿Qué quiere decir? —se enfureció el productor, dando un salto.

—Nada. Y por favor, si quiere pelearse, vístase un poco. Así está muy ridículo. Pero, claro está, Howard Hobbs, el Rey Hobbs, nunca pelea con nadie sin su guardaespaldas al lado. ¿Dónde dejó hoy al guapo Butch? ¿En la guardería infantil?

—Cummings, es usted un ser odioso —silabeó Hobbs—. Algún día le podré dañar mucho más de lo que ya lo he hecho. He hundido al actor, pero falta hundir también al hombre.

—Me gustaría que lo intentara. Pero déjeme en paz, hermano. No he venido a ver su velludo y esquelético cuerpo, sino a recoger mis pertenencias. Las últimas que quedan en este «hogar, dulce hogar». Adorada Dolly, ¿dónde están mis cosas?

—Las tienes todas en el *living,* «dulzura» —ironizó ella, con su voz pastosa, que tanto emocionaba a los adolescentes de todo el mundo a

través de los altavoces de los cines—. Verás un maletín azul, cerrado. Llévatelo con todo lo que contiene. En realidad, no necesito ese maletín para nada.

—Muy amable. Te lo devolveré con un chico, después de desinfectar bien mi nuevo alojamiento. Creo que cualquier cosa tuya me apestaría al poco tiempo, cariño.

Ella encogió sus magníficos hombros. Estiró perezosamente las torneadas piernas color de yodo, y al adelantar el cuerpo, la pieza superior del *bikini* corrió serio peligro; no se puede contener un océano con una brizna de pata.

—Haz lo que quieras, cielo —murmuró con indiferencia—. Pero no me molestes mucho.

—Descuida... —se dirigió a la cristalera corrediza de la galería—. Saldré por delante, para no volver a importunar a los enamorados. Adiós, querida.

—Adiós, corazón —le lanzó con la punta de los dedos un beso burlón, y Frank se estremeció—. Que seas feliz en tu nueva vida...

—¿Feliz? —la risa hiriente de Howard Hobbs alcanzó a Frank, ya dentro de la galería—. Es inútil en Hollywood. Nadie le ofrecerá un contrato, ni siquiera de figurante. Está perdido para siempre, pero tiene planta para dedicarse a camarero o a mozo de hotel.

Cummings apretó los dientes en una sonrisa lobuna. Torciendo el gesto, miró a Hobbs antes de cerrar la puerta corredera, y comentó:

—Algún día le rebanaré el cuello de un lado a otro, Hobbs. Y entonces, sí, seré feliz.

Cerró con un seco golpe de cristales y buscó el *living,* decorado en rojo y negro a estilo oriental. Encontró el maletín azul sobre una mesa de falsa laca, y poco después salía al porche. Magnolia dejó de limpiar el polvo de un velador de superficie de vidrio, para mirarle con sus redondos y dulces ojos.

—¿Se marcha ya, señor? —preguntó con su gracioso acento del Sur.

—Sí, Magnolia. Esta vez es para siempre...

—Lo lamento, señor. Siempre le recordaré con cariño. Es... es usted tan distinto a...

No sabía cómo seguir, y él la ayudó con una suave sonrisa y un golpecito en la espalda, atajándola:

—Te entiendo, Magnolia. Y te lo agradezco. Adiós.

—Hasta siempre, señor. Y que Dios le dé suerte.

El buen deseo de la negra le hizo medianamente dichoso. Al menos había alguien que de verdad le quería. Dolly no quería a nadie, ni siquiera a Hobbs. Pero este era de la misma especie, y si ahora le encandilaba el encanto físico, poderoso y audaz, de la hermosa rubia,

eso no podía confundirse con un amor verdadero ni de lejos.

Pensando en todo ello, salió a Beverly Park, descendiendo hacia la alameda, donde había dejado aparcado su coche. Desde lejos, contemplaba la soberbia carrocería de su automóvil, y se preguntaba por cuánto tiempo podría disfrutar aún de aquel placer. No podía ser mucho. Pronto tendría la necesidad material ineludible de venderlo, para seguir viviendo. Y sentía más deshacerse del coche que de Dolly y su histeria.

—Buenos días, señor Cummings. ¿Tiene prisa?

Frank se detuvo, volviendo la cabeza hacia los setos altos y bien cortados del parque. La propia altura y densidad de estos le habían impedido descubrir el coche descubierto, de esbelta línea y pulcro tono bermellón desde el que le hablara la mujer.

Acercóse, estudiando a esta con interés. La conocía de referencias y fotografías publicadas en los diarios y revistas. Al natural resultaba más linda, pero acaso también con menos personalidad. En esto, sin embargo, podía influir la ausencia de su marido, con quien siempre la viera en los ecos sociales de Hollywood. La saludó respetuosamente:

—Buenos días, señora Hobbs. En realidad, soy el hombre con menos prisa de todo Hollywood. No tengo sitio alguno a dónde ir, ni razón que me mueva. Pero, ¿por qué me lo ha preguntado?

Gertie Hobbs era menuda, morena y delgada, pero con formas muy concretas y femeninas. Los ojos oscuros eran grandes y expresivos, algo acongojados ahora. Vestía un traje gris de mezclilla, muy sobrio y señorial. Las manos enjoyadas que se aferraban al volante del coche, eran finas y algo céreas. Tenía pintadas de color plata las largas uñas.

—Le he visto salir de su casa, señor Cummings. Me pareció que llevaba prisa.

—Mi ex casa, señora —rectificó dulcemente Frank—. Y mi única prisa es por no volver a ella. Hay fases de nuestra vida que vale más dejarlas pronto atrás.

—Le comprendo —asintió ella con amargura—. Me gustaría poder decir lo mismo, pero no puedo. Usted no ama a su ex mujer. Pero yo sigo locamente enamorada de mi esposo.

—¿Por qué se separan, entonces?

—Fue él quien demandó el divorcio, señor Cummings. Sus razones, débiles y sin consistencia, iban apoyadas en una aparente fuerza que su propia posición se encargó de afianzar. Logró buenos testigos que apoyaran su tesis de que yo descuidaba el hogar, la vida matrimonial y todo eso, y que le hacía la vida imposible. Reunió tantas y tantas cosas contra mí, que le ha sido fácil convencer a todos. Yo no soy simpática, lo admito, y eso me perjudicó. No he tenido amigos a la hora de la

derrota. Sé que el juez fallará a su favor, y la pensión que ha de pasarme será mínima, casi un simple simbolismo. Pero eso no me asusta. Es su desvío, su repentino odio hacia mí, su pasión por esa... esa mujer de ahí. Perdone si digo algo inconveniente de su ex mujer, señor Cummings, pero estoy alterada, deshecha.

—Lo que no le perdonaría es que no lo hiciera. Sin embargo, dígame: ¿está aquí, vigilando a su marido?

—Sí. Sé que está ahí —hincó con fuerza los dedos en el volante.

—¿Y qué espera adelantar viéndole salir y entrar? ¿Va a hablar con él?

—No.

—¿Entonces...?

—Quiero habituarme a verle como una extraña, como alguien que nada significa ya para mí. ¡Y no sé si podré, no sé si podré algún día llegar a eso! Señor Cummings, por favor, ¿estaba él ahí... con ella? ¿Estaban juntos cuando usted les vio?

—Sí.

—¿Muy... amartelados?

—Pues... sí.

—¿Les vio... besarse?

—Escuche, señora Hobbs, ¿a dónde quiere ir a parar con esas preguntas morbosas?

—Quiero saberlo todo, conocer sus pasos, enterarme de lo que hace y siente...

—Pues atienda mi consejo —Frank se inclinó hacia ella y le habló duramente—: No es bueno ni recomendable lo que usted hace. Tiene algo... insano, peligroso. No siga por ese camino, no se obsesione hasta enloquecer. Ni Hobbs ni nadie valen tanto. De seguir así, podría llegar a ocurrir algo malo...

—¿Malo? —ella entornó los ojos, clavándolos en la distancia—. Sí... Podría morir alguien, ¿verdad, Cummings?

Frank se estremeció. Miró el rostro de la mujer, inexpresivo y terso ahora, con la vista muy lejana. Algo en sus ojos sin vida, en su cuerpo rígido, le preocupó. Y casi sintió miedo al susurrar sordamente:

—Cuidado, señora Hobbs. Hay peligro en lo que usted piensa.

Ella no le contestó, ni siquiera le miró; ocupada en estudiar el *bungalow* de Dolly Dawns. Con una fuerte inspiración, Frank siguió adelante hasta su propio coche...

★ ★ ★

«Bruno's» era el mejor establecimiento de Culver City. Alguien

había dicho de su propietario, el antillano Bruno Casado, que era el hombre más hábil manejando una coctelera.

Frank Cummings compartía ese criterio. Eran muchas las veces que había ido allí cuando era el galán de moda. Ahora que ya no lo era, no había razón para no ir. Bruno, además de buen *barman*, era un amigo excelente.

Le encontró al final de la larga barra, agitando una bruñida coctelera con su maestría de siempre. El moreno y adiposo Bruno le saludó con su acento latino inconfundible.

—¿Un *manhattan*, como siempre? —presunto dulcemente.

—Sí, Bruno. Como siempre... Todo es igual que siempre para ti. Dichoso tú...

—He oído lo que le ocurre —Bruno se acercó a él, ensombrecido el gesto—. Créame que lo siento, Frank. Usted es un buen chico. Acaso demasiado bueno para cierta gente...

—Y tú eres un estupendo muchacho —rio Frank—. No me compadezcas aún. No estoy tan hundido.

—No me refería a eso, Frank. Usted ya me comprende. Hobbs es el dictador de la industria del cine hoy en día. Los demás hacen lo que él señala, y encantados de besarle los pies. Mal enemigo se ha buscado. Y lo empeora su separación de Dolly.

—Ya lo sé. Tal vez algún día me decida a perder de vista este maldito lugar y regrese al hogar paterno.

—Usted es de Arizona, ¿verdad?

—Sí, de Phoenix.

—Y su padre era rico, muy rico, si no me equivoco.

—Cierto —Frank rio con amargura—. Pero muy especial también. No le gustaba mi modo de pensar. Me dio a elegir entre el cine y su fortuna. O seguía su carrera, y le suplía en el cargo de director de sus empresas, o me hacía actor y no veía un centavo. Elegí esto último; el dinero nunca me ha importado mucho, Bruno.

—¿Y perdió su fortuna?

—Eso es. La perdí. Mi padre siempre cumplía lo que aseguraba. Lo dejó todo a mis primos y a mí tío Edwin. Pero no les envidio. Ni siquiera ahora...

—Dichoso usted, que piensa así. Es la primera persona que conozco a quién no le atrae el dinero... —depositó ante él una copa—. Su *manhattan*. Ahora voy a servir ese *high-ball* a otros clientes. Creo que les conocerá también, Frank.

—¿Sí? ¿Quiénes son? —se interesó Frank Cummings, sorbiendo su combinado.

—Puede verlos allá, en la mesa del rincón. Están tan amartelados,

que no ven a nadie. Bueno, ella sí me parece que le ha visto ya...

Frank giró la cabeza, sin moverse de la alta banqueta. Frunció el ceño.

La pareja, sentada en una mesa discreta, se mantenía muy unida. Podía advertirse el rojo cabello de la muchacha y el pelo negrísimo y brillante de él. No cabían dudas en cuanto a su identidad: el cuñadito de Howard Hobbs, cortejando a Claire Buster, reina de las «starletts» que jamás serían nada sino «starletts», posando para fotografías llamativas o saliendo en alguna película que otra, con la menor ropa posible.

Oswald Adams, hermano de la señora Hobbs —de soltera Gertie Adams—, era la perfecta imagen del *gigoló* desvergonzado y cínico, vividor empedernido y conquistador de toda la que se dejaba conquistar. Claire era de estas. Frank lo sabía bien. Su propia experiencia lo había demostrado. Claro que de eso hacía ya seis o siete años, antes de su boda con Dolly. Claire no había dejado huella en él, pero todos afirmaban que él, en cambio, afectó mucho a Claire, y la pelirroja, pese a su frivolidad, no le olvidaba nunca. Ahora, por encima del hombro de Oswald Adams —hombros cuadrados y firmes de perfecto atleta—, ella estaba mirando a Cummings. Y en sus ojos había una luz extraña, intensa. Tal vez fuera cierto que no olvidaba. Pero procuraba hacer lo posible por cubrir el vacío de Frank con otros hombres. Hombres como Oswald había miles en Hollywood.

Frank se sintió súbitamente molesto y desasosegado en «Bruno's». Pagó la consumición y se encaminó a la salida. Antes de cerrar tras de sí la puerta del local, giró un instante la vista. Oswald estaba hablando animadamente a Claire, pero ella seguía con la mirada fija en él. Y por cierto, los negros y malignos ojos del joven Adams, estaban también mirando ahora a Frank, a través de la azogada superficie de un espejo situado a espaldas de Claire. Su gesto no era precisamente feliz al verle.

—A veces, esto da náuseas —gruñó Frank para sí, entrando en su coche con premura.

Arrancó, boulevard adelante, en busca de Santa Mónica. Billy Graham podría ayudarle en la tarea de encontrar comprador para su coche, al mejor precio posible. Y, con el resultado de la venta, su holgura económica se prolongaría una semana más.

* * *

Aquel hombrecillo de la compra-venta de coches usados, en Inglewood, no se había portado mal. La influencia de Billy Graham sobre él, sirvió para que pagase por el coche de Frank una cantidad

bastante aceptable, además de entregarle un modelo algo anticuado y nada brillante, pero que a Frank le sería bastante útil como medio de locomoción sin lujos.

Los dólares recién obtenidos se apilaban amorosamente en su bolsillo, el motor del cochecito negro que le entregaran roncaba no muy armoniosamente bajo el dominio de sus manos, y casi podía sentirse feliz. Al menos, era libre. Casi significaba comenzar de nuevo. Y cuando se puede empezar de nuevo, la esperanza siempre subsiste.

Regresó a su alojamiento de Culver. Dejó el coche en un garaje inmediato y subió a la residencia. Había una carta para él, sin nombre del remitente, cosa que le sorprendió. La guardó en su bolsillo descuidadamente, y se dirigió a su apartamento.

Cuando estaba haciendo girar la llave en la cerradura del B-16, se abrió la puerta inmediata. Era la rotulada B-18, y dio paso a una figura rubia, esbelta y juvenil, conocida por Frank. Ambos se miraron con sorpresa.

—¡Vaya! —murmuró ella, con una sonrisa irónica—. ¡Si mi vecino es precisamente «Don Pesimismo»...!

—Hola, Cenicienta —rio Frank suavemente—. ¿Ha aparecido ya el Hada Madrina? ¿O se tiene que conformar aún con la calabaza sin varita mágica?

—Todavía no es el momento ni han sonado las doce. El mundo está lleno de oportunidades, aunque usted no lo crea.

—Es hermoso pensar así. Pero también un poco tonto. La realidad existe, Cenicienta.

—¡Oh, es usted insoportable! —se excitó la joven—. Ni siquiera comprendo cómo alguna vez pude admirarle en una pantalla y pensar para mí al verle moverse allí: «¡Qué hombre tan dueño de sí, tan seguro de cuanto hace! Un ser así, jamás puede fracasar en nada...».

—Era como el sueño de Cenicienta. Luego, la realidad le demostró a lo vivo que yo no era como usted imaginó. Soy terriblemente vulgar, oscuro y sin fe en nada. Decepcionante para las que sueñan, como usted. Pero no sueñe demasiado en esta ciudad. Vaya bien despierta y no se fíe de nadie. Tal vez así, un día la suerte llame a su puerta.

—Llamará, estoy segura.

—Bendita esperanza —suspiró Frank, disponiéndose a entrar en su departamento—. Si hubiera conocido a cuatro o cinco personas con quienes me he cruzado hoy, tal vez pensaría de otro modo. ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Jane Moore. ¿Por qué lo pregunta?

—Para recordarlo el día que lea su nombre en los luminosos del boulevard y en el cemento del Teatro Chino, junto a la huella de unos

lindos pies... Buenas noches, mí querida amiga.

Hizo una reverencia burlona, ante la irritación algo divertida de la joven, y entró en su dormitorio. No tenía apetito alguno. La residencia servía comidas, y también había un restaurante abajo para el que así lo prefería. Pero nada le apetecía. Recordó la carta y la extrajo del bolsillo, abriéndola sin prisas.

Le sorprendió su texto:

«Mi querido Frank:

«Tal vez te sorprenda que me acuerde ahora de ti. Pero acabo de saber por los periódicos que te has divorciado de Dolly Dawns, con la que te casaste, disgustando tan profundamente a tu padre. Creo que si entonces te desheredó, fue por eso más que por tu carrera. Esa chica no era digna de ti ni mucho menos. Te felicito. Pero también he leído y oído mucho sobre tu carrera. Y nada bueno. Creo soplan malos vientos para ti ahora. ¿Qué tal si vinieses una temporadita a nuestra residencia de Yuma? El hecho de que tu padre no te dejara nada, no justificaría un olvido por mí parte. Puedo ayudarte cuanto sea preciso, sobrino. Sé que por correo nunca aceptarías, y espero persuadirte personalmente. El jueves estaré en Los Ángeles para hablar contigo. Puedes ir a esperarme al vuelo número doce procedente de Phoenix. Hasta pronto, Frank.

»Tu tío,

»*Edwin C. James*».

Edwin Clarence James. ¡Tío Edwin en persona! Un cúmulo de nostalgias invadió al joven actor tempranamente hundido por sus enemigos personales. No es que tío Edwin fuese más generoso o cordial que su padre en la cuestión familiar. Le ofendía tanto como al difunto Ronald Lewis Cummings, su primo carnal y padre de Frank. Pero era algo más comprensivo y tolerante con ciertas faltas. Por lo menos, sabía perdonar, y eso era algo.

Ahora, como llovido del cielo, tío Edwin volvía a su vida. Claro que iría a esperarle al aeropuerto. E incluso tal vez aceptara la oferta de ir a Yuma, a pasar unos días allí. Sería un paréntesis confortador en su agitado presente.

Sintió renacer cierto optimismo dentro de sí. Incluso experimentó ganas de cenar. Salió de la residencia y se encaminó al restaurante de abajo. Cuando entró, localizó a Jane Moore, su graciosa Cenicienta, sentada junto a un ventanal. Ante ella, humeaba una taza de caldo.

Se aproximó, con cierto sentimiento de remordimiento dentro de sí.

Ella le miró, sorprendida, y Frank musitó con humildad:

—Le pido excusas, señorita Moore. A veces, la oportunidad que usted cita puede surgir en cualquier momento. Acabo de comprobarlo.

—¿De veras? —ella enarcó graciosamente sus rubias cejas. Tenía unos ojos claros, maravillosamente expresivos—. Vaya, «Don Pesimismo», eso es muy interesante... sobre todo en sus labios. ¿Ha bajado a cenar?

—Creo que esa es mi intención.

—¿No se sienta conmigo?

—Nada me complacería tanto. ¿Está sola?

—Por completo —ella rio, al verle sentar frente a sí—. Esto me hubiera asombrado hace unas semanas. ¡Pensar que cenaría en un restaurante modesto, junto al famoso galán de mis sueños! Por lo menos, ya tengo algo que contar a mis amigas de Kansas. No lo creerán cuándo se lo diga...

—Es una lástima —comentó Frank burlonamente—. Pero aquí no hay fotógrafos que inmortalicen este momento. Tendríamos que ir a «Cyro's», en ese caso. ¿No le gustaría ir?

—Sueño con «Cyro's» y sus gentes —dijo ella, extasiada—. ¿Pero a qué soñar más?

—No le entiendo...

—Sí, ¿a qué soñar más? —Frank la miró con una expresión extrañamente resuelta—. ¿Por qué no ser el príncipe de Cenicienta por unas horas?

—Señorita Moore, imagine por un momento que el Hada Madrina ha llegado, que la varita mágica funciona, y la calabaza es ya una carroza soberbia, tirada por briosos caballos. Hasta las doce, faltan aún varias horas... ¡Cenicienta, vivamos el sueño!

—¿Es que se ha vuelto loco, Cummings?

—En palabras más de nuestro tiempo: ¿acepta venir conmigo a «Cyro's», cenar allí y bailar después?

—¡Cielos! —ella abrió unos ojos como platos—. ¿Usted... puede hacer eso?

—Naturalmente, Aún soy Frank Cummings. Tengo mesa en cualquier club nocturno, si la pido. Lo que se tarda más en perder, es la categoría del nombre.

—¿Y... el dinero? Será un lugar carísimo.

—Por eso no se preocupe —rio Frank—. Esta noche, el sueño es posible. ¿Acepta?

—¿Qué si acepto? —impulsivamente, se inclinó sobre la mesa y estampó un beso en la mejilla del asombrado Frank—. ¡Digo sencillamente que es usted un encanto de hombre! Y ándese con

cuidado conmigo, príncipe azul. Cenicienta se enamoró... y usted todavía es un hombre guapo y lleno de atractivo para una chica.

—Mi querida Cenicienta, solo ese elogio, vale por una noche en «Cyro's» —rio Frank, poniéndose en pie ante la sorpresa del camarero, que les vio marchar alegremente, sin entender del todo lo que ocurría.

Capítulo III
MUERTE

—Ha sido una noche maravillosa —suspiró Jane, deteniéndose ante puerta de su apartamento, brillantes los ojos y ruborosas las mejillas—. Frank, es usted adorable. Cuando le conocí esta mañana, no podía soñar que fuera un hombre así. Después de todo, es tal como le imaginé. Luego, la realidad me defraudó un poco... pero vuelve a ser el de la pantalla. No podía, no podía equivocarme, Frank...

—Locuela —rio Cummings, también jovial—. Es usted quien me ha hecho cambiar. Bueno, usted y una carta... ¡Qué divertido! ¿Vio las caras de los clientes de «Cyro's», al vernos entrar? No se lo creían. No contaban con verme más por allí. Para ellos, era un resucitado. Los que fracasan rara vez vuelven. ¡Y cómo la miraban a usted! Era el centro de todas las miradas y comentarios. Creo que eso la ayudará un poco... a pesar de mí.

—No diga eso. ¿Por qué siempre se quiere echar por tierra? —se inclinó hacia él. Y por segunda vez en la noche, le besó—. Me gusta. Me gusta usted, Frank. No se lo diga a nadie, ¿eh? Claro que ya es libre, y eso no molestará a ninguna chica, ¿eh?

—Claro que no —le dio un suave cachete cariñoso—. Ande, ahora duerma. El champaña la ha alegrado un poco. Le irá bien descansar.

—¿Y usted?

—¿Yo? Naturalmente, voy a dormir también, criatura. ¿Qué otra cosa iba a hacer? Mañana es sábado, y da la casualidad de que debo recibir a mí tío Edwin, mi salvador. No quiero que me crea un juerguista si hago mala cara. Buenas noches, Cenicienta...

—Buenas noches, príncipe azul... —abrió la puerta y le echó un beso con la punta de los dedos—. Hasta mañana.

Cerróse la puerta. Pensativo, Frank permaneció unos segundos en el corredor, antes de entrar en su propio apartamento. Cuando lo hizo, cerró cuidadosamente, se despojó de la americana, y avanzó hacia la cama.

Entonces le sobresaltó el timbre del teléfono de la mesilla. Intrigado, fue a él y lo descolgó.

—¡Diga? —preguntó con voz pastosa—. Aquí Frank Cummings, artista de cine...

Y rio su broma jovialmente. Pero la voz al otro lado del receptor, sonó aguda, apremiante, irreconocible en principio:

—¡Frank! ¡Frank, gracias a Dios! ¡Te he estado llamando durante toda la noche, sin lograr localizarte en parte alguna!

—¿A mí? Eh, ¿y quién mil diablos es usted?

—¡Oh, Frank! ¿Es que ya no reconoces mi voz siquiera?

—¡Dolly!

—Sí, soy Dolly... Gracias a Dios que te encuentro. Ocurre algo horrible, Frank.

—¿Horrible? No te entiendo...

—Frank tienes que entenderlo... Es algo espantoso, algo que jamás podrías imaginar.

—Si me lo cuentas de una vez, trataré de imaginarlo, preciosa —bostezó Cummings.

—Frank, no puedo... No puedo contártelo por teléfono. Se trata de un asunto de vida o muerte. *¡Tienes que venir!*

—¿Estás loca? ¿A qué diablos voy a ir yo ahí?

—¡Tienes que venir, sea como sea! *¡Y ahora mismo, Frank!* —Jamás el tono de la bella rubia había sido tan urgente, tan desesperado. Y ella no era actriz para tales ficciones. Frank empezó a sentir el cosquilleo de la inquietud—. Es preciso, Frank... si quieres salvar una vida humana... Adiós, Frank... ¡Te espero!

Colgaron. Frank se quedó rígido, con el receptor entre los dedos. No entendía nada de todo aquello, pero los alegres burbujeos mentales del champaña habían estallado como pinchados por un alfiler.

Dolly hablando de cosas urgentes, apremiantes, desesperadas... y mencionando la vida y la muerte. No, resueltamente; era algo que no podía entender. Ella era la mujer más casquivana y superficial del mundo. Jamás la había visto tan alterada, ni siquiera cometiendo las mayores granujadas del mundo.

Colgó, pero aún miraba larga y pensativamente el aparato telefónico. Una sensación de inquietud, de recelo, se apoderaba de él poco a poco. ¿Qué había en el mensaje extraño y enigmático de Dolly? Estaba seguro de que existía en él una latente angustia, un peligro vital y claro... el miedo a *algo.* Algo que no podía aún explicarse...

Con súbita determinación, alzó el teléfono y giró velozmente el disco. Marcado el número, esperó. Sonaba el timbre insistentemente. Una, dos, tres... diez veces. Nadie atendía al mismo. A pesar de que unos segundos antes hablara a través de él Dolly Dawns.

Colgó con un seco golpe, alargó el brazo, tomando su americana al vuelo y salió disparado del apartamento. Momentos después, el coche usado que recibiera aquella misma tarde, partía velozmente hacia Beverly Hills.

* * *

Como siempre, la puerta del *bungalow* estaba abierta. En Dolly era una costumbre dejarla así, incluso da noche.

Frank Cummings penetró por la senda de grava, tras haber dejado el coche frente a la residencia. Hasta los crujidos de la arenisca bajo sus pies cautelosos y ágiles parecían diferentes a los de aquella mañana en el mismo camino.

Rodeó la fachada principal, exactamente lo mismo que hiciera horas antes. Las aguas de la pileta en forma de corazón brillaban, espejeantes. La blanca piedra de sus márgenes parecía mármol puro bajo la luz de las estrellas.

También la galería posterior estaba abierta, y eso era ya más inusitado. Pero Frank no se detuvo a examinar el hecho, sino que se aprovechó de él, entrando en la casa.

Atravesó el *living* oriental, una estancia en rabiosos tonos anaranjados, de estilo campestre, y una biblioteca funcional, cuyos libros jamás hojeaba Dolly. Frank se detuvo al llegar a la sala de estar donde acostumbraba a ver Dolly los programas de televisión y en la que había uno de los aparatos telefónicos de la casa.

El teléfono permanecía colgado. Junto a él, un listín abierto, que mecánicamente advirtió Frank que correspondía a la página donde figuraba el número de la residencia Culver. Al mirarlo más de cerca, vio la señal de una uña femenina bajo el número en cuestión, remarcándolo sobre el papel.

No parecía haber más en la estancia. Simplemente, *no lo parecía.* Pero lo había.

Lo descubrió detrás del diván color grana, a un par de yardas de la mesita del teléfono. Asomaban sus pies, sus zapatos de plata de altísimo tocón, y unas largas piernas enfundadas en nylon, hasta la rodilla.

Rodeó el diván. La falda estaba mucho más arriba de las rodillas hermosas de Dolly Dawns. El traje, aparecía rasgado del hombro a la cintura. Era un traje de noche, negro y pegado al cuerpo, y al rasgarse había dejado parte de este en plena libertad.

Sin embargo, el espectáculo no era seductor. Porque Dolly Dawns había dejado de ser hermosa. La Muerte no le sentaba bien a la rubia de las películas en tecnicolor.

Y estaba muerta. Frank Cummings tuvo que aceptarlo así nada más verla. Aquel crispado, horrible gesto de terror en su rostro, los ojos desorbitados, las manos crispadas, las huellas de violencia en sus ropas, todo hablaba de algo lúgubre y atroz, contra lo que Frank no se sentía preparado. A pesar de ello, se mantuvo sereno, frío...

Inclinóse junto a la bella. Aún estaba tibio su cuerpo. La piel tersa, bronceada por el sol de California, brillaba como cobre puro, a la luz de las alegres llamas de la chimenea. Para ser una noche apacible, incluso hacía allí demasiado calor.

Descubrió la forma en que había muerto casi en el acto. Y eso sí que le provocó un escalofrío de horror. Porque anulaba por completo cualquier idea de muerte accidental o natural. Nadie muere con unas tijeras clavadas sobre el seno izquierdo, si no es a manos de otra persona. Y las tijeras, unas largas y afiladas que Dolly usaba para cortar sus críticas y reportajes favorables, coleccionándolos en un álbum, harto conocidas de Frank, estaban hincadas hasta su empuñadura en el prominente busto de la rubia, exactamente encima del corazón. La sangre enrojecía su carne y sus ropas, formando luego un viscoso charco en la alfombra muelle y esponjosa de tono ocre.

Se incorporó Frank, y un espejo inoportuno le devolvió la lívida imagen de un cadáver viviente. Tardó un par de segundos en comprender que era él mismo quien se veía en el cristal azogado. Pasóse una mano firme por la frente empañada de sudor, y respiró fuertemente.



La muerte le sentaba bien a la rubia...

En casos así, Frank recordaba que los héroes de películas y de novelas encuentran gran abundancia de datos, de pistas sueltas por la habitación del drama. Pero allí no había nada. Ni vasos con huellas, ni otra cosa que un cenicero de vidrio cuajado de puntas de cigarrillo. Pero todas de la marca favorita de Dolly, y con rastro de su lápiz labial al extremo. No había habido visitantes en apariencia. Pero Dolly estaba muerta, y alguien tenía que haberlo hecho.

Miró pensativamente hacia una pequeña otomana caída en tierra. Era el único signo violento que demostraba la existencia de una pugna, aunque rápida, entre Dolly y su asesino. Poco ruido debieron hacer, para no despertar a Magnolia, que dormía en el piso de arriba.

No tocó nada. Lentamente, retrocedió hacia la salida, mirando con

fijeza el cuerpo inerte de su ex mujer. Sabía que de permanecer allí y avisar él de lo ocurrido, todas las sospechas caerían sobre su persona. En alejarse del *bungalow* estaba su posible salvación.

Alcanzó la galería posterior. Ni la pileta de apacibles aguas azules le pareció ya tan bella como antes. Todo había cobrado ahora un fantasmal aire de horror, de cementerio hermoso y frío. El *bungalow* era una bella residencia. Demasiado bella para morir en ella violenta, sangrientamente...

Cuando alcanzó la senda de grava, sus oídos se aguzaron. Un motor de coche rugió en la carretera. Un haz de focos resbaló por la entrada. Chirriaron unos frenos y se extinguió la luz. Rápido, Frank se introdujo sin hacer ruido en un seto. Agazapado, esperó.

Sonaron pasos en la arenisca. Un hombre se aproximó a buen paso. Silbaba una canción en boga. Pudo advertir que vestía de oscuro, un sombrero negro o azul marino cubría su cabeza, y era enjuto, alto y elegante. En el acto pensó en Howard Hobbs. Pero no podía estar seguro de eso. Y el hombre se perdió sendero adelante, antes de que él pudiera confirmar o rechazar tal suposición.

Cuando la figura estuvo bastante alejada, Frank volvió al sendero. Esta vez corrió. Rápida, desesperadamente. Alcanzó la puerta de salida, y el corazón le dio un vuelco al verla cerrada por completo.

Ya al lado de la doble hoja de madera barnizada, respiró con alivio. No la habían llegado a cerrar, sino simplemente la dejaron ajustada. Abrió la madera, que rechinó levemente, y Frank corrió a través de la carretera, hacia el rincón donde, entre dos altos setos y un arriate, dejara el pequeño y oscuro coche.

Para ello hubo de pasar ante un lujoso «Cadillac» verde oscuro, con adornos blancos, del que leyó la matrícula: San Francisco, 108-209. La retuvo en su mente y siguió a la carrera hasta su propio automóvil. Lo puso en marcha sin perder un momento, y se lanzó rampa abajo, con la electrizante, incómoda sensación de que cien coches-patrulla corrían tras de él, a darle caza. Sin embargo, la carretera estaba desierta a sus espaldas.

* * *

El avión se posó suavemente sobre la pista de cemento del aeropuerto municipal de Los Ángeles. Era el vuelo número doce, procedente de Phoenix, Arizona.

Frank se adelantó hasta la verja de límite en el terreno de aterrizaje. Vio venir poco después a los viajeros del aparato. La figura sólida, ancha y corpulenta de su tío Edwin resultaba inconfundible entre los

demás viajeros. Seguía teniendo predilección absoluta por los trajes muy claros y los sombreros de mezclilla. Sus corbatas, como siempre, eran indescriptibles y abigarradas sinfonías de color. Ahora, el aire agitaba la da intensos tonos rojos, verdes y negros que lucía sobre su camisa crema.

—¡Frank, muchacho! —exclamó, con su ancha cara rubicunda iluminada por una amplia sonrisa, al enfrentarse con el joven actor. Se abrazaron estrechamente tío y sobrino—. ¡Eres igual que siempre, hijo! Y mucho más personal que en esas endiabladas películas que te obligan a hacer... Te confieso que en el cine jamás me has gustado.

—Confidencialmente, te diré que a mí tampoco me he gustado nunca, tío Edwin —rio Frank de buena gana, acompañándole adonde tenía parado su coche.

—Eh, Frank —su tío se quedó plantado en mitad de la carretera del aeropuerto, mirando el cochecito—. ¿Es *eso* lo único que ha podido darte el cine en varios años de fama?

—La fama da dinero, pero consume mucho también, tío Edwin. Además, ahora han venido mal dadas. No me contratan. Tengo a los grandes productores en contra. Tenía un bonito coche, pero tuve que cambiarlo por este.

—Es una basura, hijito —masculló Edwin—. Si tu padre viera que esto es lo que te ha proporcionado Hollywood, volvía a desheredarte inmediatamente.

—Mi situación no sería mucho peor entonces. ¿Traes equipaje, tío?

—No, solo este maletín —mostró el de color avellana que colgaba de su robusta mano derecha—. Podemos ir adonde quieras sin esperar en las oficinas del aeropuerto.

—Entonces, andando hacia allá —dijo Frank, entrando en el coche —. Siento no poderte ofrecer mi *bungalow*, pero el juez me despojó de todo, en favor de mi ex mujer.

—Entiendo. Te echaron a ti todas las culpas —Edwin C. James suspiró—. Todos los pleitos, en esta vida, los ganan las chicas bonitas. Son cosas inevitables.

Con la vital, optimista imagen de tío Edwin a su lado, Frank Cummings se sintió más dueño de sí mismo que nunca. Condujo velozmente por la ancha autopista hacia el centro urbano.

—Me alojaré en el «Pacífico» —indicó su tío—. Si quieres acompañarme allí...

—No, gracias. Tengo un alojamiento más modesto en Culver City. Te llevaré al hotel y después nos veremos.

—Bien. A tu gusto, Frank.

Recorrieron una buena distancia sin hablar más que de cosas

familiares e intrascendentes. Frank frenó suavemente en Wilshire, ante el edificio alto y soberbio del «Hotel Pacífico». Saltó a tierra, abriendo la portezuela a su tío, y entonces advirtió cómo frenaba justamente tras de ellos otro coche oscuro que llevara su misma dirección del aeropuerto.

Dos hombres bajaron del automóvil, pero en vez de entrar en el hotel, avanzaron en diagonal, cruzándose ante Frank y su tío, cuando ambos llegaban bajo la marquesina del «Pacífico».

—Es usted Frank Cummings, ¿verdad? —preguntó uno de ellos secamente.

—Sí —el actor asintió, mirándoles calculador—. ¿Buscan autógrafos?

—No. Le buscamos a usted.

—¿A mí?

—Sargento Fred Milburn, de Homicidios —el más delgado y moreno de los dos hombres le mostró un carnet de comprobación—. Lamento tenerle que pedir que nos acompañe.

—¿A dónde? —preguntó hoscamente Frank, tras una rápida mirada a su tío, que había enarcado las cejas en gesto de honda perplejidad.

—Al Departamento, naturalmente —sonrió el policía—. De usted depende que le entretengamos poco o mucho tiempo.

—¿Eso significa que estoy detenido? —la voz del joven actor se mantuvo fría.

—No exactamente. Pero puedo detenerle, si se niega a acompañarme por las buenas.

—¿Por qué he de hacerlo? ¿Qué mil diablos ocurre, si puede saberse? —preguntó con acidez, aunque de antemano sabía la respuesta que iba a tener su pregunta.

—Por si aún no se ha enterado, le diré que su ex esposa, Dolly Dawns, fue encontrada en su *bungalow* con unas tijeras clavadas en el corazón. Ha sido asesinada, y alguien asegura que usted estuvo anoche en la casa, aproximadamente a la hora del crimen.

Capítulo IV
SOSPECHAS

—¡Todo eso es absurdo! —clamó Edwin airadamente—. ¡Mi sobrino no puede tener arte ni parte en ese horrible crimen!

—Cálmese, señor James —observó suavemente el sargento Milburn, ocupando una silla frente a ambos hombres, en el despacho del Departamento de Homicidios de la Policía de Los Ángeles—. Si es así, puede estar seguro de que nada le ocurrirá.

—Sí, tío, no debes intervenir en esto —pidió con sereno acento Frank—. El sargento obra en cumplimiento de su obligación. Deja que entre él y yo resolvamos las cosas.

—Gracias, señor Cummings —suspiró con alivio el policía—. Será mucho mejor para todos que sepamos mostrarnos comprensivos.

Edwin se limitó a gruñir algo entre dientes, y Frank demandó, con afán:

—¿Cómo fue lo de mi esposa... bueno, mi ex esposa, sargento?

—Sencillo y eficaz, señor Cummings. Ella era confiada, tal vez en exceso. Dejaba abierta la puerta muchas veces. La galería posterior, frente a la piscina, era de cristales. Anoche estaba también abierta, y por allí entró el asesino. Ignoro si era amigo suyo o no. Lo cierto es que hubo una ligera lucha, y unas tijeras terminaron sobre el pecho de Dolly Dawns, matándola en el acto. Sobre la mesa del *living* donde se la encontró, había un listín telefónico abierto por la página donde figura su residencia, y señalado con la uña de la víctima sin duda. Sobre el auricular, entre muchas huellas, las de la muerta eran las últimas. En su pensión se nos ha confirmado que recibió varias llamadas durante la noche, hasta que de regreso usted, atendió a una de ellas. El conserje nocturno le vio salir. ¿Qué tiene que decirme a todo eso?

—Absolutamente nada, sargento. No tengo relación alguna con lo ocurrido a mí esposa, ni sabía lo ocurrido.

—¿Está seguro?

—Completamente.

—Bien —con aire beatífico, el policía tomó unas hojas mecanografiadas de encima de su mesa—. Según declaración firmada por un testigo que estuvo en la casa y encontró el cadáver avisando a la policía, su automóvil estaba parado frente a la casa cuando él entró.

—¿Mi automóvil?

—Sí. Uno pequeño, negro y pasado de moda, que por la matrícula

citada por ese testigo, coincide exactamente con la de un coche usado que usted adquirió a «Bol ton & Bolton», y que hemos seguido hoy hasta el aeropuerto y regreso, cuando usted fue a esperar a su tío. Le confieso que en principio alimentamos la sospecha de que era *usted* quien iba a tomar ese avión para escapar.

—¿Escapar... a qué? —silabeó duramente Frank, irguiéndose en la silla.

—No lo sé —rio el sargento entre dientes—. Ya le dije que fue una sospecha, desvirtuada luego por los hechos. No la analicemos, pues. Pero sí quiero una respuesta a mí pregunta. ¿Qué hacía su coche a las dos de la madrugada, frente al *bungalow* que fuera de usted y de su esposa, precisamente cuando otro hombre entraba en la casa, hallando el cadáver de Dolly Dawns, víctima de asesinato?

Frank respiró hondo, inclinándose hacia adelante. Brillaba ligeramente el sudor sobre su piel tensa.

—Escuche, sargento, ¿sospechan de mi claramente? —pidió.

—No tengo por qué contestarle, señor Cummings. Y usted, en cambio, tiene que contestarme a mí.

—No lo hagas, Frank —se irritó tío Edwin—. Pide un abogado, y entonces...

—No hace falta todavía —cortó Frank secamente—. Bien, sargento, voy a contestar a su interrogatorio, aunque no veo a dónde puede llevarnos. Es cierto que anoche recibí una llamada telefónica de mi ex mujer, en la que me pedía que fuera a verla inmediatamente, porque ocurría algo muy grave y muy importante. Citó «un caso de vida o muerte».

—¿Y usted fue?

—Sí. Fui, tras varias dudas, convencido de que había algo de cierto en su tono. Pero una vez allí... —tuvo que hacer acopio de fuerzas para mentir con frialdad—. Una vez allí, ni siquiera bajé del coche. Vi todo en silencio, completamente en calma, y estuve un largo rato vacilando, ante el volante. No sabía si entrar o no. Todo me pareció en ese instante tan ridículo, que me reí de mis temores y del histerismo de Dolly. La conocía bien, y sabía que hacía una montaña de cualquier cosa. Mientras meditaba todo eso, se detuvo otro coche frente a mí, a la puerta del *bungalow*.

—¿Estando usted dentro de su auto todavía? —había escepticismo en el sargento.

—Sí. Su matrícula era de San Francisco, aunque no pude ver bien el número —mintió de nuevo—. Un hombre que me pareció familiar bajó del coche y entró en la casa.

—¿Observó si miraba hacia su coche? —preguntó agudamente el

policía.

—No del todo. Me cubrían unos setos, y me pareció que miraba hacia allí al cruzar por delante. Tal vez se acercó pero yo entonces me acurruqué, para no ser visto.

—¿Por qué, señor Cummings? —preguntó rápidamente el sargento Milburn—. ¿Es que tenía razones para ocultarse de la gente? ¿O miedo a ser visto allí?

—Eso es, justamente. Miedo a ser visto. Dolly y yo no éramos ya nada. Si eran periodistas o «vendedores de confidencias» a la Prensa amarilla de Hollywood, nada bueno saldría de mi presencia a esas horas frente al *bungalow.* Me oculté, pues.

—Entonces fue cuando el testigo se acercó y leyó su matrícula —dijo duramente el policía—. Sus palabras fueron: «El coche estaba vacío». O se lo pareció a él.

—Se lo pareció simplemente. Ya se lo he dicho, sargento.

—¿Y después?

—Después, oí crujir la grava de la senda que sube al *bungalow,* y yo puse rápidamente mi coche en marcha, alejándome de allí antes de que viniera alguien más.

—Eso concuerda —rezongó el policía, leyendo la declaración escrita —. El testigo le oyó arrancar cuando aún no había llegado a la casa. Volvió apresuradamente, y usted ya no estaba a la vista. En vez de seguirle, tuvo un presentimiento y siguió hacia la casa. Encontró a Dolly asesinada, y nos avisó inmediatamente, una vez recuperado.

—¿Era Howard Hobbs, sargento? —preguntó en el acto Frank.

—Su actitud es sospechosa, señor Cummings —dijo fríamente el policía, fingiendo no haber oído su pregunta—. ¿Puede decirnos lo que hizo anoche? Si puede ser, con la mayor claridad...

—Frank, recuerda que no debes comprometerte sin que un abogado te aconseje y... —saltó Edwin vivamente, siendo cortado por el policía con aspereza.

—Señor James, métase en sus asuntos y deje a su sobrino en paz —cortó Milburn—. Es mayor de edad y sabe lo que hace. Por mí parte, no creo que necesite abogado... *todavía.*

Aquel «todavía» era tan expresivo, que Cummings sintió un escalofrío. A pesar de su cúmulo de mentiras, veía las cosas mal. Reposadamente, refirió todo lo de la noche anterior, hasta que se despidió de Jane Moore a la puerta de su apartamento.

—¿Jane Moore ha dicho? —el policía anotó el nombre—. La interrogaremos. ¿No puede concretar las horas?

—No, pero era más de la una y cuarto cuando la dejé, puesto que minutos antes de las dos estaba frente al *bungalow.* De eso estoy

completamente seguro.

—El informe forense no es concreto. Había una temperatura alta en la estancia, y el cuerpo de Dolly Dawns conservó el calor, pero puede suponerse que murió entre doce y una, sin temor a equivocarse mucho. Esa coartada le salvaría a usted de toda sospecha... si realmente era la una y cuarto cuando dejó a la muchacha. Ojalá pueda ella confirmarlo, Cummings. Y lo digo por su propio bien...

Abrió un interfono y avisó a un agente para que acudiera a la «Residencia Culver» y se trajese consigo a la joven Jane Moore. Luego cerró el aparato y miró fríamente a Frank.

—Ahora, amigo mío, lamento comunicarle que he de retenerle aquí una hora o poco más.

—¿Por qué? —saltó Frank—. ¿En qué se funda para eso, sargento?

—En que es el tiempo que precisaremos para interrogar a Jane Moore. Si ella confirma esa coartada, le soltaré con mis excusas. Si no... entonces sí que necesitará un abogado. Usted puede irse cuando guste, señor James.

—¡Es un atropello! —saltó tío Edwin—. Frank no ha podido hacer nada de eso y...

—Por favor, tío —cortó Frank—. No discutas con el sargento. Confío plenamente en que todo se aclare, porque nada tengo que temer. Esperaré a que interroguen a Jane Moore.

—Gracias —Milburn le miró, sorprendido—. Su espíritu de cooperación es realmente desacostumbrado... o la señorita Moore tiene la lección bien aprendida.

—¿Qué insinúa usted con eso? —Frank apretó las mandíbulas, poniéndose en pie.

—Nada, nada, señor Cummings —el policía sonrió conciliador—. Por favor, tome asiento. Procuraré ser breve...

Se encaminó a la puerta y la abrió. A punto de salir, observó con afabilidad:

—Si desea algo, señor Cummings, pídalo al agente de guardia que se queda en esta puerta, por favor. De otra forma, no le dejarían salir en modo alguno. ¿Viene conmigo, señor James? Usted es hombre libre...

—No, gracias —gruñó fríamente Edwin, perdida gran parte de su jovialidad—. Me quedo con mi sobrino el tiempo que sea preciso.

Milburn se encogió de hombros y salió del despacho sin decir nada.

—¡Pero Frank, todo esto es un puro disparate! —estalló Edwin James, irritado, al verse solos—. ¡Tú no has podido hacer nada de eso que ellos sospechan! ¿Por qué ibas a dañar a tu ex mujer, si ya nada te ligaba a ella?

—Es lo que yo me pregunto —musitó Frank, ceñudo—. Pero ellos

verán una razón clara: saben que no le guardaba demasiado afecto y que ella y su nuevo amor fueron los que me hicieron más daño, moral y materialmente. Pensarán en una venganza, en un crimen arrebatado y sangriento, para expansión de mis instintos desatados.

—¡Diablo, eso es un folletín que nadie creería de ti! —aulló Edwin.

—Desgraciadamente, lo creerán. Tengo fama de díscolo, rebelde y violento. Si hallan la menor fisura en mi coartada, si esa chica no recuerda bien las horas... será todo muy difícil para mí...

—No te preocupes, Frank. Buscaremos al mejor abogado de Los Ángeles y...

—Tío, por favor. Vosotros, los que tenéis dinero, lo arregláis todo con abogados —sonrió, confiado—. Yo tengo fe en esa chica, en Jane Moore. Sé que puede hacer por mí más que cualquiera abogado de Hollywood y da toda California...

Frank tuvo razón. Cosa de setenta minutos más tarde, un sargento Milburn suave y contrariado hizo su entrada en el despacho. Traía una ficha y unas hojas mecanografiadas en la mano.

Cruzó en silencio hasta su mesa, tiró los papeles con un suspiro y comentó:

—Bueno, señor Cummings, puede usted marcharse cuando guste. Y perdone las molestias.

—¿De modo que estoy en libertad? —Frank se incorporó, irónico el gesto—. ¿Y mi coartada?

—Comprobada a su satisfacción y la mía —musitó el policía—. Esa jovencita le aprecia, pero me pareció sincera al hablar. Recuerda que a la una menos minutos dejaron el salón de baile de «Cyro's». No pudo tardar menos de veinte o veinticinco minutos hasta su residencia en Culver, y eso yendo a buena velocidad. Por otro lado, tengo el informe forense definitivo: Dolly Dawns fue muerta entre once y media y doce y media.

—¡Imposible! —estalló Frank vivamente.

—¿Imposible? ¿Por qué, señor Cummings? —preguntó suavemente el sargento.

—¡Porque después de la una me telefoneó ella y por eso acudí a su llamada!

—¿Está seguro de que era ella misma, señor Cummings?

—¡Segurísimo! ¡No pudo ser otra persona! Conocía bien la voz de mi ex mujer.

—Lamento llevarle la contraria, señor Cummings. En esta ocasión, o le engañaron, o usted me dice algo que no es, para justificar su presencia allí a las dos de la madrugada.

—¡Eso no es cierto! —replicó Frank ásperamente—. ¡Oí su propia

voz!

—El forense no miente, señor Cummings. A las doce y media como máximo, Dolly Dawns estaba muerta ya, aunque lo fuerte de la lumbre en el hogar hizo que el *rigor mortis* se presentara posteriormente. De modo que *bajo ningún pretexto pudo usted oír su voz a la hora que dice.*

Frank no objetó más. El razonamiento parecía contundente. Pero también lo era su propia certeza. Sin embargo, sin replicar en absoluto, salió del Departamento con su pariente de Yuma, y regresaron al «Hotel Pacífico».

—Hay algo que no entiendo en todo eso, tío Edwin —musitó Frank —. No comprendo por qué mataron a Dolly, ni tampoco quién pudo hacerlo. Pero ese misterio me preocupa. Es cosa de Milburn y los de su Departamento. Sin embargo, sé que *oí* su voz. Estoy convencido, tanto como pueda estarlo el forense, de que a las doce y media estaba muerta, de que por el teléfono me llegó la voz de Dolly a la una y cuarto aproximadamente.

—¿No pudo ser un error? ¿No cabe la posibilidad de que alguien se pasara por ella, para desconcertar a la policía?

—Es posible. Pero entonces... ¿por qué? ¿Acaso para forzarme a mí a acudir al lugar del crimen y que cargase con las culpas del mismo, sorprendido en el teatro del hecho?

—No dejaría de ser una razón, sobrino.

—Es que... ¡estoy seguro! Era su voz, tío Edwin... Era *ella*... y, sin embargo, estaba muerta ya...

—Cielos. Dicho así, produce frío —se estremeció James—. Lo importante es que tú te mantengas al margen de sospechas, Frank.

—No estoy seguro de eso. Milburn parece haber dejado de recelar, pero nunca se sabe con la policía lo que ocurrirá en el momento siguiente o lo que estarán pensando de uno...

—Bien, y olvidándose por un momento de este desagradable asunto... ¿qué hay sobre ti?

—¿Eh? ¿A qué te refieres, tío?

—Comprenderás que no he hecho el viaje por puro placer o por verte y regresar a Yuma. Quisiera hacer algo por ti, pero no puedo quebrantar la última voluntad de tu padre. Su dinero no puede ir a ti en forma alguna, ni siquiera parcialmente. Hay abogados que controlan mis cuentas para impedirlo. Puedo tirar ese dinero, si es mi gusto, pero no darte a ti un centavo. No es que simpatice con tu modo de ser, pero tampoco me gusta la forma que tuvo tu padre de obrar contigo. No es justa; pecó de excesivamente duro.

—No necesito su dinero, tío Edwin. Ni tampoco le guardo rencor por ello.

—Ya lo sé. Pero hay que buscar una solución. ¿Qué clase de ayuda podría concederte? He pensado en darte un cargo importante en la industria que dejó tu padre, cosa que sería una solución, siempre que tú...

—No, tío. Eso sería admitir mi fracaso. Y no he fracasado aún.

—¿Estás loco? —graznó tío Edwin—. Esto es un pozo, y tu carrera está hundida, aunque no lleguen a mezclarte en el asunto de tu ex mujer. Piénsalo, Frank...

—Está pensado. Me quedaré. Hollywood aún no me ha vencido. Además, no creo tampoco que me dejen abandonar esta ciudad, antes de la encuesta y las investigaciones sobre la muerte de Dolly.

—Eso se arreglaría de un modo u otro, Frank...

—No, tío. No aceptaré. Si no puedes concederme una ayuda diferente, pongamos por caso con un pequeño préstamo en metálico que yo te devolveré en breve, vale más no intentar nada.

—¿Dinero? El de tu padre es intocable, ya lo sabes. Pero puedo darte de mi peculio particular —buscó en su bolsillo, y hundió unos billetes verdes y crujientes en el bolsillo del joven—. ¿Podrás defenderte de momento con tres mil dólares, Frank?

—Creo que sí, tío —le miró, sonriente, con un guiño afectuoso—. Gracias. Eres el mejor de la familia. Pero conste que es un préstamo, y te será devuelto en breve.

—Está bien —rio el hombre—. Si eso alivia tu conciencia y tu orgullo, de acuerdo.

—Tal vez este dinero haga cambiar un poco mi suerte. Tengo el presentimiento de que será así...

* * *

Los presentimientos de Frank tenían la singular cualidad de cumplirse las más de las veces.

Hasta aquel día no había oído hablar de un tal Marty F. Benson. Sin embargo, fue el hombre que cambió su suerte.

Se presentó en el «Hotel Pacífico», cuando estaba cenando con su tío Edwin, y charlaban ambos alegremente. Su figura, no muy alta, pero fornida, llena de vitalidad y de personalidad arrolladora, surgió junto a Frank, preguntando suavemente:

—Ustedes perdonen, señores. Creo que tengo el honor de hablar con Frank Cummings, ¿no es cierto?

Frank alzó los ojos, intrigado. Se encontró con una mirada muy azul y muy vivaz, que le estudiaba con penetrante fijeza. El hombre vestía pulcra y sobriamente. No lucía joyas de ninguna especie en sus

cortas y velludas manos de romos dedos.

—Yo soy —admitió el joven—. ¿Y usted, caballero?

—Marty F. Benson —sonrió el desconocido, como si eso lo dijera todo. Y añadió—: Productor.

—¿Productor? Frank enarcó las cejas—. Jamás oí hablar de usted.

—Es fácil —afirmó el otro—. Aún no he producido ninguna película.

—Oh… —el escepticismo del tono de Frank pareció ofender al recién llegado.

—Espere, Cummings —cortó, con un ademán enérgico, lleno de autoridad—. No soy un soñador ni un palurdo en busca de la ruina. Soy hombre de negocios, soy un hombre que se cree capaz de hacer algo en una industria donde los productores esperan que los triunfos les vengan a las manos. He medido mucho este paso, Cummings. Llevo en Hollywood seis semanas, nadie sabe lo que hago aquí, quién soy ni lo que pienso hacer, pero yo sé quién es cada uno, lo que es capaz de hacer y lo que yo sacaría de él. ¿Les aburre mi charla tal vez?

—No —Frank le miró con hondo interés. Aquel hombre tenía magnetismo, algo que convencía—. Si ha de contarme más cosas, será mejor que se siente.

—Encantado —asintió Marty F. Benson, ocupando una silla entre ambos. Frank le presentó a su familiar, y tras saludarse cordialmente, el desconocido continuó—. Me ha costado algo dar con usted. Por fin, alguien me dijo que se alojaba su familiar en este hotel y creí factible hallarle, como así ha sido. Yo busco mis propias estrellas, y sé que esa es la forma de hacer algo grande. Mi proyecto es ambicioso. Una película grande, sensacional, capaz de elevar a estrellas a muchas figuras, y de hacer resurgir el brillo de otras olvidadas.

—¿Cómo yo? —sonrió irónicamente Frank.

—Usted no está olvidado. Solamente postergado. Yo le volveré al primer plano.

—¿Contra las grandes productoras que se enfrentarán a usted en el acto? ¿Contra los productores, directores y magnates de la industria que tratarán de aplastarle?

—A Marty F. Benson nadie le aplasta —y la afirmación sonó a petulante—. Tengo muchos más millones que la mayor parte de esos pretendidos magnates juntos.

—¿De veras? No da esa impresión. ¿Los heredó o los ganó en el juego?

—Los gané con algo más duro, pero más productivo: el petróleo. Soy inmensamente rico, y espero serlo aún más. He visto todas sus películas. Usted es el galán que necesito, Cummings. Acepte mi

contrato y será el primer actor de Hollywood otra vez.

—¡Cielos! ¿Y viene a decirme eso? —Frank parpadeó, riendo—. ¡Parece una fantasía!

—No lo es. Piénselo bien, Cummings —el hombre se levantó—. No tengo tiempo que perder. Mañana, le espero en los edificios de la antigua compañía «Invicta Films».

—Esa casa quebró, vendieron los Estudios a un loco desconocido.

—Eso es —rio Marty F. Benson, antes de retirarse—. Yo soy ese loco desconocido...

Se alejó por el comedor. Dos mesas más allá, se detuvo, volvióse de nuevo a Frank y le espetó:

—¡Ah, Cummings! Necesito una chica nueva, un rostro interesante y que sepa expresar algo. Pero no una «starlett» llena de curvas, ¿me entiende? Si conoce a alguna, llévela con usted. ¡Hasta mañana, Cummings!

—Eh, pero... —Frank se detuvo. Marty F. Benson ya no le oía. Musitó, asombrado—. ¡Cielos, qué hombre!

—Nervio, fibra, vitalidad y fortuna —masculló Edwin James—. Todo un tipo, Frank. Estoy seguro de que es todo lo rico, loco y resuelto que parece. ¿Vas a ir allí?

—¿Y por qué no? Es como frotar la lámpara de Aladino y salir un Genio ofreciendo la fortuna y el bienestar. Nadie puede rechazarlo, tío Edwin.

—Bien —suspiró su pariente—. Eso quiere decir una cosa: Frank Cummings, decididamente, no quiere volver a Arizona. Continúa en Hollywood, la ciudad de los sueños...

—Me temo que sí. Ya lo ves; no se puede ir contra el Destino.

—Sí, lo veo. Quiera Dios que no te equivoques en la elección, hijo...

Capítulo V
LA «DOBLE»

—¿La señorita Moore? —el conserje de la «Residencia Culver» se rascó sus escasos cabellos, alzando para ello la gorra de plato galoneada —. Espere... ¿a dónde le oí decir que iba? Estaba tan contenta que lo iba gritando a los cuatro vientos... ¡Ah, sí! La encontrará en los Estudios de la «Continental Pictures».

—¿Eh? ¿Allí? —Frank se estremeció—. ¿Ha ido a pedir trabajo a esa gente?

—No, no. Creo que la llamaron para una prueba. Iba radiante, y decía que el propio señor Cranston la había hecho llamar...

Frank no preguntó más. Voló escaleras abajo, brincó al interior de su coche y se lanzó hacia los Estudios de Howard Hobbs. No le gustaba aquello. Había albergado la esperanza de que Jane Moore, su encantadora vecinita, estuviera en casa. Una prueba con Hobbs y Cranston, cuando era para una chica joven y atractiva, siempre suponía peligro... Para la joven, naturalmente.

Alcanzó los grandes edificios de la productora. Todavía era allí lo suficientemente conocido como para serle concedido el paso al interior por el agente de la entrada. Después de siete años allí dentro, como figura de la productora, todos le conocían y apreciaban. Todos, menos Hobbs y Cranston.

Había una edificación cubicular a la derecha, donde estaban instaladas las oficinas de producción, el estudio especial para pruebas y el despacho de los grandes magnates y socios de la «Continental», el productor Howard Hobbs y el director Milward Cranston.

Frank Cummings se lanzó en derechura a ese edificio, cruzó la amplia puerta encristalada y ascendió por unos escalones de esponjosa alfombra hasta un corredor pulcro, frío y sin alma, a cuyos lados se abrían innumerables puertas. Todas ellas con unas cifras cromadas rotulándolas.

Frank se detuvo ante la puerta que, bajo el número siete, anunciaba: «MILWARD CRANSTON. PRIVADO». El joven actor hizo caso omiso de esa prevención.

Empujó la puerta y se encontró en una salita repleta de mecanógrafas, eficientemente sentadas todas ante sus máquinas de escribir, provistas todas de gafas, y también por sorprendente coincidencia, rubias todas y muy llenas de curvas todas. Frank las miró

y ellas le miraron como a un bicho raro. El joven hizo una mueca y avanzó por entre la doble hilera de máquinas y dactilógrafas. Una de ellas se incorporó cerrándole el paso. Era la más autoritaria, al parecer. Lucía blusa negra, como todas las demás, y cuanto puede resaltar una blusa negra endemoniadamente pegada a la piel.

—Oiga, señor Cummings, usted ya no pertenece a esta empresa —le advirtió secamente—. Está prohibido entrar aquí sin ser previamente llamado y...

—¡Al diablo con las prohibiciones de Cranston y compañía! —gruñó Frank, arrojándola a un lado sin muchos miramientos, y entrando por otra puerta vidriera situada al fondo, donde se repetía el «Prívate». Una dama alta, espigada, igualmente rubia e igualmente opulenta, dejó de subirse una media y le miró insolente. Evidentemente, sus gafas no eran necesarias, porque las tenía sobre la mesa y ni siquiera pareció recordarlas. Miró fríamente a Frank y ordenó con aspereza:

—Salga inmediatamente de aquí, Cummings. El señor Cranston no recibe. Además, está ocupado en estos momentos.

—Lo sé, encanto —avanzó Frank como una tromba. La rubia, con el rango de «secretaria» figurando en una placa cromada sobre su mesa, quiso impedirlo, y se encontró sentada en su silla, con las piernas por alto.

Frank alcanzó la puerta realmente «privada» de Cranston cuando la oxigenada movía frenéticamente el botón del interfono. Pero solo pudo gritar por él un «¡Señor Cranston...!», lleno de apremio, antes de que Frank, con el mechón rebelde de su cabello barriéndole la frente, las piernas muy abiertas y los brazos extendidos a los costados, miraba belicosamente al interior del despacho particular del famoso director.

Cranston dejó en el acto la interesante tarea de acorralar a la desdichada Jane Moore contra un rincón del despacho, para volverse airadamente y clavar sus duros y centelleantes ojos oscuros en el intruso. Cranston era un hombre adiposo, calvo y repulsivo, con facciones porcinas que ocultaban muchas veces su astucia de bribón taimado. Era un dios en el mundo del celuloide y tiranizaba a sus vasallos cuanto le era posible, aprovechándose de esa circunstancia de privilegio.

—¡Frank! —gritó Jane, abriendo unos ojos como platos—. ¡Frank, no debes...!

—¡Cummings, fuera de mi despacho en el acto! —rugió Milward Cranston, temblándole las fofas carnes bajo el efecto de la ira—. ¡Le va a costar muy caro esto...!

—Maldito sucio y repugnante Cranston —silabeó Frank,

avanzando en derechura hacia el magnate de Hollywood—. Esa es su cobarde técnica. Una mujer es algo indefenso en su cubil… ¿verdad, gusano? Muchas, ni siquiera le darán trabajo, porque están dispuestas a pagar a alto precio el verse en una prueba de fotogenia. Y las que, como esta muchacha, resisten su impudicia, no tienen nada que hacer en Hollywood.

—Frank, no debiste intervenir —musitó ella—. Esto pude haberlo resuelto yo… Ahora, difícilmente encontraré oportunidades.

—¿Llamas a *esto* una oportunidad? —Frank se aproximó a ella y la tomó por un brazo—. Vamos, pequeña… Esto huele a podrido, y podríamos infectamos.

—¡Cummings, usted saldrá solo de aquí! —aulló Cranston, belicoso —. ¡Ella se queda para la prueba, y nada tiene que temer!

—¿Con usted? Jamás he visto a una mosca sin peligro junto a una araña. Andando, Jane.

La puerta de la oficina se abrió, y la rubia secretaria apareció en ella. Al mismo tiempo, Cranston se abalanzó sobre Frank, espumeando de ira sus pálidos labios.

Fue como si una catapulta le rechazara. Al chocar con el puño macizo de Cummings, la mole de carne reculó, derribando una pesada silla en su trayectoria. Su impacto en la pared fue tal, que un gran marco, encuadrando una impresionante fotografía de Howard Hobbs, presidente de «Continental Pictures», se desprendió, golpeando al director en la cabeza, y estrellándose luego en tierra, con estrépito de vidrios.

Frank, arrastrando tras de sí a la asustada Jane, salió del despacho. La rubia se echó a un lado, mirándole con temor. Igual ocurrió en la sala de las mecanógrafas, donde una doble hilera de rostros perplejos les vieron cruzar raudamente.

—¿Qué ocurrió exactamente con ese cerdo de Cranston, Jane? —preguntó Frank, mientras ambos cruzaban a grandes zancadas el amplio patio de la productora.

—Fue tan inesperado, Frank… Se había portado muy correcta y educadamente desde entonces. Decía que admiraba mis facciones, y que al ver mi fotografía en la ficha, había pensado que era yo la más indicada para papel importante en la próxima producción de la «Continental», «El Gran Escipión». Por eso me citaron aquí, y por eso acudí. De pronto, ese horrible gordo perdió la razón al parecer, y se abalanzó sobre mí, con una expresión espantosa. Me hizo las promesas más desorbitadas, y al rechazarle yo, trató de destrozarme las ropas, poseído de una furia que no comprendo cómo le invadió…

—Lo comprenderías si supieras la clase de tipo que es Cranston… y

te miraras tú en un espejo, Jane.

Ella se ruborizó al comprender lo que Frank le sugería. Pasaron frente a un grupo de extras que paseaban era un descanso del rodaje, frente a uno de los Estudios. Técnicos y actores formaban otro grupo aparte, charlando animadamente.

—¡Ese hombre! ¡No le permitan salir! —aulló una voz estridente a sus espaldas—. ¡Me ha atacado, me ha golpeado en mi propio despacho…!

Frank y Jane se volvieron a medias. El gordo y viscoso Cranston gesticulaba, rojo de ira, en la puerta de las oficinas. Los extras, actores y técnicos, miraron curiosamente, sin acabar de comprender. Hicieron un gesto de avanzar hacia los que se marchaban, pero al reconocer a Cummings, optaron por seguir quietos, convencidos de que no se trataba de ningún atraco o cosa por el estilo, sino de una cuestión personal entre el actor y el director.

El guardia de la puerta de los Estudios, se quedó perplejo, sin saber qué hacer. Entonces penetró por la puerta un largo, centelleante coche verde y blanco, con matrícula de San Francisco. Era el «Cadillac» descapotable que Frank viera detenido ante el *bungalow* de Dolly, la noche del crimen.

Cranston arreció en sus gritos, y los dos ocupantes del coche saltaron a tierra, lanzándose hacia Frank y su compañera velozmente. Cummings pudo reconocerles en el acto: eran el enjuto y elegante Howard Hobbs, y su inseparable guardaespaldas, un tipo macizo, con aire de boxeador profesional y también de pistolero, llamado Butch Reel.

—¡Deténgase o le pesará, Cummings! —ordenó rudamente Hobbs.

Frank obedeció. Los dos hombres llegaron ante él. Butch hundía significativamente su mano derecha en el bolsillo de la amplia americana de sport, excesivamente guateada. La expresión del afilado rostro de Hobbs era dura y vidriosa.

—Me gusta encontrarle aquí, Cummings —silabeó Hobbs fríamente—. Cuando Butch acabe con usted, pocos van a reconocerle. Eso le enseñará a no entrometerse más en los asuntos ajenos… Vamos, venga conmigo. Usted, señorita, puede marcharse.

—Tendrán que retenerme a tiros —sonrió Frank como un lobo, achicando sus ojos helados, fijos en Butch—. Y no creo que su *gangster* particular se atreva a tanto aquí.

—A lo mejor me atrevo —rio bestialmente Butch, en acecho.

—Bien. Vamos a verlo —Frank se irguió. Sin soltar a Jane, comenzó a avanzar. Hobbs se le cruzó, cerrando el paso. El joven actor escupió las palabras—: ¡Apártese, Hobbs, o lo sentirá!

El productor vaciló. Algo, en los ojos gélidos de Frank, le dijo que era un hombre peligroso el que tenía enfrente. Demasiado parecido a los duros y violentos personajes que interpretaba ante las cámaras. Finalmente, se echó a un lado. Fue Butch ahora el que se cruzó, con la mano en el bolsillo y una expresión homicida en el rostro.

Los extras y demás personal del Estudio, a alguna distancia de la escena, contemplaban esta, intuyendo que algo anormal ocurría entre los cuatro personajes.

—A mí no va a apartarme tan fácilmente, Cummings —dijo el guardaespaldas fríamente—. Vamos, dé un paso más y verá...

Frank lo dio. Rápido, Butch alzó su mano izquierda abierta, soltando un golpe de través al cuello de Cummings. Era un perfecto impacto de luchador oriental, pero tropezó con la gran sorpresa.

Convertido en un repentino manojo de nervios y músculos, ora tensos, ora disparados como muelles de flexible acero, Frank Cummings no solo frenó el golpe de refilón, sino que aferró con dedos metálicos y duros la muñeca poderosa de su contrario, aprovechó la propia fuerza de Butch en su favor, como experto en *judo* que era, y lo volteó aparatosamente, sintiendo el chasquido de sus huesos al estrellarse en forma brutal contra el suelo del gran patio.

Hobbs juró entre dientes, cuando su esbirro se quedó tendido, contraído el rostro por el dolor y la sorpresa de su derrota. Una chata pistola automática empavonada rodó fuera de la chaqueta del guardaespaldas. Aún retorcido y humillado, Butch estiró la mano derecha para asir el arma. El pie de Frank se apoyó sobre sus dedos, mientras la mano de Frank tomaba la pistola.

—Lo siento, hermano —silabeó el actor—. Yo también sé defenderme de las ratas...

Empuñó el arma, y la hizo girar sobre su dedo índice, antes de guardarla. Sereno, fijó sus ojos en Hobbs y masculló con voz áspera:

—Esto hubiera querido evitarlo, Hobbs. No me gustan las violencias. Pero si ustedes juegan sucio, me encontrarán dispuesto a replicar igual. Soy tan duro como ustedes, aunque no tenga su fuerza económica. De modo que no se confíen demasiado...

—Le hundiré, Cummings, aunque tenga que poner todas mis fuerzas en ello —rugió roncamente Hobbs, lívido y estremecido de odio—. Demostraré que usted asesinó a Dolly Dawns. ¡Porque sé que lo hizo! Y cuando le vea en la cámara del gas, seré feliz...

—Tenga cuidado no sea usted quien caiga en ella. Aún no he abandonado una idea que se me ocurrió anoche: ¿no mataría usted a Dolly, y volvió después, pensando que me encontraría allí, ingenuamente, acompañado de su cadáver? Hubiera sido un juego

bonito y fácil, ¿verdad, Hobbs?

El productor no contestó. Rechinó los dientes, achicando las pupilas. Frank rio entre dientes y, sin soltar a la atónita Jane, caminó hacia la salida. Nadie le interceptó el paso. El policía de los Estudios miró a Hobbs, como esperando instrucciones. Y respiró aliviado al ver que esas instrucciones no llegaban. En vez de eso, Hobbs soltó un brutal puntapié a su esbirro caído en tierra, y avanzó hacia las oficinas, donde Cranston permanecía como alelado por el curso de los acontecimientos.

Al otro lado del patio, los extras y actores se apresuraron a regresar al Estudio, entre un mosconeo intenso de comentarios.

Una vez en el exterior de los Estudios de la «Continental», Frank hizo subir a su coche a la atemorizada Jane, y él se dispuso a acomodarse a su lado. Frente a ellos, en la curva de la amplia autopista, una enorme, gigantesca figura multicolor de Dolly Dawns en *bikini*, anunciaba su más reciente película, próxima a estrenarse. «La voz de oro» era la nueva superproducción de la «Continental», que una gala inmediata ofrecería a Hollywood. Frank se preguntó si la muerte violenta de la estrella arruinaría el film o le daría más publicidad. En el cine, negocio de verdaderos locos, eso nunca se sabía.

—Dios mío, Frank, en un momento has hecho el mayor cúmulo de disparates que puede imaginarse —musitó Jane, estremeciéndose—. Has pegado al director más célebre de Hollywood, has allanado los Estudios violentamente, insultando a todos, me has estropeado mi primera oportunidad grande, y por añadidura has desafiado a Hobbs, pegado a su guardaespaldas y le has desarmado, corriendo peligro de muerte. ¿Eres un loco o un héroe?

—No lo sé a ciencia cierta, pero tenía que hacerlo —Frank puso el coche en marcha—. Por tu oportunidad no te preocupes. Creo que tengo algo mejor para ti.

—¿De veras? —se animó ella, abriendo mucho los ojos—. ¿Dónde?

—Ahora lo verás —condujo velozmente. La gran figura de Dolly seguía ante él, irguiéndose como un fantasma inanimado—. Vas a conocer al hombre más notable de Hollywood.

—¿A quién? ¿A Samuel Goldwyn, a Mike Todd o a Cecil B, de Mille?

—No es ninguno de ellos, pero creo que reúne en una sola persona algo de cada uno de esos superhombres del cine que tú has citado. Se llama Marty F. Benson y será alguien en la industria de Hollywood. Ya lo verás, Jane.

Ella asintió, esperanzada. Su mirada se fijó en el pasquín de Dolly. Respiró hondo.

—Dios quiera que todo salga bien. Y que algún día pueda verme ahí, con un anuncio como ese. Triunfadora, en la cúspide...

—Pero no con un fin como el de Dolly —añadió secamente Frank. Miró también la sonrisa estereotipada de la infeliz estrella reproducida en la carretera—. «La voz de oro». Fue su última película. La vida de una famosa cantante moderna. Tal vez fue lo mejor que interpretó. Y, por paradoja, no volverá a actuar jamás.

—Bueno, yo nunca podré interpretar una cantante —rio Jane infantilmente—. No tengo voz para cantar, ni mucho menos.

—Dolly tampoco —sonrió Frank, distraído—. Sus canciones las doblaba una cantante de club nocturno con una voz casi igual a la de Dolly. El efecto en la película es perfecto, y...

De repente se detuvo, con la boca abierta y mirada vidriosa fija en la imagen de Dolly. Jane se alarmó. Más aún al verle frenar en seco, con un chirrido estridente de frenos.

—¡Frank! ¿Qué ocurre? —preguntó, preocupada.

—*Una voz casi igual a la de Dolly*... ¡Una *doble*! —jadeó Cummings, excitadísimo.

—Frank, no te entiendo una sola palabra...

—¿Es que no te das cuenta? —se volvió vivamente a ella—. A mí me llamó Dolly por teléfono, cuando hacía casi una hora que había muerto...

—Sí, lo dice la Prensa, sin concederte el menor crédito.

—¡Esa es la explicación! Creí que era Dolly... porque la imitaron perfectamente. Se trataba de hacerme caer en una trampa, y dos factores les fallaron: el primero, no dar conmigo a la hora en que esperaban atraerme con éxito total, recién muerta Dolly. El segundo, que yo no esperé allí, sino que hui apresuradamente de la casa, antes de ser sorprendido con el cadáver. ¡Tuvo que ser esa «doble» de Dolly la que hizo la imitación!

—Pero, Frank, eso significaría ser cómplice en un crimen...

—Posiblemente lo sea... o tal vez se limitó a hacer lo que creía una broma alegre.

—Pero ahora, sabiendo que Dolly fue asesinada... ¿seguirá pensando en una alegre broma sin importancia? —sugirió agudamente Jane.

—No, no lo pensará —Frank aceleró repentinamente la velocidad del coche, cogiendo por sorpresa a Jane—. ¡Y eso es precisamente lo que me preocupa!

Se lanzó como una flecha a través de la ancha cinta asfaltada. Jane exclamó:

—¡Frank! ¿Qué es lo que piensas hacer? ¿A dónde vamos ahora?

—En busca de Lucy Wagner, cantante de *night-club.* Benson y sus pruebas cinematográficas, pueden esperar. Pero la vida de una persona, no...

Y, sin aclarar más, se lanzó a una velocidad suicida hacia el centro urbano.

* * *

El gerente del «Glass Club» era un hombre menudo, delgado y nervioso, de ropas singularmente arrugadas, cabello grasiento y voz apagada. Se llamaba Tony, y escuchó con interés a Frank. Finalmente, movió de forma negativa la cabeza.

—Lo siento, amigo. Le conozco bien por el cine, y sé que nuestra cantante, Lucy Wagner, prestó su voz a Dolly Dawns en una película. Esperaba que eso fuera una buena publicidad para nosotros, pero anoche no se presentó a actuar, y tampoco lo hará hoy.

—¿Por qué? ¿Está enferma?

—No. Vea esto, amigo —hurgó en un revuelto escritorio durante largo rato, y al fin alzó una tarjeta de vista, que tendió a Frank—. Llegó anoche, a la hora de su actuación. Lo trajo un recadero que no pudo dar referencia alguna del remitente.

Cummings cambió una rápida mirada con Jane y tomó la pequeña cartulina. En ella estaba impreso un nombre y una dirección de Santa Mónica: «Lucy Wagner, Wester Beach, número 1399». A mano, rápida y resueltamente, una letra femenina rezaba:

> «Tony, lo siento. Pero un urgentísimo asunto familiar me hace ausentarme repentinamente. Volveré pronto y te indemnizaré debidamente. Perdóname, amigo.
>
> »*Lucy*».

—¿Es su letra? —preguntó Frank, devolviéndole la tarjeta.

—Sin duda alguna —rio Tony—. ¿Por qué no había de serlo?

—Por nada. ¿Cuál fue, pues, su última actuación aquí?

—Anteayer, miércoles, como cada noche. Termina sus números a las doce en punto.

—Las doce en punto... y no ha vuelto por aquí.

—Exactamente. ¿Cree que hay motivos para inquietarse?

—Me gustaría que no los hubiera, Tony. Pero no puedo asegurarlo.

Dejando al gerente del «Glass Club» hondamente preocupado, Frank y Jane salieron a la soleada calle. La luz arrancó dorados destellos a la cabellera rubia de la joven. Frank se sustrajo a su contemplación. Le gustaba el rubio natural, sin oxigenación. Y el de

Jane lo era, no como el de las rubitas hollywoodenses, hechas en serie. Pero más hondas preocupaciones que un simple tono de pelo le embargaban ahora.

—Frank, aún no entiendo nada de lo que estamos haciendo... —protestó Jane.

—Lo entenderás más tarde —suspiró él—. Esto cada vez toma un tinte más feo...

—Pero, Frank, si tratas de investigar el crimen, ¿no crees que es cosa de la policía y no tuya?

—La policía no me hará el menor caso en mi historia, si no presento pruebas. Y Lucy Wagner es mi prueba. Estoy seguro de que ella fue la voz del teléfono. Si es así, ella sabe quién mató a Dolly... porque prestó su complicidad al culpable, tal vez sin sospecharlo siquiera. Cuando dé con ella y le haga confesarlo, la policía dejará de sospechar de mí, Jane.

—¿Y dónde esperas encontrarla, en ese caso?

—No lo sé. Ante todo, iremos a su casa.

—¿Su casa? ¿Sabes dónde vive?

—Acabo de leerlo en esa tarjeta: Western Beach, 1399, Santa Mónica.

—¿Vienes?

—Eres un ser tan notable, Frank, que sin saber por qué, ando detrás de ti como una sombra, aunque nada de esto me afecta, ni siquiera lo entiendo —dijo ella, sonriente—. Tal vez lo haga porque sé que te interesa a ti. Adelante, Frank, tú mandas...

—Jane, eres la mujer más adorable del mundo... —y puso en marcha el coche de nuevo.

* * *

Una serie de edificios, ya con el mar a sus espaldas y unas playas desiertas, alejadas de la zona urbana, formaban la Western Beach. Soplaba un aire húmedo y salobre, y el lugar no parecía el más apropiado para una famosa cantante de club nocturno recientemente incorporada al cine.

Caminaron por una calzada llena de arenisca que hacía chirriar al pisarla. Unos niños jugueteaban con una pelota en un claro, y un mozalbete dormitaba junto a un surtidor de gasolina en torno al cual la arena formaba montones reducidos.

Frank lo comprendió todo cuando, a sus insistentes llamadas en la puerta de la vivienda número 1399, herméticamente cerrada, acudió una mujer en la puerta inmediata. Les miró con curiosidad y habló

desabridamente:

—La señorita Wagner ha debido cambiarse ya de domicilio. Esta es la casa que ocupaba antes de alcanzar notoriedad. Después alquiló una residencia en Sunset, y ahora únicamente venía por aquí de vez en cuando, para mantener sus cosas en orden, sin duda.

—En la tarjeta que me dio indica esa dirección, señora —observó Frank, con una sonrisa simpática—. Y data únicamente de anteayer.

—Seguro —rio la señora, igual que una gallina clueca—. La señorita Wagner creo que utilizará toda su vida esas mismas tarjetas. Han venido un sinfín de personas en su busca hasta aquí, en los últimos meses. Todos decían lo mismo. Por cierto que hace ya tres o cuatro días, un camión de mudanzas se llevó sus cosas. No creo que vuelvan a verla por este barrio. Ya no le corresponde a su categoría.

Había su porcentaje de envidia en lo que les era referido, pero Frank lo pasó por alto. Iniciando el retroceso por los escalones del desvencijado porche de tablas, todavía insistió:

—¿Y no sabe usted exactamente la dirección de esa muchacha en Sunset? Soy abogado y traigo para ella una citación oficial muy importante. Necesito dar con ella.

—Pues no puedo aclararle más —la mujer se encogió de hombros —. Vaya al club donde trabaja y tal vez dé con ella antes que por aquí. Buenas tardes.

—Adiós, señora, y gracias —dijo Cummings con agradable tono.

Iban a retirarse ya, cuando la mujer se detuvo, a la puerta de su vivienda, pareció dudar y se volvió, explicando:

—No sé si debo decírselo o no, pero anteanoche debió de venir ella por aquí.

—¿Está segura? —la voz de Frank sonó tensa. Pero apenas fue un segundo. Luego, procuró infundirle la mayor dosis de naturalidad posible—: Quiero decir, ¿por qué cree eso?

—Vi luz en una de las ventanas —señaló a la casa con el pulgar, descuidadamente—. Y juraría que oí voces. La de ella y otra... posiblemente un hombre. Siempre eran hombres sus visitas.

Evidentemente, para oír tanto, era preciso pegar mucho el oído. Pero a Frank eso no le preocupaba. Por el contrario, podía aportar datos interesantes. Se acercó a la mujer.

—¿A qué hora sería eso? ¿Después de las doce tal vez? —apremió.

—Oh, seguro. Pero no mucho después. Sería entre doce y una, estoy segura. Tal vez poco después, pero no mucho. Oiga, para ser abogado, pregunta usted muchas cosas que no parecen tener interés legal, señor...

—Es... es que me interesaba la cuestión —raudo, recogió velas ante el recelo de la vecina—. También buscó a su amigo, el que más veces la

ha visitado últimamente.

—¡Oh! ¿El señor Adams? —saltó prestamente la mujer—. Siempre me pareció un tipo raro y poco recomendable, por muy familiar de los grandes del cine que sea.

—¿Oswald Adams? —Frank se puso rígido. No esperaba aquello; pero debía fingir que era algo natural y lógico. Asintió en el acto—. Sí, no es precisamente todo un caballero. Pero no les busco por nada feo e ilegal. Son simples trámites de un pleito, señora. Claro que me ayudaría si supiera que la voz de hombre que oyó anteanoche era precisamente la de Oswald Adams...

Ella denegó, tras un silencio. Volvía a mostrarse desconfiada y no lo ocultó.

—No sé, no puedo asegurar eso. Tal vez lo fuera, tal vez no. Le he dicho todo lo que sé, señor. Tal vez demasiado. Buenas tardes.

—Buenas tardes —pensativo, Frank la vio desaparecer en la vivienda. La despedida de la mujer le hizo mirar el reloj y comprendió que era exacta. Sin advertirlo, sin probar bocado, había llegado a la una de la tarde. Sintió un cosquilleo en el estómago; pero aún quedaban muchas cosas por aclarar que le intrigaban. Miró a Jane, pensativo, y comentó—: Vaya... Conque el cuñadito metido en líos con Lucy Wagner...

—¿Qué cuñadito, Frank? —se interesó Jane.

—El de Howard Hobbs en persona. Un *gigoló* sin oficio ni beneficio, que anda enredado con una actriz pelirroja, Claire Buster. También tiene tiempo libre para Lucy, por lo que se ve. ¿Pero dónde mil diablos andará la muchacha?

—No tengo la menor idea, Frank —Jane sollozó—. Pero sí sé una cosa: tengo hambre.

—Yo también —rio Frank alegremente—. Vamos ya. Tal vez esté haciendo una montaña de un grano de arena, pero...

Se dirigieron hacia el coche con calma. En el momento en que iban a entrar en él, un automóvil cerrado, con el distintivo de la Compañía Telefónica, dobló la esquina inmediata y se detuvo frente a la vivienda número 1399. Frank lo advirtió por el espejo retrovisor. Miró a Jane y susurró:

—Espera un poco...

—¿Pero qué ocurre ahora, Frank? Tú no eres policía, no puedes husmearlo todo.

Sin responder, Cummings observó el automóvil de Teléfonos. Descendió de él un empleado, que llegó hasta la casa y llamó. Lo hizo insistentemente. Al no responder nadie, se encogió de hombros y volvió al coche, La mujer de la casa vecina no apareció.

El empleado de la Telefónica habló con su compañero al volante. Este se inclinó a recoger una herramienta y, juntos, avanzaron ahora hacia la casa. Frank les vio manejar la herramienta en el cordón del tendido telefónico.

—¿Te interesan los trabajos de los empleados telefonistas? —rio Jane.

—Mucho. Sobre todo, cuando ese trabajo indica ciertas cosas interesantes, sin necesidad de palabras.

—No te entiendo.

—Es muy fácil —les siguió con la mirada cuando maniobraron con el coche, haciéndolo girar en la calle, con gran chirrido de las llantas sobre la arenisca, y prosiguió, como expresando sus pensamientos en voz alta—: Una vez, abandonamos Dolly y yo nuestro *bungalow*, dejando por error el teléfono descolgado. Nuestra doncella también venía con nosotros. Al estar la casa sola, nadie reintegró el auricular a la horquilla, y la Compañía debió investigar la razón de que aquel número comunicara siempre. Cuando volvimos, unos empleados habían hecho esa misma operación en nuestro tendido, para desconectar el aparato inútil. ¿Entiendes ahora?

—Creo que sí. Lucy Wagner dejó descolgado su teléfono. Cómo te ocurrió a ti.

—No me gusta esto, Jane. No sé por qué, pero no me gusta... —resueltamente puso el coche en marcha.

Jane suspiró, retrepándose en el asiento.

—Al fin, Frankie. Pensaba que no íbamos a ir nunca a comer.

Pero en el acto sufrió una tremenda desilusión. Porque el coche arrancó, abandonando la zona de edificios costeros... para penetrar por una calleja situada más arriba, llegar hasta la playa misma, a espalda de los edificios, y avanzar unas yardas sobre la arena, hasta detenerse en un punto oculto a los vecinos de la casa de Lucy. Frente a ellos, el mar se estrellaba con manso oleaje en la costa arenosa.

—¡Pero, Frank! —gimió—. ¿Y ahora qué se te ha ocurrido?

—Entrar en esa casa —fue la sencilla respuesta.

Logró su propósito con mucha más facilidad de la que cabía suponer. Caminó agazapado hasta el muro posterior del 1399, y una vez en él, tanteó las ventanas.

Estaban cerradas, pero una carecía de vidrio, y no tenía postigos echados. Solo una espesa cortina la cubría al otro lado. Pasó la mano, accionando la falleba y, saltando por encima del alféizar cuajado de polvo arenoso, se encontró en una habitación oscura, con fuerte olor a humedad. Se asomó, silbándole a Jane, que se apresuró a reunirse con él, siendo auxiliada a entrar también en la vivienda.

—¿No nos pueden encarcelar por allanamiento de morada? —susurró ella.

—Pueden, pero no creo que lo hagan —rio Frank en la oscuridad—. Ahora, silencio.

Avanzaron, habituándose sus ojos a la penumbra de la casa. No corrieron la cortina de las ventanas, y se limitaron a salir de la estancia por una puerta que les condujo a un pasillo oscuro y lóbrego, aunque parecía pulcro y bien cuidado.

El pasillo terminó en un *living*, junto al cual se veía abierta la puerta de una cocina de blancos baldosines y hornillo de gas. La mirada de Frank fue directamente a un aparato telefónico de pared. El auricular colgaba como un péndulo inerte, por el hilo que le retenía al resto del aparato. Solo llegaba a ellos el ruido del oleaje en la playa.

Entonces, Jane chilló. Tan viva y estridentemente, que dejó helado a Frank por el momento. Después pudo reaccionar y lanzarse sobre ella, tapándole con energía la boca para ahogar el grito.

—¡No seas insensata, Jane! —susurró—. ¡Pueden descubrirnos aquí por ese chillido!

Pero Jane no parecía escucharle. Tenía los ojos fijos, desorbitados, en algo situado a espaldas de Frank, dentro de la cocina. El joven actor se volvió vivamente, y pudo ver lo mismo que veía ella. Le costó trabajo no unir su voz a la de ella.

Había visto actuar alguna vez a Lucy Wagner. También se cruzó con ella en dos o tres ocasiones, mientras «doblaba» ante el micrófono el «play-back» de las canciones de Dolly. Pero verla así era algo radicalmente distinto.

Estaba como acurrucada entre la nevera y la pila de lavar platos, apoyando el cuerpo en la pared. Su rostro, tirante, de un blanco amarillento y horrible, era una máscara helada, rígida, desde hacía ya muchas horas. Los miembros envarados y fríos parecían artificiales, en vez de humanos.

Quizá en aquella escalofriante visión, lo más espantoso fuera la ancha grieta roja, seca, que se abría sobre su seno sin ropas.

Por esa grieta mortal asomaba el mango de unas anchas tijeras de cocina.



Saltando por encima del alféizar...

Capítulo VI
TELA DE ARAÑA

—Vamos, vamos, has de tener serenidad, Jane. ¡Es preciso! —apremió, en susurros, la voz tensa de Frank Cummings—. Si nos oyen, si esa chismosa vecina advierte algo sospechoso y avisa a la policía o a sus familiares y nos sorprenden aquí dentro, con otro cadáver en mi compañía, va a costarnos mucho más salir del atolladero. Viva, Lucy Wagner me valía de mucho. Muerta, no vale para mí ni un centavo. Es más, Jane, si logran hacerles recordar la voz de la llamada nocturna al telefonista, y este jura que era la de Dolly Dawns, la muerte de Lucy significará para el sargento Milburn que yo utilicé su parecido vocal con Dolly para crearme una coartada... y luego vine a asesinarla para silenciar su colaboración. Que es exactamente lo que ha hecho el asesino, pero no yo. La señora de al lado no tendrá inconveniente en echamos la losa encima también.

Mientras Frank hablaba, rápida y ardientemente, con la trémula boca de Jane amordazada por su fuerte mano, la muchacha se iba serenando, tratando de sobreponerse a la espantosa experiencia sufrida.

Al fin asintió con un movimiento vacilante de cabeza y Frank retiró la mano. Los ojos de Jane estaban cuajados de llanto, y temblaban sus labios espasmódicamente. Su faz tenía un color casi igual al de la piel de la muerta.

—Sí, Frank, trataré de ser valiente —dijo, con un hilo de voz—. Pero no es fácil...

—Lo sé —miró a la bella cantante asesinada y se estremeció—. Esa desdichada lleva ahí más de treinta horas, si no me equivoco. En cuanto me localizó y habló conmigo, fingiéndose Dolly, su acompañante la asesinó. Era vital hacerlo para él.

—¿Y la tarjeta enviada al gerente del «Glass Club»?

—Tal vez pensaba que iba a obtener dinero de algún modo, y que eso la permitiría salir de vacaciones algún tiempo. El que la sobornó era algún individuo acaudalado, estoy seguro...

—¿Oswald Adams tiene dinero?

—El que saca a los demás. No, no tiene dinero. Pero si era él, tal vez planea que va a tenerlo... o se lo hizo creer a ella. Una mujer enamorada o encaprichada no ve más allá de sus narices algunas veces.

—Dios mío, Frank, todo esto es horrible. Primero tu mujer, y ahora...

—Y ahora Lucy Wagner —asintió Cummings—. Es curioso, pero creo recordar que ella también se había divorciado hace cosa de un año.

—Divorciada... como Dolly —musitó Jane, llena de horror.

—Puede ser simple coincidencia, no prestes demasiada atención a ese hecho —Cummings retrocedió, llevando consigo a Jane—. Vamos no toquemos nada. Estoy seguro de que el asesino se deshizo de todo rastro comprometedor antes de irse. Es demasiado listo para correr riesgos inútiles.

Alcanzaron de nuevo la ventana posterior. Primero, Frank hizo deslizar a Jane hasta la arena. Después saltó él ágilmente. Estiró los dedos, cerrando la ventana y afirmando la falleba. Luego pasó su pañuelo repetidas veces por el asidero de la falleba.

Echaron a andar rápidamente hacia el coche, pero sin aparentar que corrían. Frank tuvo la sensación de que eran observados, y miró hacia las ventanas de la casa inmediata. Un visillo parecía moverse aún, aunque no había nadie tras él. O tal vez fuera simple alucinación suya. De todos modos, aceleró el paso, alcanzaron el coche y lo puso nerviosamente en marcha. La arena hizo patinar varias veces las ruedas, antes de que lograra arrancar. Finalmente, salieron de allí y se lanzaron a considerable velocidad en dirección contraria al mar.

⋆ ⋆ ⋆

La comida no fue precisamente alegre. A Jane se le habían quitado todas las ganas de almorzar, y Frank no le iba a la zaga. Después del fallido almuerzo en un buen restaurante de Culver City, se dirigieron al «Hotel Pacífico». Pero una nueva sorpresa aguardaba a Frank. Al preguntar por su tío, el conserje le entregó un sobre cerrado. Frank reconoció la letra de tío Edwin en el nombre garrapateado encima, que era el suyo.

Rasgó el sobre y leyó la breve nota adjunta:

> «Frank, sobrino:
>
> »Veo que es inútil tratar de disuadirte. Ha bastado con que apareciera ese fabuloso señor Benson con su oferta, para que no pensaras más que en el cine. Comprendo que es tu vocación y no insistiré más. De modo que no pierdo más el tiempo y me vuelvo a Yuma. Estaré aún una semana en mi chalet de la Colina Rosa. Si encuentras un momento libre, ven a verme y me darás una satisfacción. Te quiere tu tío:
>
> »*Edwin*».

—Un amigo menos en la ciudad —comentó Frank, guardando la

nota con amargo gesto—. Bien, veamos si al menos Marty F. Benson es un ser real y no se ha esfumado también.

No se había esfumado. En las grandes naves y Estudios de la «Invicta», una legión de obreros ponía en condiciones las dependencias e instalaciones. Sobre un enorme muro blanco unas letras colosales, en colores fosfóricos, iban tomando forma. Se leía ya en ellas:

«MARTY F. BENSON, PRODUCTIONS.
La Revolución del Cine...»

No habían escrito más, ni hacía falta. Las ciclópeas letras, si eran solo un reflejo del carácter de aquel hombre nuevo, de aquel extraño en el mundo del celuloide, empezaban ya a ser como una declaración de guerra al resto de las firmas productoras.

El propio Marty F. Benson, con su magnetismo personal y una actividad febril que parecía brotar por todos sus poros a la vez, estaba dirigiendo el montaje de grandes grúas y galerías de focos en uno de los más vastos Estudios. Al ver a Cummings en el umbral, se dirigió a él como un torbellino, agitando los brazos.

—¡Diablo, Cummings, creí que me había tomado usted por un fantasmón y no vendría! —aulló, estrechando su mano. Miró, sorprendido, a Jane—. ¿Esta es la chica que le pedí?

—Ella es. Rubia natural, veinte años, y jamás ha trabajado en el cine.

—¿Existe esa clase de mujer en Hollywood? —se asombró Benson, riendo. Y acto seguido se volvió a alguien, gritando—: ¡Eh, Murray, hagan inmediatamente una prueba a Cummings, y varias más a esta muchacha! ¿Cómo se llama, señorita?

—Jane Moore.

—Jane Moore... —frunció el ceño—. No es comercial. Tal vez la haré llamar de otro modo. O a lo mejor, sigue con su nombre. Sí, su nombre, está decidido. Jane Moore. Un nombre verdadero, para una mujer de verdad. Es algo nuevo en el cine... No quiero muñequitas estereotipadas, sino mujeres de carne y hueso. Andando, Jane Moore, vaya con Murray. Es mi asesor técnico más importante. En realidad, se llama Morneick y es alemán. Naturalmente, de ser americano no podría ser asesor técnico de Marty F. Benson...

Rio su chiste y, luego, Frank encontróse dentro del vertiginoso y arrollador torbellino que era el mundo de Benson. Las pruebas fueron satisfactorias y apenas tardaron un par de horas en saberlo y tener firmados los contratos.

Como en un sueño, Frank se encontró de nuevo en el exterior de los

estudios, aún con el calor de la frenética mano de Benson en la suya, mirando a la aturdida y estremecida Jane, y agitándose en sus manos los respectivos cheques que firmaba el productor.

—Pellízcame, Frank —suspiró Jane—. ¿Todo eso es cierto o lo hemos soñado?

—No lo sé. Lo cierto es que Benson no es un hombre. Es una vorágine...

En aquel momento, un automóvil claro y deportivo se detuvo frente a los nuevos Estudios. Una voz alegre sonó desde el volante, al tiempo que un brazo se agitaba jovialmente.

—¡Eh, Frankie! ¿Qué mil diablos haces tú por aquí?

Cummings sintióse gratamente sorprendido. Le gustaba encontrar a una persona como Billy Graham. Era de los amigos de verdad, y por añadidura, su optimismo resultaba en todo momento contagioso.

Se estrecharon la mano y Frank le presentó a Jane. Graham sonrió ampliamente.

—¿No me dirás que el gran Benson te ha capturado para su nueva empresa?

—Es exactamente lo que acaba de ocurrir. Y mejor sería decir que «nos» ha capturado. A Jane y a mí —le refirió todo lo ocurrido últimamente, desde su encuentro con la muchacha, omitiendo toda referencia a Lucy Wagner—. ¿Y tú, Billy? ¿Qué vienes a buscar?

—Me han mandado a buscar, que no es lo mismo —rio Graham—. Marty F. Benson no se deja nada en el tintero. Guionistas, técnicos, actores... Piensa en todo. Creo que firmaré con él. Es un nuevo Mike Todd. Audaz, cordial, generoso y decidido. Triunfará.

—Yo también estoy seguro de eso. Y me alegrará que seamos compañeros bajo una misma bandera, Billy.

—Sí. Y el pabellón de Benson es de los que me gustan. Barrerá mucha basura en esta ciudad, con su osadía y firmeza de carácter. Pero para ello habrá de sostener una dura guerra contra Cranston, Hobbs y otros muchos cuyos nombres están en la mente de todo el mundo... Por cierto, Frank, ¿has leído las declaraciones de la señora Hobbs en el «Whispering Tales»?

—No. Nunca leo la bazofia de los periodicuchos escandalosos. Me dan náuseas.

—Haces bien. Pero Mónica curiosea todo —refirió Graham—. Y ella ha visto el reportaje. Mira...

Hurgó a su lado, sobre el asiento, y de un montón de publicaciones extrajo una hoja recortada del «Whispering Tales», una de las nauseabundas publicaciones confidenciales de Hollywood, Los titulares, sobre las fotografías de Gertie Hobbs, Howard Hobbs y Dolly

Dawns eran espectaculares y cínicos:

»El asesino de Dolly Dawns es un benefactor de este mundo podrido. De no ser porque ya se me han anticipado, yo hubiera matado a Dolly Dawns y posiblemente también a mí marido —declara ante los periodistas Gertie Hobbs, esposa de Howard Hobbs, a punto de separarse del famoso productor».

—¿Ella ha dicho esto? —masculló incrédulamente Frank, devolviéndole el recorte.

—Parece ser que sí —sonrió Graham con una mueca—. Es una mujer amargada y rencorosa, que no me sorprendería fuera capaz de hacer lo que dice. A estas horas, Hobbs debe estar temblando...

—... Si es que no fue él quien empuñara las tijeras que mataron a Dolly y...

Iba a decir: «y a Lucy Wagner». Pero se detuvo a tiempo y Billy demandó, curioso:

—¿Y... qué más, Frank?

—Nada —Cummings miró fijamente a su amigo con extraño gesto —. Son divagaciones mías.

—Bien, allá tú con tus divagaciones —el guionista sonrió a Jane mientras estrechaba su mano—. Ha sido un placer conocerla, señorita Moore. Y creo que su amistad puede hacer mucho bien a Frankie. Oye, viejo gruñón, ¿no decías que jamás tuviste ocasión de hallar en tu vida a una mujer como Mónica? Pues ahí tienes la ocasión. ¡No la pierdas!

Agitó la mano alegremente, con una carcajada, y penetró como una centella con su rojo «Porsche» en los Estudios Benson. Frank movió la cabeza, sonriente, y sus ojos se encontraron con los de Jane. No supo qué decir y balbució torpemente:

—Bueno... ya lo ves, Jane. Todos opinan que eres una buena chica. Eso en Hollywood es tan inusitado, que me parece como si estuviera en otro lugar del mundo.

—Exageran, Frank —rio ella, abriendo la portezuela del coche—. ¿Vamos ya?

—Sí, vamos —dijo distraídamente Frank, sentándose al volante—. De no ser porque Dolly se merece un cierto respeto, aunque ya no fuera mi mujer al morir, creo que esta noche podríamos celebrar nuestro éxito de hoy. La fortuna nos sonríe, Jane...

Puso el coche en marcha. A pesar de su optimismo, no podía olvidar que un asesino feroz e inteligente, un criminal que gustaba de utilizar las tijeras como arma preferida, andaba suelto por la ciudad. Podía ser cualquiera de las personas que trataba con frecuencia, o alguien a quién

jamás viera. Pero existía, estaba en alguna parte, agazapado en espera de algo, y rodeándole a él, a Frank Cummings, con una invisible y pegajosa tela de araña cuya razón distaba mucho de comprender.

¿Por qué murió Dolly Dawns? ¿Por qué Lucy Wagner? ¿Quién era la persona que tuvieron ante sus desorbitados ojos antes de morir?

Sin duda, interrogantes similares bailaban en la mente de Jane, porque la joven no hablaba, no despegaba los labios para nada durante el trayecto hasta el centro de la ciudad.

Jane aceptó a regañadientes una cena en «Mocambo», y pronto hubieron de salir del famoso restaurante y *night-club*, huyendo a la voracidad de los informadores gráficos, que disparaban implacablemente sus *flashes* sobre ellos. Una vez en el exterior, Frank buscó su coche, aparcado allí cerca. Aún llevaba el pequeño y oscuro cupé, que procuraría cambiar nuevamente por un coche de más categoría, cuando hiciera efectivo el cobro del cheque de Benson.

—¿Le es igual venir a nuestro coche, señor Cummings? —exclamó de pronto una voz, saliendo muy cerca de él, del interior de un negro automóvil aparcado frente al «Mocambo»—. Y la señorita Moore con usted, naturalmente.

Frank se quedó rígido. Miró pensativamente al hombre que acababa de encender un cigarrillo, dejando que la llama del fósforo alumbrase su rostro. Le era completamente desconocido. Poseía unos ojos muy azules, facciones firmes y afiladas, boca enérgica y mentón cuadrado, sombreado de azul por una barba muy cerrada. Llevaba un sobretodo claro, tal vez a causa del fresco húmedo que se había levantado en las últimas horas. A su lado, un hombre con abrigo negro, de paño muy ligero, contemplaba pensativamente sus uñas.

—¿Y quiénes son ustedes? ¿Periodistas, policías o criminales en acción?

—Su pregunta es graciosa —comentó el de los ojos claros, sin intentar sonreír por ello—. Le diré que somos policías. Aquí tiene la comprobación, señor Cummings, porque espero que su próximo paso será indagar nuestra legitimidad.

Frank examinó la placa del hombre. Leyó las siglas F. B. I., sobre la inconfundible insignia federal orlada de trece estrellas y la balanza justiciera en el centro del escudo que rodeaban los laureles.

Asombrado, miró al personaje tranquilo y frío que mantenía ante sus ojos la placa.

—¿El Departamento Federal? —inquirió con sorpresa—. ¿También ustedes intervienen en los crímenes vulgares?

—La muerte de su ex esposa puede no ser un crimen vulgar —opinó el federal sin inmutarse—. Y también puede tener ramificaciones

imprevistas... ¿Va a subir?

—¿De qué me van a acusar ahora? —preguntó belicosamente Frank.

—Nadie le acusa, señor Cummings. Le he pedido si quiere venir, en compañía de la encantadora señorita Moore. Si no, puede irse tranquilamente. Es solo una invitación...

—Una invitación de ustedes es casi una orden —suspiró Frank—. Y de cualquier modo, si hoy no aceptara esa...«amable invitación», mañana tendría que acudir, citado oficialmente.

El agente de Washington no opinó nada. Se mantuvo callado, y al ver que Frank y Jane se miraban, encogiéndose de hombros con aire resignado, esbozó una sonrisa débil.

—Gracias, señores. Sabía que podía confiar en su amabilidad. Suban atrás, por favor. Vamos a hacer una rápida visita al sargento Milburn, y acabaremos enseguida.

—¿Milburn? —Frank torció el gesto, nada complacido. Pero se hundió en el asiento, sin comentar nada, y únicamente al poco rato de marchar suavemente por las calles, añadió a guisa de coletilla, mirando de soslayo a Jane—: Creo que debes alejarte de mí, Cenicienta. Mi compañía solo te proporcionará dificultades y sobresaltos.

—Y un contrato —rio ella, dulcemente—. ¿Lo olvidabas ya, príncipe azul?

Su mano, algo fría, buscó la de Frank. Se encontraron ambas y se oprimieron con fuerza, inculcándose mutua confianza y decisión. Frank respiró hondo.

Capítulo VII
CANCER EN HOLLYWOOD

El sargento Milburn carraspeó, antes de hablar a sus dos visitantes. Frank y Jane, sentados en sendas butacas, esperaban sus palabras nerviosamente. Más allá, fumando apaciblemente, de espaldas a ellos, como si el panorama de Los Ángeles en la noche le interesara profundamente, el hombre de los ojos claros les ofrecía sus anchas espaldas.

—Cummings, creo que será mejor no andarse con rodeos —dijo de pronto el policía—. El hombre que le ha traído aquí, como usted sabe, es del F. B. I. Exactamente, el agente especial Jeffrey Kohner, del Departamento de Investigación de Actividades Antiamericanas.

—¿Antiamericanas? —Frank enarcó las cejas, asombradísimo. Descubrió que Milburn le vigilaba estrechamente, como si esperase en él un gesto delator de algo. También captó los ojos del federal clavados en él a través del cristal de la ventana, que le servía de espejo. Tal era sin duda la razón de su interés por el panorama. Al verse descubierto, Kohner se volvió lentamente, con gesto huraño. Frank repitió—: ¿Ha dicho Actividades Antiamericanas?

—Sí, eso he dicho, Cummings. ¿No le dice nada esa frase?

—La verdad... no. Es lo más peregrino e incongruente que oí jamás.

—¿Es que no sabe lo que son Actividades Antiamericanas, Cummings? —preguntó suavemente Kohner, avanzando hacia él sin prisas.

—Claro que lo sé. He leído encuestas, he visto reportajes televisados, he asistido a los famosos procesos McCarthy... pero no entiendo qué puedo tener yo que ver en eso...

—Tal vez más de lo que imagina —Kohner hablaba suave, pero rotundamente. Sus clarísimas pupilas no se apartaban de Frank, como si Jane no existiera o no significara nada para él—. Se han descubierto muchos focos de esa clase de actividades en Hollywood.

—Eso se dice, se rumorea, pero no creo que sean sino bulos propagandísticos.

—No lo son, Cummings, y de eso da fe la Oficina Federal —Kohner se sentó en el borde de la mesa, frente a su interlocutor. Hasta Milburn había desaparecido, absorbido por la penumbra que dejaba la poderosa personalidad del federal a su espalda—. Hay mucha gente en Hollywood, en Culver City, en Santa Mónica, Beverly Hills o Burbank,

que se dedica a perjudicar cobardemente a su patria, Cummings. Gentes desaprensivas, inconscientes o criminales, que laboran para el extranjero. La situación mundial hoy en día es bastante delicada, usted lo sabe cómo yo y como cualquier otro. Bastante mal andan las cosas por el globo, para que encima nosotros mismos minemos nuestro país, nuestra moral y nuestra fuerza. Es como un cáncer, un corrosivo que nace y crece dentro del cuerpo de América, y puede un día destruirlo. Aún no hay sabotajes, ni ataques sangrientos, ni peligro inminente. Pero un día, si lo irremediable ocurriese, esa sería la quinta columna más temible. La de los propios americanos que, estúpida y cobardemente, propagan ideas y conceptos contra nosotros mismos. Mañana, el que hoy imprime pasquines o los reparte, el que vigila para el enemigo, el que habla u obra contra su tierra, será el saboteador, el espía, el asesino, si hace falta...

Kohner respiró tras su alegato. Hubiera parecido un discurso, dicho en tono brillante. Pero el agente federal hablaba lenta, grave y serenamente. Exponía hechos fríamente, sin pretender ser locuaz. Frank juzgó, con tono sordo:

—¿Acaso sospechan ahora que yo sea uno de esos abyectos, Kohner?

—Yo no sospecho de usted, mientras no tenga una razón para juzgarle antiamericano. Y hasta ahora solo sé de usted que es «anti-hollywoodense» —sonrió, casi divertido—. En eso no puede meterse el F.B.I. Su rebeldía dentro de su profesión es cosa suya. Pero, en cambio, tenemos nombres encartados como seguros agentes del antiamericanismo a que antes hice referencia. Gentes importantes, al parecer al margen de toda duda, pero que, de comprobarse las sospechas, pasarán oficialmente a ser acusados en un proceso colectivo ante el Senado y la Cámara.

—No dejará de ser divertido para los demás, cuando leamos los nombres de los encartados —rio Frank—. Seguro que habrá muchas sorpresas.

—Seguro —asintió secamente Kohner—. Pero yo no lo veo divertido, sino vil y repugnante. Cummings, usted puede ayudarnos. Por eso le he pedido que viniera aquí.

Algo se aligeró dentro de Cummings. De modo que pedían ayuda. Eso era mejor. No es que se fiara mucho. Todo podía ser una hábil celada. Pero, por las apariencias, nada sabían aún del cadáver de Lucy Wagner. Más valía así.

—Bien —se inclinó hacia el federal y le miró casi con simpatía—. Le escucho. ¿De qué personas sospecha usted? ¿Y qué espera de mi exactamente?

—Existen varias que nos preocupan, y esperamos que pueda aclararnos ciertos puntos. Por ejemplo: Milward Cranston y Oswald Adams. ¿Qué le dicen esos nombres?

—Un director de películas tiránico y vicioso, y un vividor sin escrúpulos, que explota su guapo físico entre las mujeres. Pero no sé que puedan ser antiamericanos.

—¿Y su ex mujer, Dolly Dawns? —preguntó a bocajarro el federal.

—¡Diablo! —Frank dio un respingo—. ¿A quién se le ha ocurrido esa grotesca idea?

—A mí —dijo escuetamente Kohner—. Y a mí Departamento. Hay pruebas, Cummings. Su mujer era una de las personas dedicadas a la propaganda antiamericana.

—¡Imposible! En los años que yo estuve a su lado, jamás advertí en ella...

—¿Cuántos años llevaban casados, Cummings?

—Tres. Pero creo que es suficiente tiempo para...

—Tres años no significan nada, Cummings —sonrió Kohner—. Ella cuidó de que usted lo ignorara. Recibió instrucciones al efecto de su jefe en el oeste del país. Hay agentes destacados, cabezas de células que mueven el tinglado por zonas. Hemos cogido a dos o tres en el Medio Oeste y en el Norte, pero no aquí.

—¡Todo eso suena a puro disparate, es como un folletín absurdo! Ella no pudo...

—Ella *pudo* hacerlo —atajó, glacialmente, Kohner—. Obedecía órdenes tajantes. Las mujeres hermosas y populares son buen vehículo propagandístico en estos casos.

—Dolly no era popular cuando me casé con ella. Era una simple «starlett», yo la hice figura.

—Eso benefició a nuestro enemigo, pero no altera los hechos. Su papel de «starlett» aquí era acaso parte de su farsa. Al ser «star» mejoró su posición. Y entonces ya le estorbaba usted. No en su carrera, como pretende suponer, sino también en su labor.

—No puedo creerlo. Dolly no era inteligente, no tenía discreción ni astucia para...

—No es preciso ser un genio. El simple hecho de actuar contra su patria, su gente y su mundo, demuestra que son más bien fanáticos o tontos. Pero la maldad suple la inteligencia natural. Y el miedo a ser descubiertos les hace ser cautos en extremo.

—No sé, no sé... —Cummings se cogió la cabeza con las manos—. ¿Y creen que fue muerta por esa razón?

—Su muerte afecta solamente a la policía local, no a mí. Al menos, hasta que se sepa el motivo del crimen. Yo no puedo ayudarle en eso,

Cummings. Le soy leal.

—Lo malo es que yo tampoco creo poderle ayudar mucho. Nada sabía ni sospechaba.

—Ya lo veo —Kohner respiró, contrariado, poniéndose en pie—. Ha sido una pena que viviera usted engañado esos años. Sé que sus relaciones con ella eran frías, distantes, pero alimenté la esperanza hasta el momento de ver su gesto. Entonces vi que usted no imaginaba nada semejante. Pero, dígame, Cummings, ¿cree que Cranston o el cuñado de Howard Hobbs mantenían estrecho contacto con Dolly a sus espaldas?

—Cranston era director de casi todas nuestras películas. No hubiera sido extraño, porque, naturalmente, siempre mantenía estrecho contacto con ella, al parecer profesionalmente.

—Ya. ¿Y respeto a Oswald Adams?

—Ese no se acercó casi nunca a Dolly. Es un tipo al que siempre mantuve apartado de nosotros.

—Bien, eso es todo —Kohner, decepcionado, hizo un gesto expresivo—. Esperaba mucho más de usted, pero veo que en este terreno es sincero.

—¿Y no sería posible que Cummings, al descubrir los engaños de su mujer, los interpretara de un modo diferente y la agrediese, matándola? —saltó Milburn, malévolo.

—Es posible —suspiró Kohner—. Pero no creo que hubiera esperado al divorcio...

El sargento se mordió los labios y señaló la puerta a Frank.

—Bien, pueden marcharse. Pero sigo tras de usted. Cummings. Cada vez estoy más convencido de que es culpable de algo. Me ha mentido y tal vez también me mintió la señorita Moore, a quién veo muy ligada últimamente a usted. Tengan cuidado los dos...

—No me asusta usted, sargento —le desafió, altiva, la muchacha—. No tengo nada de qué preocuparme, porque dije la verdad. Frank es inocente, y yo lo sé.

—Adorable inocencia... o gran astucia femenina —sonrió burlonamente Milburn—. Vamos, pueden irse. No es momento de discutir.

Frank, perplejo, parecía no escucharle. Se detuvo en la puerta y preguntó a Kohner bruscamente:

—Habló de que tenían pruebas de la culpabilidad de Dolly. ¿Cuáles son, Kohner?

Sin hablar, el federal rebuscó en sus bolsillos. Dio con un papel escrito a máquina, que tendió a Frank. Este leyó:

«Dolly:

«Ahora que te divorcias, es el momento de reanudar las actividades. Pero con más calor y fuerza que nunca. En el futuro, seremos nosotros los héroes de una nueva libertad.

»*A*»

—¿Dónde lo encontró? —preguntó Frank, lentamente—. Eso no significa nada.

—Estaba oculto en un mueble de doble fondo de su ex mujer. Había otras notas similares, recomendándole el divorcio y plena libertad para obrar por la causa.

—Pudieron ponerlo allí sin que ella tuviera parte en el asunto.

—Es posible, pero no probable. Respecto a la legitimidad de las notas, existe la prueba de que otros agentes antiamericanos detenidos ya en San Francisco, Phoenix, Sacramento y Las Vegas, tenían documentos similares... en una clase de papel que, según nuestros laboratorios, es exactamente igual entre sí, de una clase satinada, muy especial que no es corriente. Hemos localizado Hollywood como lugar de la adquisición del papel. ¿Comprende ahora por qué investigamos aquí con mayor intensidad? El jefe, el misterioso «A», reside en esta ciudad, estamos seguros. Cranston tiene malos antecedentes como patriota, y Adams es un tipo capaz de todo por dinero. No trabaja y maneja bastante más de lo que sus mujeres enamoradas pueden darle. Eso es el cuadro hasta ahora. Le he contado casi todo, Cummings.

—Ya veo —Frank silbó entre dientes—. Gracias, agente Kohner. Si encuentro ocasión, procuraré ayudarle. Palabra.

—Gracias, Cummings —sonrió Kohner—. Si usted es inocente, también tendrá mi mano...

Salieron del Departamento. Cuando llegaron a la calle, el cielo estaba nublado; soplaba un aire cortante, con olor sulfuroso, que presagiaba lluvia. Las luces de Los Ángeles formaban festones en la noche inclemente.

Un automóvil se detuvo frente al Departamento y de él bajaron dos personas: Milward Cranston, gordo y seboso, con su repugnante gesto vicioso, que se intensificó al fijarse en Jane. Junto al fofo gordinflón, caminaba, erguido y malhumorado, el guapo Oswald Adams que clavó en Frank una mirada viperina.

—Oiga, Cranston, ¿no será ese cochino tipo de Cummings el que nos ha denunciado a la policía? —escupió a tierra—. No me sorprendería nada.

—Ni a mí tampoco —galleó Cranston, rehuyendo la mirada de Frank.

Cummings apretó los labios. Pero al pasar junto a ellos, silabeó hacia Adams:

—Cuidadito, hermano. Es sobre lo de las actividades antiamericanas. Pero a lo mejor se me ocurre hablarles de Lucy Wagner, si te pones tonto...

Advirtió la repentina lividez que asomaba al rostro de Adams. El joven se tambaleó en la acera, antes de seguir adelante y entrar en el Departamento de Homicidios; Cranston no había oído nada, ni tampoco el agente que les seguía a una yarda de distancia.

Pero no así Adams, que todavía se volvió una vez, en la escalera de la Jefatura.

—Vamos, Jane —invitó Frank—. Te dejaré en casa. Tengo la sospecha de que Adams va a buscarme como un loco en cuanto le den suelta ahí dentro, y quiero que me encuentre pronto.

—Frank, por el amor de Dios, no te metas en más líos —suplicó Jane.

—Te prometo hacerlo así —rio Cummings—. Pero piensa que tenemos las horas contadas. Cuando encuentren a Lucy, la vecina charlará por los codos y nos identificarán en el acto. Tal vez Milburn nos meta en prisión hasta aclarar las cosas. Pero tengo algunas teorías que quiero confirmar...

Un taxi les condujo hasta el «Mocambo», donde recogieron su propio coche, y en él llegaron a la Residencia Culver. Jane le besó antes de desaparecer en su apartamento.

—Frank, querido, sé prudente —le pidió en un susurro—. Tengo miedo...

—Pidiéndomelo tú, me olvidaré de hacer el héroe —la miró dulce e intensamente, y musitó, antes de que la puerta se cerrara tras de la rubia y bella joven—: Creo que Graham tenía razón, Cenicienta. No debo perderte. Eres la primera chica real que encuentro en Hollywood. Y también en mi vida. Creo que estoy enamorado de ti...

Se alejó, aún con la imagen de los ojos asombrados y brillantes de la muchacha, de su boca húmeda y muy roja, de su seno palpitante y emocionado.

Poco después, hacía correr su coche a través de las calles de la ciudad, mientras el cielo se encapotaba más a cada minuto que transcurría.

* * *

—¿Me buscaba, Oswald?

Adams dio un respingo. Brilló la llama de un fósforo, agitada por el

húmedo y pegajoso aire de la noche. Se apagó casi antes de prender el cigarrillo que Frank Cummings sostenía entre sus labios.

—¡Diablo, Cummings!... Parece el propio satanás esperando su presa —jadeó el joven, mirando alarmado al actor. Estaban ellos solos. A escasa distancia, las luces del Departamento. La calle, poco frecuentada, tenía un aire inhóspito. Muy lejos, retumbaba el trueno sobre las colinas de California, acercándose a Los Ángeles. Al no hablar Frank, lo hizo rápidamente Oswald Adams—. ¿Qué mil diablos anda buscando?

—A usted. Y usted me buscaba a mí. Se estaba preguntando dónde podría localizarme, ¿verdad?

—¿Cómo puede saber que...? —se detuvo. Respiró con fuerza e irguió su alta figura—. Y suponiendo que fuera así, ¿qué espera que le diga?

—Eso es usted quien tiene que hacerlo, Oswald. Está asustado y no puede disimularlo.

—¿Asustado de qué?

—No sé —Frank, apoyado en el muro, frente al aparcamiento de coches, se encogió de hombros—. Tal vez por causa de Lucy Wagner.

—Oiga, Cummings, no me gusta su modo de hablar —gruñó Adams, dando un belicoso paso hacia él—. ¿Cuáles son sus intenciones en este caso? Ahí dentro me han hinchado la cabeza con fantasías de antiamericanismos, espías y saboteadores, como en las malas novelas. Ahora usted me habla de Lucy como si fuera un delito. Conozco a Lucy, he salido con ella varias veces y tenemos buena amistad. Pero eso es todo. ¿Va a dejarme en paz?

—¿Y por qué se excusa conmigo? —rio fríamente Frank—. Es lógico tener amistad con chicas. Usted es joven, soltero y bien parecido. No hay nada de malo en ello. Pero su propia ardiente forma de expresarse indica lo contrario...

—Está loco, decididamente —con una risotada burlona, Adams se dispuso a alejarse.

—Seguro —Frank se mantuvo inmóvil al espetarle—: ¿Usted mató a Lucy Wagner, Oswald?

—¿Eh? —el rostro del joven fue una máscara lívida cuando se volvió hacia Frank y clavó en él sus desorbitados ojos—. ¿Qué es lo que ha dicho?

—Usted lo sabe, Adams —recitó dura y lúgubremente Cummings, clavando en él dos pupilas de puro acero—. Usted ha visto a Lucy muerta... o sabe que la han matado. Como sabe que la voz de la cantante del «Glass Club» era igual o casi igual a la de Dolly, hasta el punto de poderse hacer pasar por mí ex mujer, si se empeñaba en ello,

especialmente a través de un hilo telefónico, que siempre deforma algo las voces. Usted, Adams, no tenía motivos para asustarse por la mención de Lucy, si no era porque sabía que está muerta... ¡asesinada por alguien!

Oswald Adams respiró con fuerza. No negó nada. Por el contrario, su cabeza pareció hundirse entre los hombros, y la voz sonó débil, apagada:

—Sí, lo sabía. Han sido muchas las llamadas a su número, y siempre daba la señal de comunicar. Eso era absurdo. Pregunté en el «Glass Club» a un camarero amigo. Había desaparecido. Eso no era normal en Lucy. Fui a su casa y no respondieron. Tampoco en la antigua vivienda de Western Beach. No sé de qué forma leí la historia de la muerte de Dolly y la referencia a su relato, Cummings. Usted decía haber oído la voz de Dolly después de morir ella. En el acto recordé que Lucy tenía una voz idéntica en registro y tonalidad a la de Dolly. Tuve miedo, lo confieso. Volví a Western Beach. Tengo una llave de la casa. Entré... y la vi. ¿Usted también la ha visto, Frank?

—En la cocina —asintió Cummings sordamente, sin quitar los ojos de Adams, que ya no parecía tan dueño de sí ni tan arrogante—. ¿Cómo puedo saber que esa es la historia?

—¡Es la pura verdad! —clamó Oswald—. ¡La encontré muerta, asesinada con unas tijeras, igual que su ex mujer! Tuve más miedo que nunca. Soy cobarde, lo admito. He callado, he esperado el hallazgo de su cuerpo. Pero no era capaz de hacer yo la denuncia. Me faltaba el valor de arrostrar sospechas tan graves y difíciles de eludir. ¡Era tanta la gente que conocía mis relaciones con Lucy...!

—No le reprocho eso, Adams. Yo tampoco he revelado lo de esa chica.

—¿Cómo? ¿Quiere decir que ellos... lo ignoran? ¿Qué esa fantasía de antiamericanos y de agentes enemigos no encubre una investigación secreta sobre el crimen?

—Eso es lo que quiero decir —Frank arrojó su cigarrillo al suelo—. Bien, Adams, el cerco se reduce. No sé por qué, le creo. Me parece que usted no tendría valor para matar. Y de haberlo tenido, en un arranque de genio, ahora lloraría al verse descubierto.

—Tal vez sea de esa clase de hombres, sí...

—Lo es, no lo dude —Frank echó a andar. Aún se volvió un momento y preguntó—: Oswald, su hermana Gertie me dijo que sería capaz de matar a Howard o a Dolly... y lo ha confirmado en la Prensa, algo estúpidamente. ¿Pero, existía razón para que Gertie matase a Lucy Wagner?

—Que yo sepa... ninguna.

—¿Y Hobbs? ¿Pudo ser Hobbs el asesino? Piense bien, Adams. Hobbs pudo matar a Dolly. Pero tampoco le veo con Lucy otra relación que la de haberla forzado a imitar a Dolly para enredarme a mí en el asunto...

—Howard Hobbs es capaz de todo —dijo Adams, fríamente—. Incluso de matar...

—Sí —Frank se alejó definitivamente, añadiendo—: Es lo que yo imaginaba.

Oswald Adams, pálido y estremecido, le siguió con mirada inquieta, febril. Pero no se movió, no pronunció palabra. Frank Cummings se alejó en la noche.

Del cielo empezaron a caer gruesas gotas de lluvia, que tamborillearon sobre los coches aparcados, y comenzaron a teñir de un negro reluciente el asfalto de la ciudad.

Capítulo VIII
¡CULPABLES!

Howard Hobbs poseía un palacete de auténtico *nabab*, en una de las suaves y verdes colinas de Beverly Hills. Una carretera amplia, igual y cuyo trazado discurría por medio de amplias curvas asomadas al paisaje luminoso de Hollywood y Los Ángeles, subía hasta su cima, bordeando las grandes residencias de los magnates de Hollywood.

Allí residían personas, nombres tales como los de Walter Wanger, Samuel Goldwyn, Billy Filder y otros fabulosos personajes de la producción y la dirección cinematográficas. Pero ninguno había llevado su delirio hasta el punto de crear un auténtico palacio como el de Hobbs.

Frank Cummings detuvo el coche ante la alta valla que cercaba los frondosos jardines de la residencia de Hobbs. Saltó a tierra, dirigiéndose a la entrada. Una expresión dura y peligrosa crispaba las facciones del actor. Su mano derecha, hundida en el bolsillo de su sobretodo, empuñaba con fuerza la automática.

Estaba dispuesto a todo. Y tal vez la explicación, la clave de enigma que en forma tan angustiosa se había presentado ante él, estaba allí, dentro del palacete de Howard Hobbs.

Llegó a la entrada. Evidentemente, Hobbs era tan confiado como la propia Dolly. La ancha hoja de hierro estaba simplemente entornada. Chirrió deslizándose sobre la grava, al ser empujada por Mark. Este se internó por la senda ascendente, bordeada de setos y de farolas graciosas que parecían convertir el jardín en un parque público ciudadano.

En la casa, al fondo, un edificio de estilo colonial, ofrecía las luces encendidas en sus ventanas altas. Frank avanzó con paso rápido, sin soltar el arma de su bolsillo.

Si Hobbs era el hombre de la casa de Western Beach, la visita siniestra de Lucy Wagner y también el que hincó las tijeras en la carne opulenta de Dolly Dawns, se encontraba en las garras del peligro, en la boca misma del lobo.

De pronto sonó el taponazo.

Parecía como si descorcharan cerca una botella de champaña. Junto a la cabeza de Frank, una abeja zumbó, produciendo un aire cálido, que abrasó su piel. Rápido, Cummings se dejó caer de rodillas y luego su cuerpo rodó hasta detrás de una de las farolas.

Un segundo taponazo trajo consigo un restallido maullante sobre el poste metálico de la farola. Esta vez, ni siquiera parecía una abeja. La dura sonrisa de Frank Cummings fue como una mueca feroz ahora, cuando el joven actor extrajo su automática, la que le arrebatara en los estudios «Invicta» a Butch Reel. Recordó sus «rols» violentos en la pantalla. En ellos había llegado a habituarse en el manejo de una pistola.

Arma en mano, aguardó unos segundos. El silencio en el parque privado de Hobbs era total. Pero había alguien agazapado en los setos. Alguien provisto de un arma automática con silenciador. La suya, cuando respondiera, sería mucho más ruidosa.

Inclinóse ligeramente entre el alto seto y la farola que le protegían, y tomó un puñado de piedrecillas del sendero, que arrojó después hacia su izquierda, tras otra farola. Las chinas rebotaron en el metal y agitaron las hojas del seto. Rápido, un tercer taponazo acompañó a un relampagueo apagado entre los setos de la curva de enfrente.

Frank no vaciló. Su dedo hizo funcional el gatillo. La detonación fue estruendosa y apagó el jadeo y el grito ronco, inarticulado, que como un eco surgió tras el seto del tirador emboscado. La hojarasca crujió, algo resonó sordamente en tierra... y una negra pistola, prolongada por el cilindro del silenciador, apareció en la senda, rebotando.

Cummings saltó fuera de su escondite, corrió en zigzag, hasta detenerse junto al seto por el que asomaba un brazo extendido, crispando su mano contra la grava. El hombre estaba muerto.

Frank, sintiendo un vuelco en el corazón, giró el cuerpo del hombre. Era Butch Reel, el guardaespaldas de Hobbs. La bala le había entrado por la mejilla.

Se incorporó. Era una sensación extraña, inquietante, sentirse por primera vez autor de la muerte de alguien. Había sido en defensa propia y frente a una agresión cobarde. Pero, aun así, resultaba duro admitir que había matado.

Era extraño que nadie diera señales de vida en la casa, tras el disparo de la pistola de Frank. Aunque Hobbs no estuviera en casa, era evidente que su numerosa servidumbre estaría por alguna parte. Recogió el arma con silenciador y la guardó.

Avanzó hasta el claro rodeado de arriates que se extendía ante el porche colonial, de altas columnas blancas de mármol. Unas farolas de cristal escarchado difundían una claridad tenue por el bosque, que se extendía hasta el mismo claro y los macizos floridos.

Tampoco había allí nadie. Nadie vivo, se entiende. Porque Howard Hobbs sí estaba. Pero no mucho más lleno de vida que su tenebroso

guardaespaldas. Alguien le había volado los sesos de uno, dos o más balazos, y yacía tendido sobre los escalones de blanca piedra jaspeada que conducían al porche, encharcándolos de rojo, como en una mala película, en la que se hubiera abusado de la pintura para hacer más tétrica la escena.

Pero esto no era una escena preparada. A Hobbs le habían matado. Estaba allí, elegante, pulcro y carente de toda la personalidad, vigor y energías del que fuera en vida. La muerte era mala compañera para Hobbs. Anulaba su magnetismo para siempre.

De pronto sonaron ruidos tras la puerta de la casa. Frank alzó los ojos preocupado. Evidentemente, la casa no estaba sola. Ahora acudía alguien.

Se abrió la puerta. Varios rostros inquietos, alarmados, sin demasiada inteligencia, aparecieron en el hueco. Una doncella chilló terriblemente al ver a Hobbs, y se desmayó en brazos de un fornido lacayo negro.

—¡El señor Hobbs! —gritó otro pelirrojo, de largas patillas—. ¡Está muerto!

Las miradas se clavaron acusadoras en Frank Cummings. El joven retrocedió instintivamente al leer su acusación muda y concreta.

—Acabo de llegar... —refirió serenamente—. No he matado a su amo. Ha debido ser el propio Butch, inducido por alguien...

—Usted es el señor Cummings —dijo el negro—. Pero a Butch no le veo por ningún sitio...

—¿No han oído detonación alguna, hasta la que sonó hace un momento? —pidió Frank.

—Ninguna. ¿Disparó usted? —preguntaba el de las patillas.

—Sí. Sobre Butch mismo, que llevaba un arma con silenciador. Creo que le he matado.

—Hará bien en no moverse, señor Cummings —dijo el criado—. He de llamar a la policía.

—La policía... —Frank se estremeció. Pensó en el arma que había cogido del suelo, la de Butch, provista de silenciador. Seguía en su bolsillo, con sus huellas. Cuando llegara la policía... ¿qué iba a ocurrir? Rápidamente tomó una decisión—: Yo iré a avisarles.

—No. Usted no debe moverse —recomendó duramente el otro—. Vamos nosotros.

—Lo siento, pero no voy a aceptar esa orden —su pistola apuntó a los criados, que Retrocedieron llenos de terror—. Ya que me obligan a ello, tendré que obrar a mí modo. Cuando venga la policía, díganles que ya sé que no van a creerme, y prefiero desaparecer por el momento. Necesito libertad para demostrar mi inocencia... y ellos no me la

concederán. ¡Adiós, amigos!

Retrocedió, pistola en mano. Los criados no se movieron, arracimados con gesto de miedo. Cummings corrió sendero abajo, al doblar la curva del seto, pasó junto al cuerpo sin vida del pistolero Butch.

Cuando alcanzó la puerta, un escalofrío sacudió su ser. *¡Estaba cerrada!* Fuera, chirriaron unos frenos, deteniéndose un vehículo frente a la casa. Frank experimentó la angustia del roedor cazado en una ratonera.

—¡Kohner, llame a esa puerta! —gritó la voz inconfundible del sargento Milburn, en el exterior—. ¡Y si no responden, dispare sobre la cerradura, rápido!

Frank no dudó más. La policía estaba allí. Y *alguien,* había cerrado la salida, mientras él luchaba con Butch y hallaba el cadáver de Hobbs. Era como sentir ya la viscosa tela de araña envolviéndole, pegándose a sus miembros para inmovilizarle.

Corrió por la hierba que crecía junto al muro y que apagó sus pisadas, hasta alcanzar la parte más alta del jardín. En la puerta, sonó una detonación y el chasquido de la cerradura desgajada, tras cuatro o cinco estériles aldabonazos. Frank, en el mismo momento, comenzó a escalar la alta cerca y brincó al otro lado con agilidad de simio.

Una vez en la carretera, aún pegado a la pared de la residencia, miró hacia el negro y largo coche policial, cuyos faros barrían la asfaltada carretera, charolado por la lluvia. Más allá, su pequeño cupé era vigilado por un agente uniformado, revólver en mano. No podía ir a por él.

Y en la casa, apenas un minuto más tarde, Kohner y Milburn sabrían que los criados hallaron a Frank Cummings, pistola en mano, ante el cadáver de Hobbs. Le acusarían de haber matado al productor y a su guardaespaldas.

No había tiempo que perder, ni ocasión donde elegir. Quería ser libre, luchar aún por aclarar aquella espantosa trama que le encerraba a él en un espeso y sombrío cerco de tinieblas.

Se lanzó a la carrera, colina abajo. La lluvia arreciaba por momentos, y el suelo estaba resbaladizo y encharcado a trechos. Pero todo eso no significaba nada para Frank, que volaba materialmente por el camino.

Se hundió después por unos bosquecillos, ganando terreno a través de ellos, a pesar de que el suelo embarrado era mucho más inseguro y peligroso, para salir finalmente a un punto de la carretera en que esta confluía con Beverly Drive, lugar muy frecuentado. Minutos más tarde, tomaba un taxi desocupado que le condujo velozmente a través de la

lluvia, hacia el centro de la ciudad.

Abandonó el vehículo en Hollywood Center, penetró en una cabina telefónica y llamó a las residencias Culver. Pidió el número de Jane, y ella misma se puso al aparato.

—¡Jane, soy Frank Cummings! —musitó él—. ¡Ocurre algo horrible!

—¿Y me lo dices a mí? —gritó ella—. ¿Es que crees que no he visto los periódicos?

—¿Los periódicos, dices? —el corazón de Frank se encogió—. ¡Diablo, soy yo quien no ha visto ni uno! ¿Qué es lo que sucede ahora?

—¡Han dado con el cadáver de Lucy Wagner! ¡Hay un revuelo tremendo, y creo que de un momento a otro nos detendrán, Frank! ¡En cuanto hable la vecina...!

—Escucha, Jane, no puedes esperar a ese momento. Ni yo tampoco.

—¿Y qué hemos de hacer?

—Atiende bien; he ido a ver a Hobbs. Le creía un asesino y pensé que lograría arrancarle la verdad. Pero lo han matado...

—¡Dios mío, no! —el terror de ella era evidente.

—Hay más aún. Su guardaespaldas, aquel simio llamado Butch, trató de liquidarme, y yo lo maté a él.

—¡Cielos, Frank, esto es una pesadilla que acabará en la cámara de gas!

—Eso creo. Quisiera poder ver algo claro, pero no lo consigo. Escucha, por favor, Jane: tenemos una posibilidad de escondernos, un lugar donde nos será posible esperar a que las cosas se calmen un poco, y entre tanto lucharemos por nuestra libertad y nuestra inocencia. ¿Estás dispuesta a jugártelo todo, Jane, a mí lado?

—¿Es que no está ya todo perdido? Adelante, Frank, te escucho.

—Bien... Dentro de un momento buscarán a una chica rubia natural y a un tipo de mis señas, por todo el país. ¿Sabes lo que has de hacer?

—Creo que sí —dijo ella serenamente, tras un silencio.

—Chica lista. Oye, Jane, por teléfono esto puede ser delicado. Pero no hay otro remedio que ponerse así de acuerdo. Hay un parador de carretera camino de Méjico, cerca de la bifurcación de la carretera hacia Arizona.

—¿Piensas huir a Méjico, Frank? Será el primer lugar que...

—Tú no preguntes nada. Allí nos veremos, Jane. Hoy, a las tres de la madrugada, pasa por ese parador un autobús que va a San Diego y enlaza con los coches de la frontera. Espérame allí. Creo que aún existe una oportunidad para nosotros.

—Frank, no puede salir bien, nos cogerán...

—Ya estamos bien cogidos. Como tú dijiste, no tenemos nada que

perder. Y si sale bien… tal vez podamos aún salvar el pellejo. ¿De acuerdo, Jane?

—De acuerdo, Frank. ¿Crees que me reconocerás, tal como vaya?

—Te reconoceré entre mil, aun dentro de un traje de buzo —rio Cummings—. Hasta esta madrugada, cariño. Desaparece en cuanto puedas de ahí, ocúltate enseguida.

—Ahora mismo voy, Frank. El tiempo es precioso ahora… ¡Ah, se me olvidaba! Durante tu ausencia, un hombre ha estado aquí tres veces, buscándote con mucha urgencia.

—¿Un policía?

—No. Un notario de Phoenix, Arizona. Dijo que si volvías, llamaras al 10126 de Wilshire. Estaría esperando tu llamada.

—Gracias cariño —la echó un beso sonoro y colgó con un suspiro.

Miró pensativamente al teléfono. Podía llamar ahora al 10126 de Wilshire. Pero había cosas más importantes que hacer. Al diablo el notario de Phoenix.

Abandonó la cabina telefónica y logró tomar otro vehículo libre. No disponía de medios para adquirir otro coche, ni tampoco era prudencial hacerlo. El cheque de Benson ahora era papel mojado. Y sin vehículo, todo iba a ser más difícil.

Pero confiaba en su propia suerte y en su audacia.

Y su suerte no le abandonó por esta vez…

* * *

Reconoció a Jane Moore en la pelirroja del parador de carretera, nada más entrar y pedir el hamburgués con cerveza, siguiendo luego a la cabina telefónica, donde hizo una falsa llamada, sin dejar de vigilar la sala a través de sus gafas azules. Se sonrió al descubrir el tinte rojo de Jane, su llamativa figura de mujer frívola, que traía mareados a los presentes. Y su enorme bolso, con una F, y una R, enormes. Era difícil suponer que era ella la «starlett» rubia y dulce que él conocía.

Admiró sus dotes de actriz. Para él había sido fácil abandonar Hollywood en un tren de carga. Luego, una camioneta a campo traviesa, por lodazales y bosquecillos, hasta alcanzar la carretera y tomar el autobús de San Diego.

Y todo lo demás hubiera ido bien, de no mediar el inoportuno choque con aquel gordinflón en la puerta del parador, que permitió a Carl y su compañero reconocerle.

Repelió a los policías procurando no herir a ninguno. Y luego, el coche robado al ampuloso individuo del parador les permitió huir a tiempo, siempre camino de la frontera mejicana.

Fue más adelante, ya lejos del alcance de los policías, cuando el automóvil viró a la izquierda, lanzándose vertiginosamente por una amplia cinta de asfalto, que se perdía en línea recta hacia el Oeste.

Asombrada, Jane Moore se inclinó sobre el parabrisas, cuajado de gotas de lluvia, y preguntó:

—Pero, Frank... ¿a dónde vamos ahora? ¡Este no es el camino de Méjico!

—Claro que no —rio Cummings—. Aquello será un hervidero de policías, esperándonos amorosamente. Jamás he pensado en ir hacia la frontera.

—¿A dónde, entonces?

—A Yuma. Tío Edwin tiene allí una residencia, y no creo que a la policía se le ocurra buscarnos allí. Pero, aunque así fuera, tío Edwin es hombre de recursos, y nos ocultará hasta que pase el peligro.

—¿Y entonces?

—Entonces será el momento de buscar al verdadero asesino, Jane —dijo duramente Frank—. Alguna vez dará un paso en falso, cometerá un error... y sabremos quién es y por qué ha hecho todo esto...

Capítulo IX
EL ERROR

Tío Edwin les escuchó atentamente. Sus facciones, de ordinario risueñas y joviales, aparecían ensombrecidas a medida que se enteraba del sorprendente cúmulo de infortunios últimamente ocurridos.

Cuando Frank terminó, tío Edwin se puso en pie, dirigióse a la puerta de la casa, cerrándola con doble vuelta de llave y, frunció el ceño, hablando gravemente:

—No sé si hubiera sido mejor que te dejaras prender y un buen abogado te defendiera. Los cargos no son sino circunstanciales, y acaso la defensa fuera fácil. Pero por otro lado, he visto a mucha gente ser condenada por causas circunstanciales, de modo que vamos a considerar que habéis hecho bien, Frank. Es seguro que, de un modo u otro, acabarán viniendo por aquí, en vuestra busca. Pero eso no debe preocuparos. Encontraremos el modo de ocultarnos a la búsqueda. Y buscaremos la razón de esos crímenes, dondequiera que esté. ¿Tienes tú alguna teoría formada, Frank?

—No exactamente —Cummings trató de ordenar sus pensamientos confusos—. Tan solo existe algo evidente: quienquiera que cometió los crímenes, era persona de grandes medios de fortuna. Una persona capaz de convencer a Lucy Wagner para gastar una broma a base de la voz de Dolly Dawns a su propio ex marido; es decir, a mí. Lucy aceptaría porque la persona que se lo pedía era rica o famosa, y le interesaba su amistad y protección, hasta el punto de pensar en abandonar su local de trabajo. El asesino sabía bien que yo acudiría al ver a Dolly, aunque le falló el cálculo de tiempo a causa de una salida nocturna mía con Jane Moore, que habitualmente no hubiera tenido lugar, y a la que debo no haber llegado al *bungalow* nada más morir Dolly, con lo que hubiera sido arrestado y acusado inmediatamente.

—Eso es bien cierto —admitió tío Edwin, mirando con simpatía a Jane—. A usted le debe mucho mi sobrino. Y usted solo tiene que agradecerle complicaciones.

—No me importan, si me vienen de su lado —musitó ella, dulce y sincera—. Sigue, Frank. Es posible que lleguemos a alguna parte, si examinamos el caso de mutuo acuerdo.

—Al asesino le falló eso, pero tuvo suerte de que yo pensara en Lucy Wagner, porque eso me hizo ir estúpidamente a su casa, en busca suya, y ahora me complicarán en su muerte. Estaba acuchillada, dentro

de su vivienda, con unas tijeras, al igual que Dolly. El teléfono aún estaba descolgado. Porque, pese a la farsa dispuesta por el asesino en el *bungalow,* a base de un listín telefónico, con el número de mi residencia subrayado con una uña, lo cierto es que eso era pura mentira, y la llamada se hizo desde la vivienda de Lucy, en Western Beach. El asesino la ejecutó en el acto, y se marchó de la casa. No podía dejar con vida a una mujer que le conocía... y que confirmaría además mi coartada. Tenía que dar un culpable a la policía y a la opinión pública, para escudarse él mismo.

—¿Pero por qué tú? —preguntó Jane.

—Sí —tío Edwin se quitó de la boca una pipa de espuma que fumaba calmosamente—, ¿por qué tú, sobrino?

—No sé. Tal vez era el culpable idóneo, por haber sido el marido de Dolly. Es curioso que tanto ella como Lucy y el propio Hobbs fueran personas divorciadas o a punto de divorciarse. Parece como si un maniático aniquilara a los divorciados... Pero sería una explicación muy fantástica.

—Demasiado —asintió Edwin con escepticismo—. ¿Y qué me dices sobre la muerte de Hobbs? ¿Qué tragedia pudo ocurrir en su palacete de Beverly Hills?

—Creo que Butch traicionó a su patrón y le voló a tiros. Para eso, tuvo que mediar el dinero suficiente como para convencer a Butch. Mucho dinero, sin duda, para una cosa así, aunque Butch habrá matado ya a otros en su vida, por dinero. Pero este caso era arriesgado. Y entonces, sin duda cuando ambos tramaban complicarme también a mí en esa muerte, llegué yo. Se ocultaron en los setos y esperaron. Yo maté a Butch, pero no se me ocurrió que *otro hombre* permanecía oculto en la espesura: el inductor del crimen, el hombre que pagó a Butch y asistió al crimen. Ese hombre me dejó ir a la casa, porque era el mejor medio de complicarme. Huyó, cerrando la puerta de la casa. Pero yo hui de la policía, sin dejarme cazar.

—¿Y la policía? ¿Cómo acudió tan oportunamente?

—Hobbs fue muerto con silenciador, en el mismo porche. Nadie oyó nada en la servidumbre, hasta que yo disparé mi arma. Por tanto, el que avisó a la policía, tuvo que ser el propio asesino, o Butch en todo caso, desde la misma casa, anunciando que se había oído un disparo o cosa así, y fingiéndose vecinos de la finca de Hobbs. Mis pasos eran muy vigilados y sabían que yo andaría husmeando, sin poder ofrecer una sólida coartada aquella noche. Acaso hubieran llevado el arma con silenciador a mí apartamento, para complicarme definitivamente. Y yo les allané tontamente el camino, actuando tal como ellos deseaban, aunque a costa de la vida de Butch. Cosa que no debió preocupar

mucho a su patrón, porque acaso ya él pensaba en eliminar más tarde al peligroso guardaespaldas.

—Es una teoría muy completa, Frank, pero faltan los motivos para hacer todo eso —repuso su tío—. Y palabra que esos no los veo claros.

—Yo tampoco —suspiró el joven actor—. Es el punto débil. Creo que cuando sepa ese detalle, todo se perfilará claramente, sin lugar a dudas. Tengo a veces el convencimiento de que algo fundamental, algo significativo, se me ha escapado, impidiéndome ver el cuadro completo. Es como un rompecabezas en el que la ausencia de una pieza que no descubres, deforma totalmente el conjunto.

—Bien, pues de encontrar esa pieza, tiempo habrá —suspiró tío Edwin, encendiendo de nuevo su pipa con parsimonia—. Creo que aquí no corréis peligro de ser descubiertos.

—Es como sentirse a salvo, después de naufragar en alta mar —murmuró Jane, retrepándose en el blando sofá que ocupaba junto a Frank en el reducido y alegre *living* de la residencia de tío Edwin en Rose Hill, Yuma.

—Hemos de procurar que mi doncella y mi cocinera no os asocien con los fugitivos. Esto está tan lejos de Hollywood como para no ser eso demasiado difícil. Además, ellas son poco curiosas. Sirven y callan. Saben que es la forma en que me gusta ser servido. Venid ahora conmigo. Os enseñaré las habitaciones que os puedo destinar...

Estaban en la planta alta, con ventanas asomadas a un patio interior, y tío Edwin les aleccionó, mostrándoles el patio en cuestión:

—Si algo ocurriera, yo pulsaría el llamador que conecta con este piso, como si avisara a mí servicio. Vosotros, inmediatamente, saldríais, bajando al patio por esa escala incrustada en el muro. Enfrente, tenéis el anexo, uno de cuyos lados es garaje y el otro un segundo garaje en desuso que mantengo cerrado. No os encerréis en ninguno de ellos, porque sería fatal y sin salida. Rodeadlos y encontraréis un cobertizo de herramientas de jardinería. Entrad en él, y bajo una pila de sacos y lonas encontraréis una trampa que os conducirá a un sótano-almacén. Allí, nadie daría con vosotros, salvo en un registro muy a fondo, que no espero. ¿Entendido?

—Entendido —Frank puso una mano en el hombro sólido del afable Edwin—. Y gracias, tío. De no ser por ti, estaríamos completamente perdidos y sin amigos...

—¡Bah! Olvídate de eso, sobrino —dijo Edwin con emoción contenida—. Hora es de que haga algo por ayudarte, muchacho...

Salió, dejándoles solos. Las dos habitaciones gemelas con una puerta de comunicación intermedia, eran pequeñas y alegres, y el hecho citado por Edwin las hacía realmente útiles para una fuga desesperada.

Frank fue directamente al pequeño receptor telefónico, y Jane le miró alarmada cuando lo descolgó.

—¿Pero, qué haces? —le pidió—. ¿A dónde vas a llamar ahora?

Sin responder, Frank pidió a la centralilla de Rose Hill:

—Póngame con el número 10126 de Wilshire, Los Ángeles —dio su propio número, mirándolo en el centro del disco, y añadió—: Es urgente, por favor.

Esperó. Cuando se estableció la comunicación, ante el estupor de Jane, Frank pidió:

—Llamo al notario de Phoenix que esperaba ahí una llamada.

Una voz de mujer, chillona y molesta, respondió vivamente:

—Oh, sí. ¿Es usted el caballero que había de llamarle aquí?

—Eso es. Estoy fuera de la ciudad, pero quería saber por qué me buscaba.

—El señor Brown es, en efecto, un notario de Phoenix. Se aloja aquí, pero actualmente no se encuentra en casa, porque no esperaba que usted llamase. Cuando venga, ¿qué desea que le diga, por favor?

—Nada. Solamente que no se mueva de casa esta noche. Le llamaré sobre las nueve...

Colgó, tras despedirse de la mujer. Jane, preocupada, le interpeló:

—Frank, ¿no será eso demasiado peligroso en estas circunstancias?

—No lo creo. Los notarios son gente callada y prudente por naturaleza. Ya has visto que ni siquiera dio mi nombre en ese hotel que ocupa.

—¿Y tiene interés para ti ese asunto?

—Puede tenerlo. Nunca se sabe nada, Jane, cuando organizaciones de espionaje o de servicio a favor del extranjero intervienen en un caso.

—¿Crees que puede intervenir el Antiamericanismo en estos crímenes?

—Si Dolly era un agente de «ellos», ¿por qué no? Hobbs podía serlo también. Y acaso el jefe de la organización haya resuelto aniquilar a los agentes que fracasen en su misión...

—Suena tan fantástico todo eso... —suspiró Jane.

—Fantástica ha de ser la explicación de esos crímenes cualquiera que sea esta —manifestó sombríamente Frank—. Y veremos, al final, cuál es. Si es que la vemos...

* * *

La comida con tío Edwin, en su pequeño y confortable comedor, fue cordial y sencilla. La silenciosa, afable doncella de mediana edad, no produjo la impresión de ser curiosa o de recelar algo. Se limitó a

servirles con suave y dócil hábito.

Después, el agotamiento se apoderó de los dos jóvenes en forma definitiva. Habían soportado horas y horas sin dormir. Desde la fuga de Los Ángeles, pasando por la tensa espera y el encuentro en el parador, la lucha con la policía, el viaje en el coche robado hasta la carretera de Yuma, y su posterior abandono en el fondo de un río, donde costaría semanas encontrarlo. El resto del viaje había sido en tren y autocar, hasta Rose Hill, cerca de la ciudad de Yuma, y únicamente sus nervios soportaron la tensión y el cansancio.

Ahora, a salvo temporalmente, y bajo un techo acogedor, sus naturalezas cedieron. Edwin les recomendó irse a descansar, y ellos así lo aceptaron de buen grado. Era ya noche cerrada cuando despertaron.

Cenaron ya de mejor humor, y la charla fue alegre, animosa, Edwin era quien se mostraba ahora ligeramente fatigado, y sus razones pronto estuvieron claras:

—Mientras vosotros dormíais —dijo con expresión cansada—, tío Edwin veló por los dos. He estado en el pueblo un par de horas, y he indagado a fondo. Aquí, nadie conoce nada de lo ocurrido en Hollywood, y la Prensa local cita algo sobre la muerte de Hobbs en unas líneas perdidas en la página diez o doce. Creo que estáis realmente a salvo. Mañana veremos si los diarios de Phoenix dan mayor importancia al caso, y...

—¡Phoenix! —Frank se puso en pie de un brinco y fue al teléfono—. Casi lo olvidé...

—¿Qué olvidaste? —su tío le miró, frunciendo el ceño—. Frank, ¿es que piensas telefonear a algún sitio? Sería una imprudencia...

—Tengo que hacerlo, tío Edwin. Es una corazonada que me acosa desde anoche... —descolgó el receptor y volvió a pedir comunicación con el número 10126 de Wilshire. Los Ángeles. Mientras aguardaba, miró a su tío—. No temas. Daré tu nombre, y nadie imaginará que soy yo quien llama.

—Está bien —su tío se encogió de hombros—. Tú sabrás lo que haces.

—¡Oiga! —llamó al sentir establecida la comunicación. La voz de mujer chillona y molesta, respondió prestamente. Frank añadió—: Soy el amigo del señor Brown, el notario de Phoenix. ¿Sabe si ha regresado ya? Quedé en llamarle antes, pero me he distraído y...

—¿Es usted, señor? —la voz sonó afligida—. Oh, no sé cómo decírselo... Ha sido una penosa, lamentable desgracia que no comprendemos. Claro que el señor Brown desconocía la ciudad, pero... debió tener más cuidado, ser más cauto...

—¿Qué es lo que quiere decir? —una tensión extraña se apoderó de

Cummings—. ¿A qué se refiere, señora?

—A su amigo, el señor Brown… Apenas hace tres o cuatro horas que lo llevaron al depósito de cadáveres… Un coche le atropelló en el boulevard y se dio a la fuga. Son tan irresponsables hoy día los jóvenes que conducen… Le destrozó materialmente…

Lívido, Frank le dio las gracias roncamente, y colgó con presteza. Miró a Jane, que no respiraba ante su expresión. Luego, a su tío Edwin, que mostraba su extrañeza por todo aquello.

—¡Frank! ¿El notario ha muerto? —la joven retrocedió como golpeada por algo—. Pero, ¿cómo? ¿Por qué? ¿Tenía relación alguna con este caso?

—Debía tenerla. Tío Edwin, un notario de Phoenix llamado Brown acudió a verme a Los Ángeles. Un coche le ha matado hace unas horas. ¿Conoces tú a Brown?

—No. Nuestro notario fue siempre Foster & Briant. Pero, ¿qué puede significar eso en el asunto de los crímenes?

—No lo sé —Frank se mesó los cabellos—. Algo diabólico está ocurriendo. Tal vez sea cierto que una organización extranjera está tras de todo esto, y el notario Brown tenía que comunicarme algo de alguna persona. Dolly estuvo en Phoenix hace cosa de medio año. Tal vez… tal vez se relacionara con ella. Y aniquilaron al notario antes de que pudiera hablar conmigo.

—Pues la verdad es que no lo comprendo, Frank —declaró Edwin, perplejo.

—Yo tampoco —murmuró Frank, realmente desconcertado.

⋆ ⋆ ⋆

—¿Sabes una cosa, Frank? Esta tarde, mientras descansaba, tuve un sueño. Me vi perdida en un desierto sin fin, rodeada de hombres uniformados, que me perseguían armados de ametralladoras. No tenía escapatoria, y entonces… entonces aparecías tú para salvarme…

Frank miró con suave ironía a Jane. Estaban charlando en el patio interior, junto a los garajes. La noche era clara, despejada y algo fría. El aire del desierto llegaba hasta ellos, sutil y seco.

—¿De veras? —acarició su lindo pelo teñido de rojo—. Falsos sueños los tuyos, Jane… No parezco yo el más indicado para salvar a nadie del peligro.

—Pues en el sueño era así —asintió Jane con infantil entusiasmo—. De pronto, cuando el cerco de los policías en el desierto era más cerrado, sonaba en mis oídos el ronquido de un motor, y aparecía sobre mí un helicóptero. De él descendías tú, bajando por una escala de

cuerda, armado de un revólver que les ponía a todos en fuga. Me recogías en tu aparato aéreo, y huíamos, hasta perdernos en las nubes.

—Si pudiera ser así en la realidad... —musitó Frank—. Pero aquí no hay autogiros para volar, ni creo que, de haberlo, nos fuera posible ir muy lejos.

Como si fuera una confirmación de tal pronóstico, de pronto les llegó el zumbido de un motor de coche, potente y rápido, por la cercana carretera vecinal. Un haz de luz blanca hirió las fachadas de la vivienda de Edwin. Rápidos, ambos jóvenes se agazaparon.

—¡Frank, ese coche se detiene frente a la puerta del chalet! —musitó Jane—, tenemos que ocultarnos. Y no sé si nos dará tiempo de entrar en el sótano del cobertizo. ¡Ven, tenemos que ocultarnos aquí mismo!

La tomó por una mano con violencia, y se acercó al garaje de tío Edwin. Estaba herméticamente cerrado, pero Frank había aprendido a salvar toda clase de obstáculos últimamente.

Era un candado lo que cerraba las anchas hojas de madera. Extrajo la automática provista de silenciador que aún conservaba en su poder. Un taponazo, y saltó el candado partido en dos. Rápidamente, se apoderó de él, guardándolo en su bolsillo, y empujó las puertas lo preciso para entrar ambos. Cerró tras de sí, y le aplicó un pestillo interior, dejándola de nuevo cerrada.

El garaje estaba en sombras, y podía sentir junto a él el aliento entrecortado de Jane. Su seno palpitaba, adherido a su propio cuerpo. La tranquilizó suavemente:

—Calma, aquí no nos encontrarán, Cenicienta. El único que advertirá la ausencia del candado será tío Edwin, y se cuidará bien de no advertirlo a la policía...

Prendió un fósforo, descubriendo un automóvil gris y azul, poco lujoso, pero cómodo y veloz. Más allá, una puerta metálica, provista de cerrojo.

—Debe dar al segundo garaje, el que está en desuso —comentó Frank en voz baja—. Vamos a ver si allí hay mejor refugio para nosotros...

Se dirigieron a la puerta. Tiró del cerrojo, y la puerta no cedió. Frank apagó la cerilla, y vaciló unos segundos. Finalmente, volvió a encender otra.

—Frank, pueden vernos —musitó Jane.

—No lo creo. Aquí no hay abertura por dónde se filtre la luz... —miró la puerta de hierro y descubrió entonces el centelleo metálico de algo casi hundido en una rendija del marco. Llevó allí los dedos, extrayendo una pequeña llave plana. La introdujo en la cerradura y la

hizo girar por dos veces.

La puerta cedió. Una oscuridad profunda se presentó ante ellos. Frank, al quemársele los dedos con el fósforo, lo arrojó a tierra.

Pero antes de quedarse totalmente en tinieblas, la voz de Jane sonó trémula:

—¡Frank! ¿Lo has visto? ¡Es de verdad! *¡Hay un helicóptero ahí dentro!*

* * *

Era cierto. Un tercer fósforo, encendido con premura, mostró el cuerpo gris y azul de un helicóptero situado en el centro de la nave recién descubierta. Alzó Frank los ojos, perplejo. Descubrió que el techo era corredizo, y podía moverse, hasta abrirlo totalmente y poder dar salida al despego vertical del autogiro.

—¡Inaudito! —masculló, lleno de asombro—. ¿Y por qué tío Edwin no nos ha contado su pequeño secreto? ¿Para qué mil diablos querrá él un autogiro?

—Es una gran casualidad... soñar con un autogiro y verlo después aquí.

—Es demasiada *casualidad* —masculló Frank, pensativo, penetrando en el hangar.

Jane le siguió, sintiendo un temor indefinible, pero profundo. Frank cerró tras de sí la puerta metálica, y siempre prendiendo fósforos, llegó hasta el aparato volador. Jane no se despegaba de él, y miraba como fascinada el cuerpo de extraño insecto metálico del helicóptero. Frank pasó sus dedos sobre el fuselaje. Luego se miró la yema de los mismos.

—Húmedo —dijo—. Está lleno de gotas de lluvia. Pero aquí no llueve, Jane...

—Este local no huele a humedad —musitó Jane, tras dilatar sus fosas nasales.

—Eso veo —escaló los tramos metálicos que conducían a la puerta del autogiro. Hizo dar una vuelta a la manecilla, y la puerta de la carlinga cedió. Al abrirse, se encendió simultáneamente, por acción mecánica, una luz piloto de color verde en el interior de la cabina. Se volvió; Jane subía tras él—. ¿Por qué no esperas ahí?

—No. Frank. Donde estés tú, quiero estar yo. Para bien o para mal...

Aún estaba perplejo Frank. Miró el muelle asiento tapizado de cuero, el cuadro de instrumentos. El indicador de gasolina señalaba un nivel muy bajo. Estaba casi vacío. No parecía haber nada de particular

allí dentro.

—Bien, vámonos, Jane. Creo que este sería un mal escondite. La policía registrará de arriba abajo el helicóptero y su contenido, y... ¡Eh! ¿Qué es lo que haces?

Jane acababa de alzar el asiento. Era movible, y ocultaba un depósito interior, semejante a los de algunos camiones, donde se apilaban trapos sucios, con olor a gasolina, latas vacías, una bolsa de celofán con *sandwiches* y una gran cartera de piel.

—Bien, eres una curiosa muy inteligente —rio Frank, disponiéndose a cerrar de nuevo el compartimiento—. Pero no tenemos derecho a husmear las cosas de tío Edwin. Vamos, creo que debemos irnos ya.

—Frank, espera —la voz de Jane sonaba tensa, emocionada—. ¿Cómo se llama realmente tu tío Edwin?

—Pues Edwin —sonrió el joven—. Edwin Clarence James. ¿Por qué mil diablos...?

—Esa cartera no puede ser de tu tío. ¿No ves sus iniciales? H. B.

—Es cierto... —Frank frunció el ceño. Estiró la mano, tomando la gran cartera de color claro, provista de gruesas asas y anchas correíllas —. H. B... ¿De quién será?

—Mira —Jane, con dedo tembloroso, señaló la tarjetita de visita adherida a un recuadro de piel lateral, tras un marco de celofán—. Lee ahí, Frank...

Cummings lo hizo. Sus cabellos se erizaron. Leyó:

«*Harry Brown. Notario. Phoenix, Arizona*».

* * *

Rasgó enérgicamente la piel tras un silencio prolongado y espeso. Tiró de las correas con tal furia, que arrancó de cuajo sus ojales. Un montón de papeles se dispersó sobre el suelo de la cabina. La luz verde hizo resaltar, en primer término, un ancho sobre lacrado, con un nombre escrito en su cubierta. Un nombre claro, tan claro como la letra utilizada en él. Una letra familiar para Frank, entrañable y lejana:

«*A mi hijo Frank Cummings*»

Se miraron en silencio Frank y ella. Jane, muy pálida, se llevó las manos al pecho, temiendo que pudiera salírsele el corazón de él, tales eran los latidos impetuosos que sentía...

—Frank, ¿qué significa... qué significa todo esto? —susurró, llena de un terror inexplicable.

—Significa lo que te dije en una ocasión. El asesino cometió un solo error, su gran error... Conservar esta cartera, este helicóptero, este sobre...

—¿Pero el asesino... el asesino...? —jadeó Jane Moore, petrificada.

—Sí, Jane —Frank inclinó la cabeza lenta, apagadamente—. Es el que tú supones: mi propio tío Edwin...

Capítulo X
FINAL

«Querido hijo:

»Cuando leas esto, no solo habré muerto yo, sino que, además, habrá ocurrido algo que sinceramente deseo y pido con fervor a Dios: volverás a ser una persona digna y capaz de un futuro mejor, porque te habrás desligado de esa mujer. En una palabra, serás el ex marido de Dolly Dawns, una mujer indigna de ti, que sé te dará el peor de los pagos cuando hagas de ella una figura...

»Sí, Frank. El notario Brown, a quién entrego esto ante testigos, solo te hará entrega del documento cuando te hayas divorciado de Dolly. Y por este mismo documento, tu tío Edwin Clarence James habrá de entregarte la mitad de la fortuna que heredó. Él lo sabe ya, y está enterado de que esa mitad de la fortuna la tiene solo en condición de tutela, hasta que tú seas un hombre juicioso y rectifiques. Pero ha de ser por tú propia convicción, no porque sepas que el divorcio te ha de reportar la fortuna. Edwin no te lo dirá, me lo ha jurado, hasta que tú lo sepas por este documento. Brown será encargado de notificar a mis notarios habituales, Foster y Bryant, las condiciones de esta extraña herencia que te dejo, hijo mío, pidiéndote perdón por haberte parecido un mal padre, egoísta, duro e incomprensivo. Pero si bien nunca me gustó que te hicieras actor, eso te lo podía perdonar. Jamás, sin embargo, el matrimonio con una mujer como Dolly Dawns, que nunca te hará feliz ni te amará de veras. Sé que pronto o tarde saldrás de ese error y te separarás de ella. El divorcio, al llegar a conocimiento de Brown, que hará temporales averiguaciones sobre tu estado civil, implicará tu fortuna, Frank.

»Tu padre te quiere más de lo que tú sospechaste jamás. Por eso deseo tu felicidad.

»Ojalá este legado original, y que sin duda te sorprenderá, traiga también consigo una boda mejor, con una muchacha sencilla, noble y buena, como mereces.

»Adiós para siempre, hijo.
«*Ronald Lewis Cummings*».

Había firmas de testigos, la del propio Brown, notario. Y otros documentos preciosos, que demostraban la legitimidad de Cummings a

la herencia...

La carta casi resbaló de los dedos del aterrado Frank. Era el detalle final, lo que le faltaba saber para comprender la asombrosa verdad. El autogiro, la cartera del desdichado notario, la carta póstuma de Cummings a su hijo Frank...

—Divórciate... y sé rico —musitó Cummings amargamente—. Eso dijo mi padre. Y tío Edwin rectificó esa frase: «¡Divórciate... y muere, querido sobrino!...»

—¿De modo que ya lo sabes todo, hijo?

Ambos se volvieron con un respingo hacia la puerta de la cabina. La voz de Edwin había sonado inconfundible, y aunque Frank llevó rápidamente su mano a la automática, que dejara sobre el asiento, llegó tarde. La que empuñaba su tío apuntaba directamente a Jane. Frank sabía que haría fuego en el acto. Podía leerlo en sus ojos amables, que ya no eran sino duras cuentas vidriosas y fijas.

—¡Tío Edwin! —el horror, la aversión, la furia, brotaban en la voz de Cummings—. ¡No puedo... no puedo creer tanta maldad...!

—¿Maldad? —Edwin se encogió de hombros, con una sonrisa—. No, Frank. No eres justo. Pude hacerte matar, y todo hubiera terminado. Fingir un accidente, un suicidio... Pero no podía hacerte daño directamente, mi conciencia no me lo permitía. Era mejor así. Más difícil, retorcido y peligroso, lo admito. Pero si morías, sería a manos de la Ley. Yo no tendría la culpa de que los policías y los jueces se equivocaran al juzgarte.

—¿Y tú... con tu conciencia... no tuviste inconveniente en sembrar de muertos tu camino, solo por no tocarme a mí? —el incrédulo horror ahogaba a Frank.

—Era diferente, hijo —el asesino parecía un benefactor, un ángel de bondad—. Se trataba de matar a gente desconocida, a personas miserables y ajenas a mí sangre... Tu ex mujer me recibió confiada cuando me presenté a ella como quien soy. Claro que sabía quién era el tío Edwin, te había oído hablar tanto de mí... Dolly era estúpida y no merecía vivir. ¡Qué gesto puso cuando le hinqué las tijeras en el pecho...!

—¡Era un ser humano, tío! —se rebeló, rabioso, el joven.

—Para mí, no —declaró tranquilamente el afable monstruo de Rose Hill—. Lucy Wagner era mejor chica, pero tenía pájaros en la cabeza. Me bastó visitarla, hablar de su voz y decirle la broma que íbamos a gastar a mí sobrino Frank Cummings, para que accediera divertidísima. Yo sabía cuánto se parecía su voz a la de Dolly, estoy más enterado de las cosas de cine de lo que tú suponías... La muy loca se creyó que yo era un solterón buscando un amor fácil y cayó en la

trampa. Me llevó hasta su casa, se despidió en el club, tal como yo le pedí, apoyándome en un buen fajo de billetes y gustó la broma. No había terminado de llamar, cuando le clavé las tijeras. Le cayó el auricular de la horquilla, pero apenas si lanzó un breve grito, antes de quedarse quieta. Es lamentable, pero tenía que morir para no estropearlo todo. Tú pagarás la muerte de Dolly, tras disponer yo la escena convenientemente. No pude prever que encontraras una sólida coartada con Jane y eso lo hundió todo. Aunque te complicaras en lo de Lucy, como ocurrió luego, yo no podía esperar esa casualidad y tuve que sobornar a Butch. Te vigilamos. El día que más pesquisas estabas haciendo, fue el elegido para acabar con Hobbs. Pondríamos como tú mismo suponías, el arma en tu casa. Esta vez no te salvabas. Pero yo no te hacía daño directamente, muchacho. No hubiera tenido valor...

—¡No digas monstruosidades! —rugió Frank—. ¡Eres un loco, un desequilibrado...!

—No lo creas— rio suavemente Edwin—. Lo planeé todo bien. ¿Quién iba a sospechar de mí, si yo no tenía motivos para matar a esa gente, ni la conocía siquiera? Además, estaba siempre fuera de Hollywood... aunque mi helicóptero me trasladaba allí en un mínimo de horas, siempre que yo lo deseaba. Mi servicio cobra bien y me cree un chiflado estrambótico, por lo que no había miedo que declarara nada de mis paseos aéreos.

—De modo... —sudoroso, Frank se pasó una mano por el rostro húmedo, brillante y pálido—. De modo que todas esas muertes atroces... eran en realidad Mi PROPIO ASESINATO. ¡Yo era la víctima fijada, los demás no importaban! El final de la senda era enviarme a la cámara de gas... ¡y jamás cobraría mi herencia! ¿No es eso, tío Edwin?

—Justamente —asintió con calma el asesino—. Me he arruinado, Frank. Últimamente, mis negocios han sido malos. Si te diera tu parte, no me quedaría un centavo. Y no sé vivir sin dinero. Cuando me hablaste del notario de Phoenix este mediodía, me vi perdido. Tuve que narcotizarte con la comida, y aprovechar vuestro sueño para volar hacia Hollywood, alquilar un coche... y esperar la oportunidad para atropellarle mortalmente.

—¡Entonces, el autogiro... era *real*, sonó durante mi sueño! — musitó Jane.

—Claro que sonó. ¿Pudo captarlo entre sueños? Gran sensibilidad la suya, Jane —suspiró, mirando a Frank con fijeza—. Pero cometí un error, hijo. Dejé ahí la cartera que arrebaté de la mano al cadáver destrozado de Brown, bajo las ruedas de mi coche. Luego, tuve que correr mucho y despeñar el coche alquilado, para volver en mi autogiro

y llegar a tiempo, sorteando una borrasca...

—La lluvia en el fuselaje... —dijo roncamente Frank—. Lo sospeché entonces, pero no podía admitirlo mi mente. Era demasiado horrible... Tú, solo bondad y afecto...

—He sido bondadoso, Frank. Quizá el primer asesino bondadoso del mundo. Pude matarte a ti y no quise hacerlo. Era mejor acabar con gente como Dolly, Hobbs y tipos así. Fue muy oportuno que llegaras a la casa en el momento de irnos Butch y yo. Me libraste de una tarea desagradable al matar al guardaespaldas de Hobbs... y yo pude escapar, dejándote a ti encerrado y con la policía muy cerca, avisada por mí. Pero eres muy escurridizo, sobrino.

—¿Y ahora? ¿Era la policía el coche que llegó hace un momento?

—Sí, Frank. Eran ellos. Un tal Milburn y un tal Kohner, ¿los recuerdas? Se han ido ya. Kohner me contó que han cazado al jefe del antiamericanismo en el Oeste. Era un simpático caballero llamado Marty F. Benson, rico en petróleos y futuro productor.

—¡Dios mío, no es posible! —musitó, aturdida, Jane.

—Lo es —Edwin rio jovialmente—. Pero eso no me importa a mí, ni debe importaros a vosotros. De todos modos, no ibais a disfrutar ya de ese contrato...

—La muerte, ¿verdad? —los ojos de Frank eran dos cristales duros, helados—. Tanta bondad, para terminar asesinándome igualmente.

—Lo lamento, hijo. Tú te lo has buscado. No debiste indagar tanto. Lo sospeché al no encontraros en el cobertizo. Vine aquí... ¡no hagas eso, Frank, o la mato a ella! —rugió, hecho una furia el tío Edwin, al ver que Frank saltaba a por tu automática con silenciador.

Entonces se quebraron los cristales de la cabina del helicóptero, a espaldas de tío Edwin, y un estruendo horrible lo invadió todo por unos momentos. Seis u ocho proyectiles confluyeron en la ancha, sólida humanidad de Edwin Clarence James, el «bondadoso» tío de Frank, que había encubierto bajo su máscara de bondad y ternura, un auténtico monstruo de maldad, perversión y ambiciones oscuras.

—¡Frank, Frank!... —histéricamente, Jane se arrojó en brazos del joven—. ¡Estamos salvados, estamos salvados, amor mío...!

—Sí, están salvados los dos —dijo la voz serena de Jeffrey Kohner, el agente federal, armado de una poderosa automática. Tras él, en la portezuela de la cabina, apareció el rostro ceñudo y contrito del sargento Milburn—. Hemos llegado a tiempo...

—¡Agente Kohner!... —Frank lo miró, entre emocionado y aturdido—. ¿Cómo es posible...?

—¿Qué llegáramos a tiempo? —rio el federal burlonamente—. Su tío no pudo engañamos. El sargento quería registrar la casa, pero yo le

disuadí y fingimos irnos. La verdad es que esperábamos que él les ocultaba. Al llegar al garaje, oímos voces y escuchamos. Sus voces llegaban claras y precisas a nosotros. Le confieso nuestro asombro primero, tan grande como el suyo propio. Luego, intervinimos al ver que iba a acribillarles a los dos.

—Dios mío... Jamás pensé que tuviera que deberles la vida a ustedes... —suspiró el joven, sintiendo que sus tensos nervios cedían, tras la emoción vivida.

—Así ha sido —dijo Kohner—. Ya le dijo su tío que el flamante productor de Hollywood era el jefe del movimiento antiamericano en el Lejano Oeste. Su contrato con Benson no va a servirle de mucho. Cranston era solo un enlace. Y Adams, inocente como una paloma, igual que ustedes dos. Ya lo ve, sargento Milburn, buscaba usted a dos asesinos...

—Y me encuentro a dos víctimas de un loco endemoniadamente despiadado y astuto —gruñó Milburn. Miró con ira al muerto. Luego alzó los ojos hacia Frank—. Espero que me perdone alguna vez, muchacho. Le he traído por un calvario inaudito con mis torpes sospechas...

—¿Torpes? ¡Si había ocasiones en que yo mismo dudaba! —rio tensa y nerviosamente Frank—. No le reprocho sus recelos, sargento. Todo estaba bien tramado para hundirme. Era yo quien tenía que morir. Lo demás, no era sino un sangriento tinglado para llevarme a mí a la cámara de gas...

—Bueno, eso terminó ya —dijo Kohner, palmeando cordialmente a Frank—. Salgan de aquí y váyanse adonde respiren algo de aire puro y olviden la pesadilla, muchachos. Celebro haber seguido con Milburn para ayudarle en el caso de ustedes. La verdad es que no me era usted antipático, Cummings. Confiaba en su inocencia, muy dentro de mí.

Frank le respondió con una sonrisa débil y agradecida. Tomando a Jane, silenciosa y feliz, descendió del helicóptero, caminó a través de los dos garajes y salió a la noche estrellada, fría y serena...

—Bueno, Jane, tu oportunidad dorada se esfumó —dijo lentamente Frank, parándose bajo los astros—. Y también la mía. Benson no era sino un gran canalla, edificando su fachada para seguir dañando a su propia patria... ¿Qué haremos ahora?

—Yo, seguir buscando mi oportunidad, Frank —dijo ella lentamente—. Tú... no sé. Ahora eres rico. No necesitas el cine para vivir.

—Ni tú tampoco, suponiendo que quieras dejar de ser Cenicienta para unirte a tu príncipe azul...

—Frank, ¿de veras sigues pensando igual a pesar de tu dinero?

—¡Tonta! —se inclinó y la besó suavemente—. ¿Tú qué crees, Cenicienta?

Jane aceptó el beso. Y se lo devolvió intensamente por toda respuesta.

FIN

FIRMAS QUE REPRESENTAN A

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

EN LOS PAISES QUE SE CITAN



REPUBLICA ARGENTINA: Editorial **Bruguera. S. R. L.** - Hipólito **Irigoyen, 646/50** - **BUENOS AIRES.**

COLOMBIA: Editorial Bruguera **Colombiana, Ltda.** Carrera 6.ª, núm. 13-78 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín **Sáenz y Co. Ltda.** Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CUBA: Distribuidora Antillana **de Librería - Someruelos,** 57 - LA HABANA.

CHILE: Distribuidora Rutas, **Ltda.** - **Galería Imperio,** 255-B. - SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería **Amengual - El Conde, 49** CIUDAD TRUJILLO.

ECUADOR: Agencia **Selecciones - Aguirre, 717.** GUAYAQUIL.

ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMERICA: Fidel Internacional, Box, **266 - Malibú (California).** (Para **bolsilibros).** Des **Angles International,** 403 East, 11St. - **New York, 23 N. Y. (Para bolsilibros).**

GUATEMALA: Gilberto **Morales - 12 Calle número** 5-42 - GUATEMALA.

MEXICO: Editorial **Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay,** 17 - MEXICO.

PANAMA: Servicio **Continental de Publicaciones 29 Este, núm. 5-51 - PANAMA.**

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 188 - LA ASUNCION.

PERU: Víctor **Rosas Ramírez - Mercaderes, 450.** LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15ª Calle Oriente, 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Adolfo Domínguez - Río **Negro, 1.266** MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.

LLUVIA DE ESTRELLAS



"Fats" Domino



N.º 935 Es el director del conjunto musical de color que lleva su nombre. Gozando de extraordinaria fama en Estados Unidos "Fats" ha tomado parte en varios films, siendo uno de los últimos "La chica del Rock & Roll".

Foto UNIVERSAL-INTERNATIONAL

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)
Precio en España: 6 ptas, Impreso en España - Printed in Spain